

Sujetos sociales en la horticultura argentina

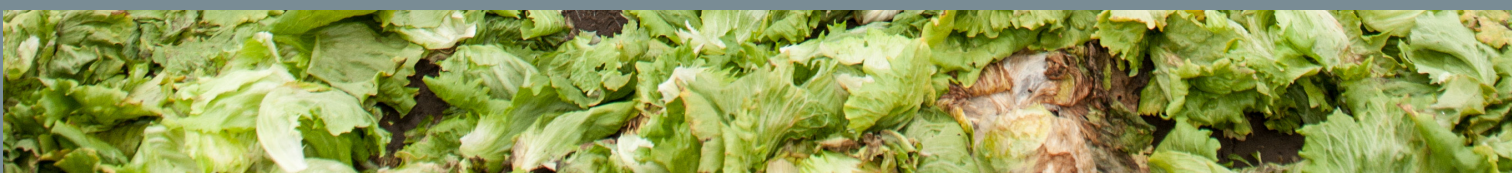
Reflexiones en torno a su estudio

Compiladoras
Daniela Mathey
Graciela Preda



INTA Ediciones

Colección
INVESTIGACIÓN, DESARROLLO E INNOVACIÓN



Sujetos sociales en la horticultura argentina

Reflexiones en torno a su estudio

*Compiladoras:
Daniela Mathey
Graciela Preda*



Ministerio de Agricultura,
Ganadería y Pesca
Argentina

*INTA Ediciones
Centro Regional Mendoza San Juan
Estación Experimental Agropecuaria Mendoza*

2020

635 Sujetos sociales en la horticultura argentina : reflexiones en torno a su estudio /
Su42 compiladoras: Daniela Mathey, Graciela Preda. – Buenos Aires : Ediciones
INTA, Estación Experimental Agropecuaria Mendoza, 2020.
141 p. : il. (en PDF)

ISBN 978-987-8333-32-8 (digital)

i. Mathey, Daniela. ii. Preda, Graciela

HORTICULTURA – ANALISIS SOCIOLOGICO – PRODUCCION – ESTUDIO DE
CASOS PRACTICOS – ARGENTINA

DD-INTA

Este documento es resultado de financiamiento otorgado por el Estado Nacional, por lo tanto, queda sujeto al cumplimiento de la Ley N° 26.899.

Foto de tapa:

Paula Aguilera, INTA EEA San Juan.

*Este libro
cuenta con licencia:*



Autores

Barrionuevo, Myrian Elisabeth. Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA). Centro Regional Patagonia Norte. Área de Investigación para la Agricultura Familiar.

Castro, Andrea Soledad. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) - Centro de Historia Argentina y Americana (CHAYA) del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS) de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP).

Ciarallo, Ana. Universidad Nacional del Comahue (UNCo).

Curró, Claudia. Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), Centro Regional Entre Ríos, Estación Experimental Agropecuaria Concepción del Uruguay, Agencia de Extensión Rural Concepción del Uruguay.

Lipka, Gina. Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), Centro Regional Patagonia Sur, EEA Santa Cruz INTA, AER Puerto Deseado.

Mathey, Daniela. Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), Centro Regional Mendoza San Juan, Estación Experimental Agropecuaria Mendoza.

Moltoni, Luciana. Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), Centro de Investigación de Agroindustria, Instituto de Ingeniería Rural.

Nuñez, Pablo. Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), Centro Regional Patagonia Norte, Estación Experimental Agropecuaria Alto Valle, Agencia de Extensión Rural Centenario.

Pereyra, Mariana. Universidad Nacional de Cuyo (UNCuyo), Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.

Preda, Graciela. Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA). Centro Regional Patagonia Norte. Área de Investigación para la Agricultura Familiar.

Salatino, Noelia. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) - Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), Centro Regional Mendoza San Juan, Estación Experimental Agropecuaria La Consulta.

Trpin, Verónica. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Instituto Patagónico de Estudios de Humanidades y Ciencias Sociales (IPEHCS)-CONICET-Universidad Nacional del Comahue (UNCo).

Zunino, Natalia. Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), Centro Regional Patagonia Norte, Estación Experimental Agropecuaria Alto Valle, Agencia de Extensión Rural General Roca.

Índice

Presentación	5
<i>Daniela Mathey y Graciela Preda</i>	
Primera parte. Aportes teórico-metodológicos para el estudio de la horticultura desde las ciencias sociales	
Problematización teórica y metodológica de la construcción de los sujetos objetos de estudio o de intervención en espacios rurales: los/as bolivianos/as en la horticultura.....	13
<i>Verónica Trpin</i>	
Aportes conceptuales en el abordaje de los mercados de trabajo segmentados étnicamente y de territorios productivos agrarios.....	35
<i>Ana Ciarallo</i>	
Segunda parte. Reflexiones a partir de experiencias de trabajo	
Comprender el idioma de los horticultores en un mar de complejidades.....	59
<i>Myrian Elisabeth Barrionuevo</i>	
Reflexiones en torno a la diversidad cultural en el periurbano hortícola de La Plata: aportes a la caracterización de los sujetos sociales de la horticultura.....	67
<i>Andrea Soledad Castro</i>	
La huerta comunitaria agroecológica: una experiencia con mujeres hortícolas del sudeste de Entre Ríos.....	77
<i>Claudia Curró y Luciana Moltoni</i>	
Productores agropecuarios del periurbano de Puerto Deseado, Santa Cruz: caracterización y breve análisis de la situación socio-productiva.....	87
<i>Gina Lipka</i>	
Configuración socio productiva de un territorio hortícola. El caso de Guaymallén, provincia de Mendoza.....	99
<i>Daniela Mathey y Mariana Pereyra</i>	
Horticultura en el Valle de Uco, una aproximación a los sujetos sociales hortícolas.....	114
<i>María Noelia Salatino</i>	
Trayectorias y procesos de movilidad social de productores hortícolas del Alto Valle de Río Negro.....	126
<i>Natalia Zunino y Pablo Núñez</i>	

Presentación

Daniela Mathey¹ y Graciela Preda²

Esta publicación reúne contribuciones originadas a partir del Taller “Sujetos sociales en la horticultura. Abordajes teóricos y metodológicos” organizado por el proyecto de investigación *Sujetos sociales agrarios en procesos de transformación territorial* del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) e investigadoras de la Universidad Nacional del Comahue (UNCOMA). Asimismo, contó con financiamiento del Fondo para la Investigación Científica y Tecnológica (FONCyT).

El taller se realizó en el Instituto para la Agricultura Familiar Región Patagonia y tuvo por objetivo “Profundizar las relaciones y el intercambio de conocimiento interdisciplinar e interinstitucional en el estudio de los sujetos sociales en la horticultura, abordando aspectos teóricos y metodológicos”. Participaron investigadores y extensionistas del INTA de diferentes lugares del país, integrantes de universidades, de la Secretaría de Agricultura Familiar y del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) que aportaron sus experiencias de trabajo con productores y compartieron los resultados de sus investigaciones.

La horticultura es una actividad intensiva que ocupa en Argentina alrededor de 600.000 ha pero que aporta valor agregado y requiere una alta demanda de mano de obra; caracterizándose por la diversidad de cultivos, su orientación principal al mercado interno, la heterogeneidad de productores -desde pequeñas unidades de tipo familiar a grandes empresas- y su amplia presencia en las distintas provincias del país.³ En este sentido, los ámbitos geográficos donde se desarrolla pueden ser clasificados como: 1) *cinturones verdes*, ubicados en la cercanía de las grandes ciudades,

¹ Investigadora del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), Centro Regional Mendoza San Juan, Estación Experimental Agropecuaria Mendoza. Coordinadora del Módulo “Fortalecimiento de competencias institucionales en metodologías de investigación social” perteneciente al proyecto *Sujetos sociales agrarios en procesos de transformación territorial* -PNSEPT1129022- (2013-2018). mathey.daniela@inta.gob.ar

² Investigadora del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA). Centro Regional Patagonia Norte. Área de Investigación para la Agricultura Familiar. Coordinadora del proyecto *Sujetos sociales agrarios en procesos de transformación territorial* -PNSEPT1129022- (2013-2018). preda.graciela@inta.gob.ar

³ Según estimaciones del Programa Nacional *Hortalizas, Flores y Aromáticas* del INTA, la horticultura ocupa el 2% de la superficie agrícola total aunque representa alrededor del 11% del producto bruto agrícola del país y "ocupa alrededor de 10 millones de jornales por año, lo que la transforma en una de las actividades de mayor valor social". La misma fuente refiere a las principales especies: “ajo, batata, cebolla, garbanzo, lechuga, papa, pimiento, poroto seco, tomate, zanahoria y zapallo, concentran más del 85% del valor de la producción” (Galmarini, 2012).

donde priman unidades de pequeña escala basadas en mano de obra familiar orientadas a una diversidad de cultivos para consumo en fresco; 2) *zonas hortícolas especializadas* cuyos establecimientos presentan menor cantidad de especies, mano de obra asalariada y están ubicadas en zonas de menor valor de la tierra; y 3) *áreas de horticultura extensiva*, caracterizadas por una mayor superficie para la producción de especies, destino industrial, mecanización y alta proporción de asalariados (Benencia, 1994).

En las últimas décadas, los estudios socio-antropológicos han realizado diversas contribuciones teórico-metodológicas para el análisis de la complejidad de la expansión de la horticultura en la Argentina y los agentes involucrados. En este sentido, los estudios abordan transformaciones globales y nacionales, así como particularidades locales que asume la horticultura y que involucran procesos de cambio tecnológico y productivo, migraciones laborales y trabajo hortícola (organización, condiciones y segmentación de mercados de trabajo). Asimismo, y ante la significación de la migración boliviana en esta actividad productiva, se profundizaron los estudios en torno a temáticas de alteridad y representación “del otro” en contextos agrarios (Benencia, 1994; Benencia y Quaranta, 2005, 2006, 2009; Cassanello, 2014; Ciarallo, 2014; Ciarallo y Trpin, 2015; García, 2011; Pizarro, 2011; Ringuélet, 2000; Waisman, 2011, entre otros).

Los artículos que componen el libro son resultado del intercambio y reflexión en torno a las exposiciones acerca de la construcción de los sujetos, mercados de trabajo y territorios hortícolas así como de las experiencias de trabajo e investigaciones de los participantes del taller. En base a este criterio y a los fines de su presentación, la publicación se organiza en dos partes:

Primera parte

*Aportes teórico-metodológicos para el estudio de la horticultura desde las ciencias sociales*⁴

Problematización teórica y metodológica de la construcción de los sujetos objetos de estudio o de intervención en espacios rurales: los/as bolivianos/as en la horticultura. (Verónica Trpin). Aborda la problematización teórica y metodológica de la

⁴ Los dos artículos que componen la primera parte son transcripciones de las exposiciones realizadas en el Taller “Sujetos sociales en la horticultura. Abordajes teóricos y metodológicos”, 17 y 18 de Agosto de 2016, IPAF Región Patagonia, Neuquén.

construcción de los sujetos, objetos de estudio o de intervención, en espacios rurales hortícolas. Se destacan los aportes de la etnografía y el trabajo de campo en el abordaje de la alteridad y el problema de la representación “del/de la otro/otra” en contextos agrarios.

Aportes conceptuales en el abordaje de los mercados de trabajo segmentados étnicamente y de territorios productivos agrarios. (Ana Ciarallo). Se centra en los aportes conceptuales acerca de los mercados de trabajo segmentados étnicamente y de territorios productivos agrarios. Asimismo, se desarrollan las temáticas de construcción de territorios productivos, estrategias de reproducción social de los sujetos migrantes y redes sociales fuertes y débiles en los procesos migratorios.

Segunda parte

*Reflexiones a partir de experiencias de trabajo*⁵

Comprender el idioma de los horticultores en un mar de complejidades. (Myrian Elisabeth Barrionuevo). La autora reflexiona acerca de una experiencia de investigación y extensión con una asociación de productores hortícolas de Río Negro, mayoritariamente integrada por migrantes de origen boliviano. El artículo describe cómo surge y se establece la relación, al tiempo que relata las tensiones que se producen en el encuentro de los saberes y prácticas llevadas a cabo por los horticultores y la propuesta del modelo técnico convencional.

Reflexiones en torno a la diversidad cultural en el periurbano hortícola de La Plata: aportes a la caracterización de los sujetos sociales de la horticultura. (Andrea Soledad Castro). En base a tres casos de productores campesinos de origen boliviano situados en el periurbano de la ciudad de La Plata, Buenos Aires, se analiza la presencia de prácticas agrícolas y conocimientos no convencionales que relativizan la idea sobre un modelo único de horticultura moderna. El trabajo propone una serie de reflexiones sobre las posibilidades de investigación e intervención reconociendo la diversidad cultural y la otredad en el marco de una institución de desarrollo tecnológico.

La huerta comunitaria agroecológica: una experiencia con mujeres hortícolas del sudeste de Entre Ríos. (Claudia Curró y Luciana Moltoni). A partir de la descripción de la experiencia de desarrollo “Huerta del Sol” donde participan mujeres de la localidad de Santa Anita, Entre Ríos, las autoras reflexionan acerca de la etapa inicial

⁵ Las siete contribuciones que conforman la segunda parte se presentan por orden alfabético del primer autor.

de su trabajo de campo. Para ello retoman nociones del método etnográfico como el “punto de vista nativo”, revisando retrospectivamente sus propias expectativas y la de las mujeres con quienes interactuaron.

Productores agropecuarios del periurbano de Puerto Deseado, Santa Cruz: caracterización y breve análisis de la situación socio-productiva. (Gina L. Lipka). Se centra en las actividades hortícolas desarrolladas en el área periurbana de la localidad de Puerto Deseado y el paraje rural Tellier, Santa Cruz. La autora presenta una contextualización histórica del área, describe a los productores familiares que allí se encuentran para, finalmente, plantear problemáticas y desafíos acerca de la práctica de extensión con estos sujetos sociales.

Configuración socio productiva de un territorio hortícola. El caso de Guaymallén, provincia de Mendoza. (Daniela Mathey y Mariana Pereyra). Desde una perspectiva histórica, el artículo aborda la construcción de un territorio hortícola ubicado en el cinturón verde de la ciudad de Mendoza. Se describen cambios en la estructura productiva y social asociados a las actividades productivas que han moldeando el territorio: la ganadería intensiva en pie, la vitivinicultura y la creciente especialización hortícola donde se destaca la participación de familias y trabajadores migrantes de Bolivia.

Horticultura en el Valle de Uco, una aproximación a los sujetos sociales hortícolas. (María Noelia Salatino). La autora describe particularidades del territorio hortícola del Valle de Uco, Mendoza, orientado a la producción de hortalizas pesadas con destino a mercados internacionales. Este perfil productivo se liga a un entramado social heterogéneo compuesto por productores de tipo familiar aunque, principalmente, de unidades de mayor escala y nivel de capitalización basadas en trabajo asalariado, cuyos exponentes son empresas de capital trasnacional.

Trayectorias y procesos de movilidad social de productores hortícolas del Alto Valle de Río Negro. (Natalia Zunino y Pablo Núñez). Los autores retoman el proceso de movilidad social de productores migrantes de origen boliviano (“escalera boliviana”) descrito por R. Benencia para realizar una comparación con las situaciones y trayectorias de integrantes de una asociación hortícola en la zona del Alto Valle de Río Negro. El artículo plantea incertidumbres acerca de su futuro ante el aumento del valor de la tierra, la falta de continuidad intergeneracional y de acceso a tecnología.

Con la difusión de este compilado esperamos contribuir al fortalecimiento de un espacio de reflexión, debate multidisciplinar y construcción teórico-metodológica de alcance nacional respecto de los sujetos sociales en la horticultura.

Se trata de resaltar la necesidad de la dimensión reflexiva en la producción de conocimiento, es decir, la “actitud de revisar nuestras decisiones y prácticas científicas” (Piovani, 2018, p. 76). Esto involucra las distintas etapas o momentos de la investigación, que van desde la construcción del objeto, el desarrollo del trabajo empírico (donde se da el encuentro entre el investigador y los sujetos investigados) así como el análisis de los datos y la producción de textos. También comprende la propia reflexión del investigador acerca de las determinaciones y condicionantes que pueden influir en su mirada, como su posición social, etnia, género, entre otras (Guber, 2018; Muñiz Terra, Frassa y Bidauri, 2018; Muñiz Terra y Roberti, 2018; Piovani, 2018).

En este sentido, la reflexión en torno al trabajo de campo y, específicamente, acerca de cómo se atraviesan las tensiones entre la observación y la participación en el mundo social -lo que es denominado “dialéctica reflexiva” (Burawoy, 2018)- constituyó el hilo conductor de las discusiones e intercambios realizados en el taller, las cuales se reflejan en los artículos reunidos en el presente libro.

Para finalizar, nuestro reconocimiento a las personas e instituciones que posibilitaron esta publicación.

En primer lugar, a los autores por sus contribuciones y buena predisposición ante nuestros pedidos y sugerencias a lo largo del proceso de edición.

Al Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria, que ha brindado el marco institucional para la construcción del proyecto Sujetos sociales agrarios en procesos de transformación territorial. Al Programa Nacional para el Desarrollo y la Sustentabilidad de los Territorios y al Integrador Complejidad y transformaciones territoriales, en los que se inserta este proyecto de investigación.

Al personal de la Estación Experimental Agropecuaria Mendoza y Centro Regional Mendoza San Juan quienes han facilitado y colaborado de distinto modo para que esta publicación salga a la luz. A Hernán Vila (Director de la EEA Mendoza), Laura Sosa (Administradora de la EEA Mendoza), Norma Pieralisi (Comisión de Comunicación de la EEA Mendoza) y Santiago Centeno (Comunicador del CR Mendoza San Juan).

A la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (ANPCyT) dependiente del entonces Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva cuyo financiamiento a través del FONCyT (RC-2016-0408) posibilitó la realización del taller que da origen a esta publicación.

Por último, y muy especialmente, el reconocimiento a los productores hortícolas quienes comparten su tiempo, conocimiento, experiencias, preocupaciones y proyectos, dando sentido a los artículos aquí compilados.

Bibliografía

- Benencia, R. (1994). La Horticultura Bonaerense: Lógicas Productivas y Cambios en el Mercado de Trabajo. *Desarrollo Económico* 34, (133), 53-73.
- Benencia, R. y Quaranta, G. (2005) Producción, trabajo y nacionalidad: configuraciones territoriales de la producción hortícola del cinturón verde bonaerense. *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios*, 01 (23), 101-132.
- Benencia, R. y Quaranta, G. (2006). Mercados de trabajo y economía de enclave. La 'escalera boliviana' en la actualidad". *Estudios Migratorios Latinoamericanos* (60), 16.
- Benencia, R. y Quaranta, G. (2009). Mercados de trabajo en la horticultura del cinturón verde de la Ciudad de Buenos Aires. En R. Benencia, G. Quaranta, J. Souza Casadinho (Comp.) *Cinturón Hortícola de la Ciudad de Buenos Aires. Cambios sociales y productivos* (pp. 85-110). Buenos Aires, Argentina: CICCUS.
- Burawoy, M. (2018). Prefacio: ciencia y reflexividad. En J. I. Piovani y L. Muñiz Terra (Comp.), *¿Condenados a la reflexividad? apuntes para repensar el proceso de investigación social* (pp.12-15), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: CLACSO; Buenos Aires: Biblos. Disponible en http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20180419015342/Condenados_a_la_reflexividad.pdf
- Cassanello, C. A. (2014). Historia reciente de los inmigrantes bolivianos en la Argentina, 1970-2000. Trayectorias migrantes, redes sociales y transnacionalidad (Tesis doctoral). Universidad Nacional de Quilmes, Argentina.
- Ciarallo, A. (2014) *Se vamo a la de Dios: migración y trabajo en la reproducción social de familias bolivianas hortícolas en el Alto Valle del Río Negro*. Córdoba, Argentina: Editorial del Centro de Estudios Avanzados.
- Ciarallo, A. y Trpin, V. (2015). Familias migrantes hortícolas en el Valle Medio del río Negro. Cruces identitarios en las experiencias de vida y de trabajo. En Barelli, I. y Dreidemie, P. (Comp.) *Migraciones en la Patagonia: subjetividad, diversidad y territorialización* (pp. 71-87). Viedma, Argentina: Universidad Nacional de Río Negro.
- Galmarini, C. (2012). Contribución del INTA al agregado de valor en el sector hortícola. Programa Nacional Hortalizas, Flores y Aromáticas. Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria, Cartera de Proyectos 2013-2018. Disponible en: <https://inta.gob.ar/sites/default/files/script-tmp-31- contribucion del inta al agregado de valor en el s.pdf>
- García, M. (2011). Análisis de las transformaciones de la estructura agraria hortícola platense en los últimos veinte años. El rol de los horticultores bolivianos (Tesis doctoral) Universidad Nacional de La Plata, Argentina.

- Guber, R. (2018). Volando rasantes'... etnográficamente hablando. Cuando la reflexividad de los sujetos sociales irrumpe en la reflexividad metodológica y narrativa del investigador. En J. I. Piovani y L. Muñiz Terra (Comp.), *¿Condenados a la reflexividad? apuntes para repensar el proceso de investigación social* (pp. 52-72), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: CLACSO; Buenos Aires: Biblos.
- Muñiz Terra, L. y Roberti, E. (2018). "Del análisis a la escritura de textos biográficos: el lugar de la reflexividad en las interpretaciones y puestas en montaje de las biografías. En J. I. Piovani y L. Muñiz Terra (Comp.), *¿Condenados a la reflexividad? apuntes para repensar el proceso de investigación social* (pp. 147-168), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: CLACSO; Buenos Aires: Biblos.
- Muñiz Terra, L.; Frassa, J. y Bidauri, M. P. (2018). Hacia un encuentro de reflexividades: la entrevista biográfica como interludio del proceso de investigación social. En J. I. Piovani y L. Muñiz Terra (Comp.), *¿Condenados a la reflexividad? apuntes para repensar el proceso de investigación social* (pp. 120-146), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: CLACSO; Buenos Aires: Biblos.
- Piovani, J. I. (2018). Reflexividad en el proceso de investigación social: entre el diseño y la práctica. En J. I. Piovani y L. Muñiz Terra (Comp.), *¿Condenados a la reflexividad? apuntes para repensar el proceso de investigación social* (pp. 74-92), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: CLACSO; Buenos Aires: Biblos.
- Pizarro, C. (2011). Inmigrantes bolivianos en el sector hortícola: entre la discriminación racializante, la precariedad laboral y la movilidad socio-productiva. En C. Pizarro (Ed.), *"Ser boliviano" en la región metropolitana de la ciudad de Córdoba: localización socio-espacial, mercado de trabajo y relaciones interculturales* (pp. 119-164). Córdoba, Argentina: Editorial de la Universidad Católica de Córdoba.
- Ringuelet, R. (2000), (coord.) Espacio tecnológico, población y reproducción social en el sector hortícola de La Plata. Serie Estudios e Investigaciones, 39. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, Buenos Aires.
- Waisman, M. A. (2011). Superando dualismos: trayectorias socio-productivas en el abordaje de las transformaciones en la estructura social hortícola platense. En *Mundo Agrario*, 12 (23). Recuperado de <https://www.mundoagrario.unlp.edu.ar/article/download/226/197>

Primera parte

*Aportes teórico-metodológicos
para el estudio de la horticultura
desde las ciencias sociales*

Problematización teórica y metodológica de la construcción de los sujetos objetos de estudio o de intervención en espacios rurales: los/as bolivianos/as en la horticultura⁶

Verónica Trpin⁷

La exposición aborda los siguientes temas: a) Construcción de la alteridad en la Argentina: los/as migrantes limítrofes, etnicidad y racialización y b) Contribuciones del enfoque etnográfico en el abordaje “del/la otro/a” a intervenir o investigar.

Mi presentación se basa en líneas de investigación que realizamos desde la Universidad Nacional del Comahue vinculadas a problemáticas agrarias que involucran el caso de la horticultura, centralmente, horticultores de origen boliviano.

Esto nos lleva necesariamente a introducir los desafíos del trabajo de campo en una implicación desde la investigación y no desde la intervención técnica. Es decir, dejar en suspenso esa actividad desde la cual están involucrados e involucradas para pensar en un trabajo de campo que nos ubica como sujetos y sujetas en otro lugar de interlocución con los actores sociales.

Desde la investigación se dispone de algunas herramientas teóricas y metodológicas para el trabajo en la horticultura. He seleccionado algunas investigaciones que estamos llevando a cabo en una lógica que implica un involucramiento en el trabajo de campo desde el método etnográfico.

Este tipo de propuesta o abordaje acerca de los sujetos agrarios hortícolas creemos que logra sostenerse desde la etnografía dadas las particularidades de ese tipo de producción y de su organización que, centralmente, es de tipo familiar. Por lo cual, hay una correlación entre las decisiones metodológicas y las decisiones teóricas pero básicamente ajustándonos al tipo de sujeto que se transforma en nuestro objeto de

⁶ Artículo basado en la transcripción de la exposición de V. Trpin en el Taller “Sujetos sociales en la horticultura. Abordajes teóricos y metodológicos”, 17 y 18 de Agosto de 2016, IPAF Región Patagonia, Neuquén.

⁷ Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Vicedirectora del Instituto Patagónico de Estudios de Humanidades y Ciencias Sociales (IPEHCS)-CONICET-UNCo. Docente e investigadora de la Universidad Nacional del Comahue (UNCo). vtrpin@hotmail.com

estudio. Si bien hay temáticas que pueden abordarse desde un enfoque cuantitativo, creemos que el trabajo en terreno para estudiar horticultura es nodal.

Por eso me parecía importante abordar en esta presentación los desafíos que involucra el trabajo de campo pero no como técnicos/as interviniendo sino desde algunas preguntas que movilicen una problematización del trabajo de campo para el sostenimiento de una investigación. El trabajo en terreno implica una problematización metodológica, lo cual no significa una desatención de la teoría. Es decir, el trabajo de campo necesariamente implica ese diálogo dialéctico, podríamos decir, entre aquellas preguntas que surgen del trabajo de campo y, al mismo tiempo, esquemas interpretativos que se sostienen desde las teorías sociales.

Asimismo, la propuesta de pensar el trabajo de campo desde la etnografía para las investigaciones sociales involucra una problematización de cómo construimos nuestro objeto de estudio. Creemos que el hecho de que la horticultura sea un objeto de las investigaciones agrarias en la Argentina bastante reciente, que ha sostenido la posibilidad de interesantes diálogos interdisciplinarios, implica desafíos y proyecciones que se van sosteniendo en el hacer de la investigación, más que tradiciones ya consolidadas. Por lo cual, esta presentación es una invitación para pensarnos en esos cruces interdisciplinarios, en los desafíos que involucra construir al sujeto hortícola como un sujeto-objeto de estudio. Pero básicamente pensar cómo ese sujeto ha interpelado muchos esquemas interpretativos provenientes de las ciencias sociales e incluso también de las ciencias agronómicas.

En el transcurrir de las investigaciones podemos observar cómo algunos esquemas interpretativos están focalizados o son fácilmente resueltos para otro tipo de producciones pero con la horticultura se nos van “quemando los papeles”. Y ustedes, por los relatos también que fueron compartiendo, expresan que muchos de esos esquemas interpretativos empiezan a hacer agua cuando comenzamos a hacer trabajo de campo en horticultura. Esto básicamente nos instala en la primera parte de mi intervención: cómo el sujeto hortícola nos sitúa en el trabajo de campo como un “otro”.

Si hay algo que nos interpela en el trabajo de campo etnográfico es la “relación entre investigador e investigado”, la cual implica una relación siempre jerárquica que la etnografía, en sus diferentes enfoques, ha tratado de problematizar. Ese sujeto que

comienza a ser investigado -por ejemplo trabajadores rurales, productores hortícolas-, necesariamente implica una relación de alteridad.

Y acá ya nos metemos con un aspecto central del aporte antropológico, pensar cómo nos relacionamos y desde qué lugares con nuestros sujetos de estudio, en esa problematización que hacemos de la implicancia del trabajo de campo. Porque si hay algo que ha sostenido la antropología y algunas discusiones en las últimas décadas, es pensar al sujeto de estudio no desde la definición de una investigación “sobre” tal población, “sobre” tal sujeto, sino más bien “con” y “a partir” de tal sujeto. Esto ya nos ubica en un lugar de interlocución desde el cual esa relación jerárquica, definida en los inicios de la antropología, entre quienes eran objeto de estudio y el investigador comienza a diluirse en una relación que implica una interlocución.

Revisando alguna bibliografía sobre etnografía, seleccioné un texto de Miguel Bartolomé (2003), antropólogo argentino, donde problematiza este viraje en los enfoques antropológicos. Recuperando los aportes de Geertz (2005) acerca del pensar las investigaciones “a partir” de los sujetos con quienes nos vinculamos, plantea la necesidad de problematizar la relación, de reflexionar sobre cómo esos sujetos nos habilitan la entrada al trabajo de campo y cómo esas habilitaciones son como una exploración que nos ubica en una negociación permanente. En ese artículo, Bartolomé sostenía la posibilidad de dejar de pensar en términos de “informantes” -lo cual nos ubica en una relación de vigilancia y control-, y hacerlo en términos de “interlocutores”. Es decir, cómo esos sujetos y sujetas, desde los cuales iniciamos y sostenemos nuestro trabajo de campo etnográfico, pueden habilitarnos a un diálogo intercultural. A partir de esta interlocución el producto de una investigación es, entonces, fruto de las dos partes.

Rosana Guber (2001) sostiene esta posibilidad de pensar el texto etnográfico como el producto de esa interlocución y no como una producción situada sólo en el investigador. Por lo cual el diálogo de estos dos autores -además destaco que son latinoamericanos y argentinos y argentinas- permite poder pensar estos virajes en el abordaje metodológico a partir de una profunda implicancia en el trabajo de campo. Es decir, cómo poder llegar a esas conclusiones y a esas posibilidades de repensar permanentemente el trabajo de campo, a partir de haber realizado trabajo de campo.

El problema es cómo transformar ese trabajo de campo en una problematización de un objeto de estudio. Y creo que acá vienen los principales desafíos para ir pensando a

los sujetos y sujetas con quienes nos vinculamos en el trabajo de campo. Por ejemplo, hay que pensar en la existencia de una relación jerárquica -que no podemos diluir porque nuestros lugares son diferentes en nuestras implicancias institucionales, somos nosotros y nosotras quienes vamos a terreno a investigar, somos nosotros y nosotras quienes vamos a intervenir-, por lo cual ese lugar de reflexividad permanente es necesario en el trabajo de campo, a partir de los lugares desiguales desde los cuales tenemos posibilidades de circular. La reflexividad es un elemento central en la antropología que implica tener una permanente alerta acerca de las implicancias que tiene nuestra presencia en el trabajo de campo.

Bueno yo las miro, los miro y la mayoría son mujeres y muchas de sus exposiciones tuvieron que ver con las implicancias y los desafíos en el trabajo de campo y en espacios rurales al ser mujer. Además podemos pensar por qué no es casual que la mayoría de ustedes sean mujeres trabajando horticultura, lo cual también tiene que ver con una desvalorización de un tipo de producción que en general se ha pensado en términos periféricos, incluso desde las políticas de desarrollo agrario. Entonces las mujeres terminan ubicándose como interventoras; interviniendo o preocupadas por esos lugares productivos que, en general, no son políticas centrales de Estado. Sería interesante, incluso que después podamos seguir repensándolo, la cuestión de cómo hacer trabajo de campo siendo varones y siendo mujeres implica posibilidades de involucramiento y de problematización de ese trabajo de campo.

Pero para no desviarme y siguiendo con esta lógica y estos desafíos, las lecturas de Bartolomé y de Guber nos sostienen para pensar esas interlocuciones. Bartolomé piensa al sujeto objeto de estudio, insisto con esto, no como informante donde nos ubica en una jerarquía diferente sino, según él, en términos de interlocución. Él cree que tiene una potencialidad en los términos de diálogos interculturales y esto no es un hecho menor para pensarlo en relación a la horticultura. Más temprano alguno de ustedes comentaba este desafío de pensar al otro como un otro cultural. Y es necesario plantearlo cuando trabajamos con horticultores, pensarlo como un problema que tiene que ver con las historias agrarias de la Argentina; decimos un problema no en el sentido de un estorbo sino, más bien, como algo que nos interpela. Y justamente en el trabajo de campo etnográfico, si hay algo desde lo cual hay que partir siempre son desde las interpelaciones. Aquello que damos por supuesto, aquello que damos como dado (como categorías que se imponen desde nuestros esquemas

interpretativos), tienen que ser revisados permanentemente para poder sostener miradas que ubiquen al otro o a la otra como interlocutor. Esa interlocución es la que nos invita a conocer un mundo que no conocemos.

Desde sus orígenes, pensar desde la perspectiva "nativa" el mundo social fue el basamento de las investigaciones antropológicas. Y justamente recuperar esta posibilidad de que el otro sabe, que el otro y la otra tienen mucho para contarnos implica esto que Bartolomé sostiene como el diálogo intercultural. Porque necesariamente al reconocer al otro y la otra como diferente -después vamos a ver que no es lo mismo considerarlo diferente que considerarlo inferior, tradicional, primitivo- me ubica en mi lugar de interlocución. Pensarme como mujer, como universitaria interviniendo, investigando "a partir de" y no "sobre" esos sujetos.

Este es el desafío etnográfico, pensar desde la perspectiva nativa, donde el conocimiento viene desde abajo y no desde la intervención (desde arriba) con el conocimiento técnico. Omar Arach (2008) plantea el juego entre ambas lógicas de manera muy minuciosa al describir lo que implicó, como antropólogo, trabajar en el INTA. En su artículo señala las lógicas desde las cuales nos formamos los antropólogos y las antropólogas y las expectativas implicadas en otro tipo de trabajo que no tiene que ver con una permanencia prolongada en el campo solo por el conocimiento mismo de ese mundo social o de ese mundo productivo. Plantea como desafío considerar las trabas que tienen que ver con lógicas institucionales muy diferentes y que lo hacen repensar incluso las posibilidades de cómo sostener una antropología, podríamos decir aplicada, que tenga que ver con otras lógicas que no sea la mera investigación.

Pero creo que ahora estamos haciendo el ejercicio inverso. Esto es, cómo pensar desde el trabajo técnico que realizamos un trabajo de investigación y, entonces, cómo recuperar saberes desde los cuales organizan una producción, desde los cuales organizan la circulación por un espacio desde los propios actores. Creo que es un desafío importante en esas posibilidades de diálogos interculturales. Porque sostienen entonces una posibilidad de que la perspectiva nativa sea recuperada como potencializadora, podríamos decir, y como basamento de un tipo de conocimiento que en general solo puede recuperarse desde el trabajo de campo. Si una encuesta tipifica es difícil que puedan recuperarse saberes vinculados a la tierra, saberes vinculados a las semillas, saberes vinculados a lo productivo.

Pero bueno, nos pone en una lógica de trabajo que para la antropología solo es posible sostener en el trabajo de campo de una larga duración. Es diferente a la intervención focalizada, en la cual tengo que resolver y planificar de acá a un mes o dos meses, con un efecto inmediato desde nuestra presencia.

Acá estamos hablando de trabajo de campo que, tal como sostiene Pizarro (2007), involucra una negociación permanente de cómo sostener nuestra presencia durante mucho tiempo con los sujetos involucrados en la investigación. Y además ser conscientes en este diálogo intercultural, y en esa permanencia, que debemos negociar en el trabajo de campo, una no interactúa desde un lugar vacío. Por eso les decía que es importante pensar cómo operamos en esa negociación, por ejemplo, como mujeres; es decir, con quiénes nos vinculamos, con quién queremos vincularnos y las trabas que tienen que ver con nuestra condición de mujeres.

Con Silvia Bouchoud y Daniela Rodríguez (2017) planteamos una reflexión sobre nuestra implicancia como mujeres en el trabajo de campo. Acerca del acceso a nuestros interlocutores, en general, las barreras son masculinas. Primero, sólo por el hecho de ser mujeres parece que fuéramos sujetas de sospecha por estar circulando en ámbitos altamente masculinizados, como es el trabajo rural. Y siempre es un problema. El control, en general, viene de los varones, tanto de los técnicos -tomándonos lección acerca de cuánto sabemos sobre producción agraria porque por ser mujeres parece que mucho no podemos entender- como también de los propios nativos -pensando a los propios sujetos de investigación- quienes, en general, consideran que las mujeres no son informantes importantes del trabajo agrario.

A partir de esta descripción aparece lo que desde la teoría se señala. No se interactúa en un lugar vacío en esa negociación, ni de parte de los sujetos que investigamos, ni de nuestra parte. A veces nuestros supuestos también construyen barreras o fronteras en el trabajo de campo. Y estas fronteras son desde las experiencias -ciertas nociones acerca de las que partimos siendo mujeres, también acerca de cuáles son los lugares, los espacios por los cuales podemos circular autorizadamente-, pero también son fronteras teóricas. Si el trabajo sólo es pensado en términos productivos es posible que en nuestro universo de indagación las mujeres queden excluidas por no participar en lo que, desde algún esquema interpretativo, se considere trabajo productivo. Por lo cual, permanentemente, el mecanismo de reflexividad, dirá Guber (2001), tiene que ver con el alerta situacional en el trabajo de campo -desde el cual debemos siempre

pensar los efectos que tenemos en las relaciones que establecemos con nuestros interlocutores y nuestras interlocutoras- pero también el alerta teórico, es decir, la selección de lo que miramos, pues no hay un lugar vacío sino un lugar de interpretaciones desde la teoría.

Pero pensar, además, que en esas definiciones teóricas no deben replicarse las fronteras de los marcos conceptuales que van a guiar nuestro trabajo de campo. La etnografía no está vacía de conceptos vertebradores para pensar las dinámicas que estamos observando sino que -según nos plantean los autores y las autoras- más bien tienen que ver con una dialéctica permanente entre los conocimientos y los conceptos que provienen del propio trabajo de campo y los conceptos teóricos. Pero, además, cómo las miradas nativas permanentemente nos van implicando desafíos para re pensar esos marcos conceptuales.

Siguiendo con el ejemplo de las concepciones de trabajo, si desde nuestros marcos interpretativos tomamos solo trabajo productivo, por lo tanto, generador de un excedente, generador de un salario, posiblemente el trabajo de las mujeres quede absolutamente desplazado de nuestra mirada. Sin embargo, si escuchamos y vemos las distintas actividades que se realizan en una unidad doméstica, que puede ser las desarrolladas por las familias hortícolas, posiblemente ahí las mujeres entren en una definición amplia de trabajo, la cual no está delimitada a lo productivo considerado como un campo exclusivo de los varones.

Por lo tanto, siempre hay que tener esos alertas, tanto teóricos como esas escuchas de lo que sucede en el trabajo de campo. En general, el/la antropólogo/a en el trabajo de campo parte del supuesto de “no saber”. Eso es lo que habilita la escucha y las posibilidades, insisto tal como lo dice Bartolomé, de ese diálogo intercultural. Porque ese “no saber” es lo que permite reconocer al otro y a la otra como interlocutores. En estos diálogos se abre la posibilidad de conocer esos mundos sociales y productivos.

Esto parece trabajoso, y es trabajoso, porque la lógica técnica siempre nos pone en el lugar de solucionar problemáticas puntuales, donde la escucha está más focalizada en temáticas específicas, donde la intervención es concreta y nuestra llegada al campo tiene que ver con solucionar demandas. Nos ubica en un saber jerárquico que nos deja en la comodidad de que las escuchas más o menos van a estar encaminadas por donde se sostengan esas demandas.

Sin embargo, pensar el trabajo de campo desde el enfoque etnográfico implica quitarnos la mochila de pensarnos siempre como los que y las que debemos dar soluciones y, en cambio, nos permite problematizar -desde el trabajo de campo- aquellas temáticas que nos interpelan y que nos llenan de preguntas. Por lo cual, insisto, también es importante como agentes estatales pensar que el Estado no siempre implica intervención, que no siempre implica solución desde un lugar jerárquico, que no siempre implica homogeneizar y catalogar a los sujetos sociales.

Las políticas públicas parten de catalogar a los sujetos de intervención, por ejemplo, como agricultores familiares. Las categorías que provienen del Estado tienen que ver con las políticas de solución de algunas problemáticas y desde la homogenización o estandarización de ciertos sujetos permiten una aplicación -sea en Ushuaia o sea en la Quiaca- de ciertas líneas de financiamiento o armado de programas. En cambio la etnografía nos ubica en otro lugar, nos desafía a sostener la problematización de conceptos universales -como puede ser el de agricultura familiar- para pensar la diversidad desde las experiencias de los sujetos. Y ahí se nos “queman los papeles” donde antes veíamos por todos lados agriculturas familiares. La variedad se puede recuperar desde las propias experiencias y esto permite, al mismo tiempo, visualizar cómo el homogeneizar o estandarizar ha despojado a los sujetos de sus historias, de sus trayectorias, de sus territorialidades.

Cuando recuperamos a los sujetos y a las sujetas desde sus propias experiencias, desde sus propias historias ancladas territorialmente, podemos pensar también los problemas desde otro lugar. Porque no son sujetos que un día para el otro están ahí sino que forman parte de configuraciones sociales y productivas que nos ubican también en el desafío de pensar en las diferentes escalas de indagación de una investigación. La temporalidad en conjugación con el anclaje territorial, nos desafía a comprender cómo esas miradas localmente situadas dialogan con problemáticas y transformaciones, a niveles regional y nacional, incluso latinoamericano. El caso, en realidad, debe abrirnos la oportunidad. Por eso es interesante la idea de Geertz que les comentaba al inicio de no partir de las investigaciones sobre tal población, sobre tal tema sino más bien “a partir” o “con” esa población.

El cambio de pensar “sobre” bolivianos a “con” o “a partir” de la producción hortícola en tal lugar, nos lleva a otras escalas de indagación de un problema, conduce a pensar otras transformaciones mayores. Deja de ser un caso aislado cómo sostenían

las investigaciones en los inicios de la antropología, como sujetos a-históricos, estáticos e incluso “esencializados”. Justamente los desafíos actuales de la antropología -y creo que de todas las ciencias sociales en estas implicancias del trabajo interdisciplinar-, tienen que ver con la historicidad del caso o los casos seleccionados. Porque siempre nos atormenta el tema si son muchos o pocos los casos con los cuales trabajamos, nos atormenta ese esquema positivista que tenemos que comprobar lo fidedigno y lo veraz de nuestras investigaciones.

Pero si nos ubicamos en un paradigma interpretativo desde el cual nos corremos de la carga positivista de estar comprobando la teoría, incluso corremos de estas investigaciones "sobre" tal población y pensarlas "a partir" de tal problemática, "a partir" de este caso, ahí las cosas cambian en relación a esas presiones provenientes de esquemas más duros incluso dentro de la investigación social. Porque si partimos de problemáticas, los casos van conjugándose para abonar esa problematización y entonces definir la cantidad de casos depende también de nuestras posibilidades de realizar el trabajo de campo. Siempre les digo a mis tesisistas, “hagan investigaciones que puedan sostener”, en relación al financiamiento y el tiempo. Y entonces, desde los casos se piensan las temáticas que nos inquietan, pueden hacer uno o dos. Pero a veces pueden ser de tal intensidad etnográfica y de tal problematización que podemos jugar fácilmente con las escalas de análisis sin sostener réplicas de casos para comprobar lo que queremos desarrollar, sino que desde los casos se puede pensar en esquemas interpretativos, donde las territorialidades van abriendo un juego interesante de indagación que permiten ver los espacios y el tiempo jugando desde los casos locales. ¿Entienden la diferencia?

En este sentido, la geografía crítica ha hecho un giro interpretativo muy interesante. Cuando estudié historia, la geografía eran las bardas, el río, etcétera, es decir, la geografía física y tengo ahora el gusto de trabajar con geógrafas y geógrafos como Marta Radonich, Silvia Brouchoud, Flavio Abarzúa. Esta geografía nos ha situado en lecturas sobre territorios -que además permite pensarlos fuera de los esquemas que nos vienen bajados de las agencias de financiamiento, incluso del Estado-, sobre territorialidades que van construyendo los sujetos, lo que también implica jugar con escalas donde, a veces, las territorialidades están definidas con el programa de financiamiento o definidas por los límites políticos establecidos por el Estado.

Cuando empezamos a hacer trabajo de campo desde otro enfoque, que nos involucra en otros tipos de interlocuciones, las territorialidades comienzan a multiplicarse y se abre la posibilidad de pensar las escalas. En ese sentido, el Estado casi se diluye porque allí los protagonistas pasan a ser los varones y las mujeres que construyen esas territorialidades. El Estado siempre forcejea porque quiere marcarnos esa homogeneización desde la cual aplicar, por ejemplo, algún programa de intervención. Y muchas veces son las propias organizaciones las cuales alertan sobre problemáticas, circulaciones espaciales e incluso temporalidades que no necesariamente se ajustan a las definiciones provenientes del Estado.

Siguiendo con esta lógica y aportes de la geografía, observamos a las familias migrantes de origen boliviano, las cuales podemos pensar como constructoras de un tipo de territorialidad a partir de esas cadenas y circulaciones migratorias y de construcciones de territorios productivos que muchas veces disputan espacialidades - incluso tierras- con otro tipo de producción. En este caso estamos pensando, desde el propio trabajo de campo, cómo nuevas configuraciones territoriales a partir de producciones específicas tensionan definiciones territoriales desde producciones más valorizadas para el desarrollo o territorialidades, incluso definidas desde lo jurídico por Estado nacional. Además, estas definiciones territoriales también involucran relaciones de poder, es decir, cómo legítimamente se configuran -a partir de jerarquías internas- espacios más valorados que otros para la circulación diferenciada, por ejemplo, varones y mujeres dentro de una configuración productiva. Siguiendo ese ejemplo, se puede comprender cómo una organización -o las organizaciones en general- están hegemonizadas por los varones productores; es decir, cómo hay ciertas circulaciones, dentro de un mismo territorio productivo, desde el cual hay una jerarquía sustentada en el género. Y cómo esa jerarquía, además, implica relaciones desiguales de poder, por lo menos en la toma de decisiones.

Entonces debemos estar atentos/as a no naturalizar a quiénes se transforman en nuestros interlocutores -en esto de dejar de pensarlos como informantes, sino más bien como interlocutores-, y reflexionar sobre cómo opera permanentemente esta selección de con quiénes dialogamos, tenerlo siempre como una pregunta y no naturalizar que si trabajamos sobre determinada producción la voz autorizada será la de los varones por ejemplo. Además, hay que tener en cuenta que las organizaciones han replicado estos patriarcados, podríamos decir, dentro de las propias producciones agrarias, que definen

quiénes se constituyen en voces autorizadas para negociar con el Estado, con los técnicos y las técnicas e incluso con los investigadores y las investigadoras.

Resulta imprescindible estar atentas y atentos, entonces, a esas movi­lidades diferenciales de varones y mujeres en un mismo territorio; ir captando esas complejidades para pensar cómo se construyen otras espacialidades que no necesariamente están hegem­onizadas por los varones. Asimismo, captar las barreras o fronteras para acceder a ellas que debemos ir sorteando en un trabajo de campo de características intensivas y de larga duración.

Reconocernos como parte de esas fronteras implica la posibilidad de problematizarlas y no darlas por hecho, por ejemplo, porque somos mujeres que debemos hacer el doble esfuerzo para acceder a determinados lugares, que debemos demostrar que sabemos algo sobre el trabajo agrario u horticultura y que nuestros interlocutores autorizados solo sean varones.

Por otra parte, creo que también el privilegio de ser varones en el trabajo de campo, en los espacios agrarios, está poco problematizado. Cuando escribimos con Silvia Brouchoud y Daniela Rodríguez nos reíamos de la casi masculinización que tenemos que hacer de nuestros cuerpos en la circulación por los espacios agrarios, casi transformarnos en mujeres asexuadas para no generar sospecha o situaciones pensadas como peligrosas o violentas. Así como los cuerpos y las prácticas de las mujeres rurales están casi invisibilizadas para el conocimiento científico y para el conocimiento técnico, nuestros cuerpos también como investigadoras y técnicas, circulando por los espacios agrarios, también casi están invisibilizados en términos de tener que masculinizarnos.

El género debe ser un tema desde el cual podamos instalarnos en la propia producción del conocimiento. Así como hemos generado conocimiento con lógicas fuertemente androcentradas, entiendo que también existe una carencia de problematización acerca de lo que nos pasa como mujeres en el trabajo de campo. Y aquí vuelvo a traer el desafío que, bien lo desarrolla Rosana Guber, de no suponer que se interactúa -en las investigaciones o en las intervenciones- desde un lugar vacío. No, no es ningún lugar vacío. Hay un lugar de género, hay un lugar de saber

técnico que se impone sobre otro tipo de saber, hay un marco teórico que se impone por sobre otras nociones no consideradas legítimas en términos de conocimiento.

Hablar de esquemas androcéntricos refiere a una lógica del conocimiento centrada en lo masculino o, en este caso, de los trabajos sobre producción agraria centrados en lo productivo masculino o en el trabajador varón, trabajador rural varón. En este sentido, hay un texto clásico, que creo siempre vale la pena revisarlo, de Henrietta Moore que se llama “Antropología y feminismo” (2009), en el cual alerta cómo ir desmontando el androcentrismo en el trabajo científico. La autora plantea que, en un primer momento, era necesario hacer más historias de mujeres, darles visibilidad a esas mujeres que habían sido como desdibujadas de los procesos y las transformaciones sociales. O podríamos decir, en el caso de los estudios agrarios, de las propias producciones agrarias. Ese fue el primer desafío.

Después de las décadas de 1960 y 1970 la autora señala otro momento, donde no bastaba con mostrar a las mujeres sino desnaturalizar ciertos conceptos desde los cuales pensar esos lugares de género. Como les decía respecto del concepto trabajo, yo puedo visibilizar mujeres, decir sólo se dedican al trabajo doméstico y con eso quedarme satisfecha de que estoy haciendo una problematización de los lugares de género. Sin embargo, si no problematizo la categoría trabajo, posiblemente vuelva a ubicar a las mujeres en el mismo lugar de androcentrismo que tiene que ver sólo con lo circunscripto a lo doméstico y a lo reproductivo. Entonces, Moore dice hay que generar teoría que implique género, que no es solo visibilizar mujeres, sino desnaturalizar incluso los conceptos que tienen una fuerte carga androcentrada y que han sido conceptos pensados, además, por varones desde las grandes teorías de las ciencias sociales.

Este es un gran aporte de las corrientes feministas en las ciencias sociales: las mujeres tenemos que ser capaces de generar teorías para pensar los lugares de género en cada una de nuestras áreas de conocimiento. Además, no se debe partir del supuesto, dice la autora, que por ser mujeres vamos a tener más accesibilidad a las mujeres, porque si no cambio mis propios parámetros desde los cuales me estoy vinculando con esas mujeres, puedo ubicarlas nuevamente en un lugar de subordinación. No dar por supuesto que las experiencias de mujeres son una categoría universal. En realidad hay que desarmar la categoría mujeres porque no es un universal. Estas categorías son históricas, deben dar cuenta de la diversidad de la experiencia humana y no del carácter universal que poseen *a priori*.

Entonces, acá vamos cerrando las posibilidades que implica el trabajo de campo etnográfico como un recurso de diálogo intercultural y, por qué no pensarlo también, como un recurso de diálogo de género desde el cual permanentemente repensar los lugares de privilegio que tenemos en la accesibilidad al trabajo de campo por ser varones o mujeres. No dar por hecho, por ejemplo que el acceso hacia las mujeres va a ser más directo por la sola condición de género. Porque a veces nos va a interpelar el diálogo intercultural, donde posiblemente esas mujeres nos enseñen mucho de sus esquemas interpretativos del mundo y de los espacios que ellas mismas construyen y que no necesariamente se ajustan a los esquemas interpretativos y las experiencias que nosotras poseemos.

El feminismo, entonces, nos abrió estas posibilidades de pensar en plural a las mujeres y a los varones y, podríamos agregar, a las experiencias diversas según los contextos de anclaje territorial que posean las poblaciones estudiadas.

Otro desafío que implica la etnografía, entonces, es descolonizar la mirada, nuestra propia mirada. ¿A qué hacen referencia algunos científicos sociales en relación a la descolonización? Respecto de la horticultura, creo que no es un tema menor el pensar las descolonizaciones sobre las percepciones del otro. Tiene que ver, en primer lugar, con lo que ya habíamos desarrollado sobre desnaturalizar algunos *a priori* conceptuales desde los cuales homogeneizamos a los sujetos, estandarizamos, para que se encuadren en un tipo particular de programa o en un tipo particular de intervención. Se trata de recuperar los propios conceptos nativos; toda población construye sus propios tipos de clasificaciones sociales, sus propias jerarquías sociales, sus propias explicaciones de las acciones.

Entonces, cuando hacemos el ejercicio de pensar cómo esas configuraciones locales incluyen propias y particulares clasificaciones sociales, estamos descolonizando el conocimiento. Porque ya no es el lugar del investigador o del técnico de un saber impuesto, sino de un saber y de un conocimiento que proviene de las propias poblaciones con las cuales trabajamos. Además, descolonizar a los sujetos (o a nuestros propios objetos de estudio) involucra historizarlos y pensar en las propias marcas coloniales de nuestros territorios latinoamericanos.

Aquí nos metemos en la complejidad que implica pensar en las historias coloniales de América Latina, desmontar algunos mitos acerca de la configuración productiva y

poblacional de Argentina. Porque ese boliviano o boliviana productor o productora que nos encontramos en el trabajo de campo -o con quienes decidimos trabajar-, nos interpela culturalmente.

Volviendo al inicio, ese otro cultural, esa otra cultural nos muestra otra cara de la Argentina. Otra cara que, además, es rural. Estamos habituados a las dinámicas urbanas que definen circulaciones de las poblaciones, migrantes de diversos orígenes. Sin embargo, las espacialidades rurales han sido construidas históricamente como esos sitios tradicionales que han llegado, o que necesitan, de cierta modernización o intervención para pensarse como espacios de desarrollo.

Las colonialidades desde las cual hemos pensado los espacios rurales tienen que ver con lugares casi estáticos, en los que sólo hay cambios si vienen de fuera: el capital, el Estado desde el interventor, el programa de desarrollo. Los espacios rurales son pensados, en general, como espacios a-históricos, producto de una construcción dualista: lo moderno, civilizado y dinámico situado en las grandes urbes, en contraposición a lo rural. De hecho, la antropología en la Argentina también se inicia con esas indagaciones sobre sujetos históricamente construidos como no modernos: los indígenas o las poblaciones rurales.

Pensar la alteridad en la Argentina nos ubica nuevamente en otro lugar de interlocución con la población boliviana que, como les decía, nos muestra necesariamente la marca latinoamericana que posee nuestro país, la marca colonial. ¿Por qué? porque muchas veces nos encontramos con otras lenguas que no necesariamente tienen que ver con la hegemónica castellana. Muestra otras costumbres, las cuales muchas veces remiten a características de indígenas andinos. Muestra hasta otros colores de piel que no necesariamente concuerdan con nuestro imaginario de población blanca argentina. Siempre la interpelación nos moviliza, cómo nos relacionamos con la otredad en los espacios rurales.

El trabajo de Alejandro Grimson (2006) permite pensar lo étnico en los espacios rurales, cómo esta marca colonial que aflora desde la presencia y la circulación de población boliviana por la Argentina. Un tema que parece metido bajo la alfombra desde la construcción del Estado Nacional, una Argentina pensada sin población negra, sin población indígena, sin población campesina.

La migración boliviana, consideramos que remite a esas marcas invisibilizadas dentro de la historia o de la histórica construcción de alteridad en la Argentina. Porque, además, mucha de esa población, clasificada como boliviana, muchas veces es migrante del norte de Argentina. Hay una obsesión Estado-centrada de clasificar a esos migrantes como extranjeros cuando muchas veces no lo son o, incluso, cuando ya encontramos generaciones argentinas viviendo en los espacios rurales pero que, sin embargo, son clasificadas como bolivianas. El desafío es estar en alerta sobre las clasificaciones locales, sobre cómo se construyen jerarquías en los territorios porque, en general, desde el prejuicio se enmarca a estos sujetos agrarios hortícolas como bolivianos cuando muchas veces ya son primera o segunda generación argentina o incluso es población que nunca ha vivido en Bolivia y es del norte de nuestro país.

Alejandro Grimson es uno de los primeros antropólogos en la Argentina que trabajó con población boliviana en un barrio de Buenos Aires y alertó sobre lo que denomina “híper visibilidad de lo étnico” durante la última etapa del gobierno de Menem y luego de la crisis del 2001. Muestra cómo este tema de las identidades étnicas en relación a las migraciones latinoamericanas -que no aparecía en agenda ni siquiera en los estudios sociales- volvía a instalarse como foco de análisis vinculado, además, a los brotes xenófobos y racistas en torno a la población migrante de países limítrofes.

Grimson retoma la histórica presencia de las migraciones limítrofes en la Argentina y va desmontando mitos muy difundidos. Entre ellos, en un contexto de alta desocupación en la Argentina, más del 19% en 2000 y 2001, aborda la supuesta disputa de trabajo entre los nativos y los bolivianos, los paraguayos, los peruanos, quienes eran vistos como causales de la desocupación. Sin embargo, las estadísticas mostraban que la población migrante nunca superó el 2% o 2,5% de la población, porcentaje que hace lejana la idea de “invasión”. De este modo, si la migración limítrofe no varió a lo largo de la historia argentina, el autor plantea entonces que, en realidad, lo que cambió fue la Argentina de la década de 1990. Y en ese contexto, la híper visibilidad en torno a lo étnico -que no es más que la marca latinoamericana en Argentina-, es explicada por la disputa de trabajos que hasta entonces realizaban los migrantes en un contexto de alta desocupación y crisis económica.

¿Pero a qué nos lleva esa lógica y a qué nos invita Alejandro Grimson? A la problematización de la construcción de la alteridad en la Argentina y cómo la presencia de migrantes bolivianos y bolivianas -así como peruanos, peruanas, chilenos, chilenas-

en nuestra zona lleva a replantearnos otras definiciones de circulación transfronteriza que escapan a las definiciones estatales de las fronteras. También invita a pensar las configuraciones de circulación poblacional a nivel de regiones que han trascendido los límites políticos de los Estados y que tienen una duración histórica.

Pensemos en nuestra zona patagónica, en la histórica presencia de mano de obra chilena y de cómo forma parte de la circulación en regiones, más que en naciones. En esa línea, se concluye que la mirada alarmista de la presencia migrante limítrofe en la Argentina se basa en un mito, en la invisibilidad de la diversidad histórica de las poblaciones en nuestro país. El alarmismo por la presencia de población limítrofe y su visibilidad -incluso a través de las organizaciones porque son un importante lugar de interlocución y de disputa- pone de relieve el acceso a los derechos o de demanda de acceso a los derechos. Pero esta híper visibilización no hace más que mostrar la negación étnica que ha tenido el Estado nacional y cómo en la Argentina desde el imaginario de la construcción de la nación desde fines del siglo XIX, ha existido una negación -luego el genocidio- de las marcas indígenas y afro descendientes.

En la construcción de la nación, se ha construido una identidad excluyente de otras formas de pensar las diversidades culturales. Más bien, diría Rita Segato (2007), en la Argentina ha habido una obsesión de negación de lo étnico, un temor a lo étnico. La visibilidad de lo étnico es lo que pone en jaque o en tensión ese imaginario de unificación nacional. La construcción de lo nacional como invención del Estado, desde fines del siglo XIX y principios del siglo XX, fue exitosa al construir un único sentido de identidad a partir de la mono cultura nacional -a través del sistema educativo centralmente y desde el servicio militar obligatorio-.

Desde instituciones como la escuela -y en esto el sistema educativo ha sido un baluarte- se ha consolidado la identidad nacional pensada en términos exclusivos. De esa manera, las identidades étnicas quedaron por fuera, negadas, silenciadas bajo la imposición de solo una identidad nacional. La sola presencia de los migrantes limítrofes cuestiona este imaginario de identidad nacional única, blanca, mono lingüística en Argentina.

Por eso, pensar en términos de cómo nos vinculamos con nuestros sujetos y sujetas de estudio, necesariamente nos lleva a repensarnos como parte de esa interlocución, donde ese saber cultural "otro" emerge desde nuestra relación en el trabajo de campo. Sólo podría ser posible sostener un diálogo intercultural en tanto reconozcamos al otro

y a la otra en esa posibilidad de alteridad, no como un sujeto/sujeta que está de prestado en nuestro territorio, sino como sujetos colectivos que forman parte de nuestras historias latinoamericanas y de nuestras marcas coloniales.

Entonces, más allá de que ha sido exitosa la maquinaria estatal en definir límites precisos para el acceso a los derechos, o incluso a la tierra, de clasificar a los sujetos en función de la nacionalidad, el hecho de re-pensar el acceso a los derechos también puede problematizarse desde esos territorios que se van ensamblando.

Los migrantes instalan esa sorpresa, ese extrañamiento; las familias bolivianas nos desafían a pensar al “otro cultural”. Y ese “otro cultural” que circula por el campo en la Argentina no es más que parte de nuestras historias latinoamericanas. Además ese sujeto, sujeta que circula por los espacios agrarios, interpela las definiciones estatales de lo nacional. Porque, insisto, nos muestra las marcas indígenas latinoamericanas y esto nos rompe los esquemas de intervención. Muchas veces, con quien nos vinculamos en los espacios agrarios no es el colono, no es el chacarero europeo con el que quizás también compartimos ciertas proyecciones de movilidad social, ciertos anhelos de acceso a derechos.

Ese sujeto agrario rompe con la mirada y proyección que ha tenido el Estado nacional argentino de promoción a determinado sujeto agrario, de origen europeo.

La noción de hipervisibilidad étnica que señala Grimson, conduce a pensar el desafío de descolonización de la construcción de quien deben ser “productor”, de quien tiene derecho a la categoría de “productor”. Esto ustedes lo deben vivir y lo deben ver en las propias organizaciones de productores, donde hasta se transforman en organizaciones paralelas, unas de productores más tradicionales, anclados territorialmente o de más larga data y además de origen europeo o descendencia europea y otras organizaciones de horticultores, como si esos horticultores no fueran productores.

Esa distinción plantea la disputa en torno a quién ha tenido derecho en la Argentina de constituirse en un pequeño productor. Entonces pensar en una descolonización de nuestras propias miradas, de lo que debe o puede ser un productor, implica reconocer las marcas étnicas de la diversidad en la Argentina. Y entonces podemos ver como fenómenos el retrainamiento muchas veces de la figura del productor descendiente de europeos y el avance de la figura del productor o la productora boliviana en distintos

espacios del país -ocupando tierras antes destinadas a la “producción tradicional”- que antes circulaba por los márgenes o fronteras.

La hipervisibilidad que señala Grimson también alerta sobre nuestras producciones científicas vinculadas a estos sujetos sociales, sobre nuestras implicancias y compromisos políticos. En esta hipervisibilidad de lo étnico, como parte de las configuraciones diversas de las producciones en Argentina, debemos preguntarnos acerca de quiénes están “consumiendo” lo que producimos. Y ahí vienen nuestras implicancias políticas; es replantear el carácter ético de la práctica de investigación. Porque no estamos pensando en un conocimiento que circula solo por universidades o circuitos académicos sino que puede ser apropiado por los sujetos-objetos de estudio, lo que no es un dato menor más aún si trabajamos con organizaciones.

Inicialmente en la antropología -o en trabajos de investigación con lógica positivista-, existía una distinción entre un saber académico y un saber popular. A partir de esta distinción jerárquica se hacía el trabajo de campo, había una permanencia más o menos prolongada y los informantes -ahí sí pensados como informantes- no modificaban demasiado la vida académica. Se comprobaba quizás una teoría que no inquietaba, que no movilizaba preguntas y había una distancia bastante significativa de circulación espacial con los informantes. Incluso para la antropología eran distancias continentales, un antropólogo iba a hacer trabajo de campo a Asia, África, América. No había una implicancia política con respecto a los efectos que podían tener los trabajos de campo. Pero no es lo que nos pasa a nosotras y a nosotros con un anclaje territorial fuerte, donde incluso pueden ser nuestros sujetos-objetos de estudio quienes hoy sean productores de conocimiento.

Esto quiere decir que los sujetos y sujetas pueden incluso cuestionar lo que nosotras y nosotros produzcamos. ¿Por qué no? Si lo pensamos en términos de diálogos interculturales por qué no generar espacios desde los cuales esas devoluciones sean posibles. Entonces ya no tiene que ver con un conocimiento jerárquico, el cual producimos desvinculado territorialmente sino más bien, tiene que ver con un conocimiento construido por dos partes.

Entonces las devoluciones son posibles así como la potencialidad política, desde cómo reconocer al otro como un sujeto histórico, como un sujeto portador de experiencias con saberes que son valorados. Puede llevar también a un fortalecimiento de los circuitos de

las organizaciones. Visibilizar lo étnico también implica transformar a los sujetos en actores políticos en las escenas locales, provinciales o regionales.

Aquí retomo esta idea inicial de Bartolomé, de correr del lugar de “informantes” a los sujetos y sujetas con las cuales o desde las cuales trabajamos para pensarnos en ese vínculo, insisto, como sujetos demandantes de derechos, como sujetos políticos. De esta manera, la información que nos ofrecen estos interlocutores dejar de ser pensada como un intercambio, como circulación de una mercancía.

También es importante el alerta acerca no quedar atrapados con la información que nos ofrecen solo ciertos interlocutores oficiales o aquellos considerados “más autorizados” que otros. Hay que desnaturalizar la comodidad, porque es cómodo tener en el trabajo de campo dos o tres informantes con los que sostuvimos mayor empatía desde el inicio, que consideramos tienen un panorama general de alguna problemática o de alguna situación respecto de esa población. Siempre existen esas entradas facilitadoras de uno o dos personajes que nos hacen más sencilla la entrada al trabajo de campo. Como diría Pizarro (2007), hay veces que se hace una frontera infranqueable y hay que probar otra alternativa. Estas situaciones existen en el trabajo de campo pero no naturalizarlas implica mirar las propias relaciones de poder que existen en el seno de las organizaciones o en seno de esas propias poblaciones que nos habilitan ciertos diálogos más autorizados y otros más ocultos.

Rosana Guber (2001) aborda las implicancias del trabajo de campo y cuáles son los límites, dentro de las posibilidades que tenemos, de hacer observación participante. Esto había olvidado de mencionarlo: en la propuesta de trabajo etnográfico podemos combinar la observación -con el registro posterior o si se puede en ese momento, de lo observado, de lo escuchado-, con las entrevistas. Pero la mayor incertidumbre que se ha generado en el trabajo etnográfico tiene que ver con los límites y las posibilidades que ofrece la observación participante. Los primeros antropólogos dirían que sólo el involucramiento con nativos/as en su vida cotidiana o socializando en la vida de esas poblaciones permitiría hacer un buen trabajo etnográfico, es decir, sólo de esa manera sería posible recuperar la percepción que tienen los nativos de la vida local. Hoy es casi insostenible por las posibilidades de financiamiento que tenemos, nadie podría, creo yo. Ni siquiera en CONICET existen becas que nos permitan

realizar una estadía prolongada en un lugar, sostener una indagación etnográfica en los términos en los que se lo hacía hasta las décadas de 1950 y 1960.

Hoy nuestras idas y venidas llevan a que seamos investigadores e investigadoras más “intermitentes” podríamos decir, donde el trabajo de campo, en una temporalidad prolongada tiene que ver más que con la implicancia en la larga duración con una comunidad o con una población, que las posibilidades de una permanencia en el lugar. No quiere decir que no haya gente que lo haga -y que lo haga muy bien- pero, por lo general, combinamos actualmente la realización de entrevistas y algún tipo de observación lo más sostenida en el tiempo posible. También implica las posibilidades de que se sostenga la entrada y que no sea observada con sospecha en ese lugar al que no pertenecemos lo cual ha sido un desafío para los estudios antropológicos, es decir, la problematización de nuestra implicancia en el trabajo de campo en sus posibilidades y límites. Como diría Guber, conduce a una necesaria y permanente “reflexividad” sobre nuestra incidencia en los vínculos que se establecen en el lugar donde realizamos el trabajo de campo y reflexionar si lo que nos están diciendo es realmente lo que se hace.

Cabe destacar esa necesaria combinación entra la observación y las entrevistas porque, además, en ese involucramiento del trabajo de campo opera la teoría en forma permanente. Entonces nunca lo que describamos va a ser fehacientemente la perspectiva del actor sino que va a estar filtrada por nuestras propias concepciones del mundo, por nuestras propias teorías.

Por otra parte, es interesante pensar el ejercicio de escritura en términos académicos donde también los sujetos y sujetas que estudiamos se sientan reflejados; que sea una producción que refleje la vida, las problemáticas y las desigualdades vividas por esos sujetos y sujetas.

Es por ello que debemos estar atentos y atentas a la clasificación que se realiza a escala local. Debemos deshacernos de la categorización u homogenización que proviene del Estado y de categorías teóricas. Pero al quitarnos esa homogenización y pensar en la recuperación de las clasificaciones locales pueden circular no sólo la etnización de los sujetos, sino también la racialización. Esto es desarrollado por Cynthia Pizarro (2010) al analizar la circulación de bolivianos y bolivianas en la producción de ladrillos en Córdoba. La autora destaca cómo también en las clasificaciones sociales puede aparecer una racialización, en el sentido de sostener o

argumentar las clasificaciones sociales en atributos naturales de los sujetos. En la etnización, en cambio, las clasificaciones tienen anclajes culturales. Frases como "son así porque, están habituados a tales condiciones", "es parte de su cultura" son marcas de etnización de los sujetos, pensar que por la cultura explicamos las desigualdades.

Desde esta misma lógica, muchas de las clasificaciones que operan en los espacios agrarios tienen que ver con una racialización de los sujetos, es decir, creer que por atributos biológicos o hereditarios -definidos por la transmisión familiar, a partir de la filiación de parentesco-, los sujetos o los colectivos poseen determinadas características. Por ejemplo, la vinculación en el trabajo agrario, especialmente en la horticultura, de bolivianos y bolivianas con la capacidad de resistencia al trabajo. Ahí hay un cuerpo que está racializado porque se justifica a partir de la naturaleza, como un atributo el sostenimiento de un trabajo que no hacen o no harían otras personas en esas mismas condiciones. Sin embargo, fíjense como desde la racialización de esos cuerpos, desde la atribución natural de fortalezas se legitiman condiciones deplorables de trabajo. Es decir, se legitiman las desigualdades sociales. Esto es usual pero no fácilmente problematizado, se legitiman las clasificaciones sociales en un territorio al señalarse que habría sujetos y sujetas más capaces que otras de soportar tales condiciones de trabajo. La racialización de los cuerpos coincide, en general, con los sujetos más expuestos a la explotación del trabajo; entonces hay una clara vinculación entre estructura social y racialización de los cuerpos.

Bibliografía

- Arach, O. (2008). Perdido en el campo. Dilemas de un antropólogo en una institución de desarrollo rural. En L. Bartolomé y G. Schiavoni (Comps.), *Desarrollo y estudios rurales en Misiones* (pp. 77-94). Buenos Aires, Argentina: CICCUS.
- Bartolomé, M. A. (2003). En defensa de la etnografía: el papel contemporáneo de la investigación intercultural. *Revista de Antropología Social*, (12), 199-222.
- Geertz, C. (2005). *La interpretación de las culturas*. Barcelona, España: Gedisa.
- Grimson, A. (2006). Nuevas xenofobias, nuevas políticas étnicas en la Argentina. En A. Grimson y E. Jelin (Comp.), *Migraciones regionales hacia la Argentina. Diferencias, desigualdades y derechos* (pp. 69-97). Buenos Aires, Argentina: Prometeo Libros.
- Guber, R. (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires, Argentina: Norma Editorial.
- Moore H. (2009). *Antropología y feminismo*. Valencia, España: Universitat de Valencia.

- Pizarro, C. (2007). Negociaciones y sentidos morales e instrumentales de las etnografías. Los casos de dos organizaciones de productores frutihortícolas bolivianos en la Provincia de Buenos Aires. En CD-ROM *V Jornadas de Etnografía y Métodos Cualitativos*, IDES, Buenos Aires, Argentina.
- Pizarro, C. (2010). "Olor a negro" en los cortaderos de ladrillos. La producción discursiva de la discriminación de los trabajadores inmigrantes en un área peri-urbana de Argentina. En *VI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología del Trabajo*. Ciudad de México.
- Segato, R. (2007). *La Nación y sus otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de Política de la Identidad*. Buenos Aires, Argentina: Prometeo.
- Trpin, V., Rodríguez, M. D. y Bouchoud, S. (2017). Desafíos en el abordaje del trabajo rural en el norte de la Patagonia: mujeres en forestación, horticultura y fruticultura. *Trabajo y sociedad*, (28), 267-280.

Aportes conceptuales en el abordaje de los mercados de trabajo segmentados étnicamente y de territorios productivos agrarios⁸

Ana Ciarallo⁹

Los temas desarrollados en la exposición son: a) La conformación de mercados de trabajo en clave de segmentación étnica y nacional; b) La construcción de territorios productivos y las estrategias de reproducción social de los sujetos migrantes; c) El lugar de las redes sociales fuertes y débiles en los procesos migratorios.

Para dar inicio, me parece importante resaltar que cuando hablamos de “sujetos sociales”, nos estamos posicionando en una determinada conceptualización. Al utilizar este concepto sostenemos que están sujetos a determinadas estructuras, a determinadas constantes, a condiciones de existencia pero que también tienen capacidad de agencia. En esta cuestión me detendré primeramente, a modo de compartir la perspectiva relacional desde la que parto, para luego desarrollar la exposición específica de sujetos sociales de la horticultura.

¿Cómo concibe Bourdieu lo social? El autor señala dos maneras: como el mundo hecho cosas y como el mundo hecho cuerpos. Cuando dice que lo social se presenta “hecho cosas”, se refiere más que nada a las estructuras, apunta a lo externo: los campos, los capitales que los sujetos detentan y cómo los utilizan. En tanto que cuando dice que lo social se presenta “hecho cuerpo”, se habla de los sujetos en esas posiciones y condiciones; sujetos que van estableciendo o elaborando estrategias, que son portadores de *habitus* o de determinadas maneras de ver, de percibir la realidad y de organizar sus prácticas sociales en consecuencia; y que producen representaciones en relación con esa interiorización del mundo.

Digo esto porque me parece importante -al momento de realizar las investigaciones y trabajar en entrevistas- pensar que los sujetos sociales están situados, y que es

⁸ Artículo basado en la transcripción de la exposición de A. Ciarallo en el Taller “Sujetos sociales en la horticultura. Abordajes teóricos y metodológicos”, 17 y 18 de Agosto de 2016, IPAF Región Patagonia, Neuquén.

⁹ Docente e investigadora de la Universidad Nacional del Comahue (UNCo). anacia7@hotmail.com

fundamental, por lo menos desde esta perspectiva, dar cuenta de cuál es la importancia, cuál es la dimensión de lo que vamos a estudiar, para que esas acciones de los sujetos, esas estrategias que despliegan, se muestren dentro de una cierta inteligibilidad o dentro de unos ciertos parámetros. Entonces, creo que en estas cuestiones es importante trabajar construyendo ese campo en el cual están situados estos elementos para poder comprender las acciones de los sujetos.

De lo contrario, caemos en miradas descriptivas solamente que muchas veces no dan cuenta de la realidad o de procesos históricos sociales sino que muchas veces sólo pasan por el interés de quien investiga. Este tipo de abordajes son tributarios de perspectivas culturalistas o se observan en estudios descriptivos que no pueden dar cuenta de ese cruce, de ese vínculo entre estructuras y acciones, estructuras y prácticas sociales. Toda práctica tiene sentido en unas determinadas condiciones de existencia, unas determinadas condiciones de representación de esas prácticas.

Continuando con nuestras reflexiones preliminares para enmarcar la inteligibilidad de nuestra mirada sobre los fenómenos que observamos en el espacio social, Bourdieu (1996) dice que los hechos no hablan por sí mismos, sino desde la perspectiva de quien los mire y de quien los interprete. Esto nos interpela como investigadores, también como interventores en lo social, en el sentido que es necesario que construyamos miradas epistemológicas y teóricas; miradas que son construcciones situacionales, que siempre son posiciones provisorias, que las vamos criticando y en algunos casos dejando de lado porque no nos sirven; fortaleciéndolas, complejizándolas. Entonces en la medida que avance la investigación, también es necesario construir herramientas metodológicas que sean coherentes con esas miradas teóricas que vamos desarrollando y confrontando con los hechos.

Entonces retomando a Bourdieu (1996), sostenemos que los hechos no hablan por sí mismos sino desde la perspectiva de quien los mira y los interpreta ¿Qué significa para un/a investigador/a sostener que se esté generando y fortaleciendo una bolivianización de la horticultura? Para poder mirar este fenómeno social y productivo - tanto para estudiarlo como para intervenir en ese espacio social- construimos un posicionamiento desde una mirada compleja, para evitar caer en respuestas simplificadoras que no son más que expresiones del sentido común cristalizado y acrítico: “es bueno”, “es malo”, “es una vuelta atrás en la modernización de la agricultura”, etcétera.

Por último, para ir cerrando el planteo de Bourdieu -pero que voy a retomar a lo largo de la exposición- el autor señala que el hecho maldito de las ciencias del hombre es ocuparse de un objeto de estudio que habla, esto para el estudioso -según este autor- es un problema. El sujeto que estoy estudiando “habla”, entonces para el investigador, en esta relación entre sujeto y objeto de estudio, se convierte en un desafío.

Entonces este es mi posicionamiento y desde el cual voy a abordar teóricamente esta presentación acerca de los procesos que fui desarrollando durante mi trabajo de investigación vinculando a migración, mercados de trabajo y horticultura sobre todo en el Alto Valle del Río Negro. Vamos a ir viendo cuál es la relación entre migraciones, construcción de mercados de trabajo segmentados y construcción de territorios productivos, en particular territorios hortícolas. En síntesis, la intención es analizar cuáles son los elementos que operan para que este fenómeno empírico se convierta en un objeto de problematización; interpretar cómo es que en un lugar en donde no existía producción hortícola ahora existen estos cultivos, constituyéndose en una actividad de importancia económica, social y cultural.

Empezaré por presentar algunas miradas teóricas en relación con las migraciones. Una de las preguntas que surgen al hablar de migraciones es si estamos viendo nuevos fenómenos o si lo que estamos complejizando o modificando son las miradas en relación con las migraciones. En este último caso no serían fenómenos sociales novedosos sino cambios en nuestras perspectivas para comprenderlos y significarlos.

En realidad, no es ni una ni otra la respuesta. Algunos autores (Arango, 2003; Guarnizo, 2003) sostienen que esta es la era de las migraciones, que este momento puede caracterizarse como una era de movilidad y que en la movilidad se van construyendo estrategias de reproducción social. Hoy Verónica Trpin¹⁰ se refirió al positivismo como manera de ver la realidad, lo que está vinculado con todo lo que se desarrolló en la Modernidad: el eurocentrismo, la preeminencia de lo masculino, de la ciencia como paradigma del conocimiento válido, etcétera. La Modernidad también puede ser caracterizada como una época en la que se valora el sedentarismo; muchos de los desarrollos económicos y productivos están basados en el sedentarismo.

¹⁰ La contribución de V. Trpin titulada “Problematización teórica y metodológica de la construcción de los sujetos objetos de estudio o de intervención en espacios rurales: los/as bolivianos/as en la horticultura” forma parte de este libro.

Retomando, el Alto Valle se construye como un territorio productivo y social a partir de la llegada de contingentes migratorios europeos que se asientan en ese espacio. Por lo tanto, la migración en ese caso estaba relacionada con el desplazamiento de poblaciones desde un lugar de origen a un lugar de destino para establecerse y, en general, estaba relacionado con un sujeto masculino cuya decisión de emigrar, de trasladarse de un lugar a otro, estaba basada en la posesión de información incompleta sobre el contexto de recepción y con la intención de integrarse al lugar donde llegaba. Lo importante, lo esperable era lograr la integración a la sociedad de destino. Estas imágenes son las que fueron conformando el ideario de lo que era un “buen inmigrante”, o sea el inmigrante europeo que se quedaba en la sociedad con la intención de integrarse y, en caso de sociedades como las nuestras, con el imaginario de que ese inmigrante europeo era portador de civilización, progreso y orden.

La construcción de la figura del pionero como paradigma del sujeto estructurante de un modo de ser y de producir fue, en general, tributario de movimientos migratorios propiciados por los Estados nacionales, como producto de políticas gubernamentales que promovían la atracción de esos inmigrantes europeos a sociedades que estaban necesitando, desde el ideario de la Modernidad, de “blanqueamiento”: orden, progreso, civilización y trabajo productivo. ¿Por qué? Porque todo lo que estaba significado, desde nuestros lugares como las poblaciones locales, tenían los atributos contrarios, y por ende, no deseados. Entonces esta visión de la migración es tributaria de una mirada de los Estados nación que la define, en síntesis, como evento único, realizada por un individuo masculino en base a una elección racional en torno de costos y beneficios, con la finalidad de integración en la sociedad de destino.

La mayoría de las teorías de migración fueron elaboradas en el siglo XX, en particular en las décadas de 1950 y 1960, en general, vehiculizadas por las ideas que expuse anteriormente. En algunos postulados prevalecen las miradas de *push-pull*, que intentan demostrar cómo hay sociedades que expulsan y otras que atraen a poblaciones por condiciones de trabajo, condiciones económicas. Por lo tanto, se acentúa el análisis desde la cuestión macro social y no tanto desde las estrategias de las propias familias y de los individuos.

Los nuevos enfoques sobre migraciones -desde miradas sociológicas y antropológicas- invitan a cuestionar este axioma que sostiene que hay sociedades que expulsan poblaciones y, en cambio, apuntan a analizar cómo los modos de producción

y de organización del trabajo en esta fase del capitalismo necesitan cada vez más de población en situación de vulnerabilidad que acepte trabajo en condiciones de informalidad y de precariedad. Estamos asistiendo en estos momentos, sobre todo en Europa, a la situación dramática de los migrantes y de los refugiados, que ya no refiere a la búsqueda de mejores condiciones laborales sino que reflejan la lucha por la sobrevivencia más básica y elemental.

Pero por lo general desde los estamentos de poder y desde la opinión pública se culpa al migrante que va a tratar de insertarse en una sociedad por su propia necesidad. Se ocultan los mecanismos de estructuración de los mercados de trabajo que diseñan las sociedades altamente capitalizadas: un segmento de trabajadores que están contenidos en los mecanismos formales de trabajo con condiciones de estabilidad y dentro de regulaciones jurídicas y previsionales y, a la vez, la necesidad de un segmento de trabajadores que pueda aceptar empleos en situaciones de precariedad. Estas son las maneras en que el sistema capitalista va regulando su necesidad de proveerse de mano de obra. En este camino, cada vez más, las miradas sobre las migraciones van incorporando perspectivas antropológicas y sociológicas, donde aparecen no solamente los aspectos macro sociales o meso sociales sino las estrategias que las familias desarrollan para poder asegurar su reproducción social.

Entonces las miradas más críticas sostienen que más que un desplazamiento de un lugar a otro generado por demanda de trabajadores, las migraciones laborales son un proceso de creación progresiva de redes. Uno de los elementos fundamentales para comprender cómo se van dando las migraciones, sobre todo, laborales, es en la construcción de redes sociales.

Las redes sociales ocupan un lugar central en las decisiones y en las posibilidades que tienen las familias (o algunos integrantes de las familias) de migrar como así también en regular quiénes son los que se quedan, por qué se quedan y para qué se quedan en las sociedades de origen, en tanto que otros migran para poder garantizar y mejorar las condiciones de reproducción social de las familias. Esta perspectiva rescata a los sujetos sociales como agentes sociales, quienes son capaces de desplegar múltiples, variadas y creativas formas de tomar decisiones aún con imposiciones estructurales que limitan su capacidad de agencia.

¿Cuáles son las funciones que cumplen las redes en las migraciones? Esto lo planteo porque en las migraciones vinculadas con la actividad hortícola y protagonizadas por familias bolivianas, la fortaleza de las redes es uno de los elementos que garantiza la posibilidad de continuidad de esa migración, aun cuando las condiciones jurídicas, económicas y sociales resulten hostiles o poco convenientes. Las redes dan información en general sobre las posibilidades de trabajo, los modos de transporte, los espacios de habitabilidad para esos migrantes. Además, ayudan en el proceso subjetivo de la migración, dado que nos referimos a poblaciones provenientes de países fronterizos, migraciones étnicamente marcadas, con grandes diferencias culturales con relación a la sociedad receptora. Lo que algunos autores denominan “migraciones desde abajo”, no programadas desde el Estado (Guarnizo, 2003; Pries, 2002; Benencia, 2006).

Esas redes de familiares son elementos fundamentales para sostener subjetivamente el costo de la migración, en el sentido que les proporciona espacios de pertenencia y de acogimiento, haciendo soportable el choque cultural que significa trasladarse a un contexto de recepción en el que son percibidos con desconfianza y extrañamiento.

El armado y entramado de las redes sociales ocupa un lugar central en el estudio de las migraciones. Sin embargo, para comprender la capacidad de inserción de los migrantes en las comunidades locales es imprescindible que esas redes no se limiten a los colectivos de migrantes sino también que se vayan tejiendo entramados con las poblaciones locales, de modo que el proceso migratorio pueda ser posible y sostenible en el tiempo.

Mark Granovetter (1973) desarrolló bastante el tema de las redes sociales -aunque no en relación a las migraciones ni al tema agrario- al preguntarse cómo es que la gente consigue trabajo, cuáles son los dispositivos que permiten las inserciones laborales. El autor realiza un estudio sociológico en relación a estas preocupaciones y concluye que las personas, en general, consiguen trabajo no tanto por los avisos clasificados o por los medios formales sino por las relaciones informales (contactos más personalizados por medio de amigos por ejemplo) o en otros términos, el capital social que detenta. Esto es lo que denomina “redes fuertes”, es decir, construcciones o dispositivos que permiten mantener los vínculos y aún fortalecerlos.

En los procesos migratorios las redes fuertes -las que se dan entre los familiares, los paisanos, la gente de las comunidades- constituyen elementos imprescindibles, sobre

todo, al inicio. Son las que permiten el contacto, acceder a los espacios de trabajo, sostener el choque cultural, garantizar el sostenimiento subjetivo en ese momento inicial de la migración.

Sin embargo, si los migrantes solamente mantienen redes fuertes, lo más probable es que se produzca un enclaustramiento. Entonces, si bien esta perspectiva valora las redes fuertes también pone énfasis en no enmarcarse en una mirada celebratoria de las mismas, en el sentido que las redes fuertes no explican del todo la ampliación de modalidades de la reproducción social de las familias. Cumplen una función fundamental en los primeros momentos, pero a futuro son más importantes los “puentes” que permiten vincular a los migrantes con sujetos sociales que se encuentran en las redes débiles.

¿Cuáles son las redes débiles o las partes débiles de las redes? Son las relaciones con el Estado, las organizaciones de productores, las organizaciones de asistencia técnica, los proveedores, los comercializadores. De lo contrario, las redes actúan como elementos de encierro.

Las redes fuertes son importantes pero también hay que considerar que como en toda relación social, se construyen jerarquías en las redes. Quienes ocupan los lugares más desfavorecidos, los miembros más débiles, seguramente quedan vinculados con deudas materiales así como con deudas morales con quienes los han recibido y en ese juego de lealtades y gratitudes, se deben devolver esos favores. Se establece una escala de jerarquías que puede llegar a resquebrajarse y resolverse en la medida que los migrantes más recientes puedan relacionarse con otros actores por fuera de esa red para poder obtener mayores grados de autonomía en su proceso de inserción y así orientarse hacia un proceso de reproducción social ampliado.

En este sentido, conceptos como “enclaves productivos” o “economías de enclave” se utilizan para describir territorios productivos en los cuales predomina un tipo de etnia, una nacionalidad por sobre otras. Destacados autores argentinos (Benencia, 2006; Pizarro, 2007; García, Le Gall y Mierez, 2009) identifican espacios en los territorios productivos de la horticultura como “enclaves étnicos” o “enclaves productivos” o “economías de enclave” para poder comprender por qué determinadas actividades son realizadas por determinados grupos sociales.

Para continuar profundizando en esta perspectiva de las migraciones, en los últimos quince o veinte años prevalece en las ciencias sociales una mirada transnacional en relación a la migración basada en las fortalezas de las redes sociales. Quienes estudiamos desde esta perspectiva vemos a la migración o a los movimientos con un carácter oscilatorio y recurrente; por lo tanto, interesan los itinerarios migratorios que despliegan las familias migrantes y no solo los supuestos lugares de llegada y de asentamiento. Los sujetos y las familias que están inmersas en estas movilidades, van desarrollando prácticas sociales que forman parte de la estrategia de reproducción social. Entonces, no es el asentarse lo que aparece como una virtud o atributo positivo para poder mejorar su situación, sino que estas familias encuentran -a partir del saber moverse por los territorios- las formas de poder reproducir lo que tienen y aún de poder mejorar su posición en el espacio. En este saber moverse entre los espacios, las familias van construyendo dispositivos eficaces, entre los lugares de origen y los de destino que sirven de sustento material y simbólico.

Estos aspectos que venía describiendo, tienen que ver con aquellos elementos que poseen valor en un determinado momento histórico y en cómo se van modificando en otros momentos del desarrollo económico y social. En la etapa de la Modernidad estaba caracterizada por las jerarquías que, desde miradas más filosóficas, se conceptualizan como categorías arbóreas; esto es, categorías que tienen una lógica formal como si fuera un árbol: el tronco, las ramas principales, las ramas más pequeñas, las hojas. En tanto, que este tipo de movimientos, de construcción de itinerarios y de organización que desarrollan los migrantes tiene más que ver con un tipo de organización reticular, o sea un tipo de organización que sigue más el modelo de las raíces que no tiene el orden jerárquico tributario de la lógica cartesiana que sostuvo discursivamente el proyecto de la Modernidad.

En ese saber moverse por los espacios, en esta forma de “ser de aquí y de allá” al mismo tiempo, de poder funcionar en los espacios del “entredos” y utilizar diferentes recursos, estos grupos y estas familias van encontrando las mejores maneras de poner en valor sus prácticas y de inventar dispositivos organizacionales eficaces.

Considero importante incorporar complejidad en los análisis para poder comprender cuáles son las condiciones que posibilitan que sujetos como los productores bolivianos -con características tan diferentes a los productores tradicionales del Alto Valle- puedan erigirse como productores y desarrollen capacidades en lugares tan disímiles.

Cómo hacen estos agentes para ir construyendo y apropiándose de capitales no sólo económicos sino también culturales y sociales en ámbitos que son a veces muy hostiles para su inserción. En este punto, focalizaremos en identificar cuáles son los recursos materiales y simbólicos que ellos van potenciando para justamente lograr estas condiciones y construir territorios particulares.

Pensaba en las observaciones que hacemos en nuestros trabajos de campo y de los trabajos etnográficos en los cuales estamos insertos, los invito a pensar cómo se van poniendo en situación estas cuestiones de las redes, de ser de aquí, de allá, de ir construyendo dispositivos institucionales, de vincularse con el Estado. Vemos cómo estos agentes, a partir de los lugares donde transitan, no solamente se preocupan las producciones hortícolas sino también cómo van construyendo sus propias asociaciones sociales o religiosas para poder fortalecer esas tramas. En este sentido, no son solamente cuestiones culturales y sociales sino que se instituyen como dispositivos muy eficaces para poder convocar a los miembros que quedan en los lugares de origen cuando estos son necesarios en los momentos de mayor demanda laboral en el proceso productivo. Pero, a la vez, sirven de sustento simbólico a las familias migrantes en ciertos ambientes en los que ellos juegan de no locales.

Por otra parte, existe relación entre las migraciones y la conformación de los mercados de trabajo. Hay mercados de trabajo que están íntimamente relacionados con los procesos migratorios. Como les decía anteriormente, hay producciones o mercados de trabajo que requieren de población vulnerable que acepte condiciones precarias de trabajo y de vida.

En la fruticultura, por ejemplo, hay momentos del proceso productivo -poda, raleo y cosecha- en los cuales la actividad es altamente demandante de mano de obra; así como hay momentos del proceso productivo donde las empresas locales o los productores independientes pueden cubrir la demanda laboral con trabajadores locales. En general, los que están empleados a lo largo del año son trabajadores permanentes que se encuentran dentro de las legislaciones laborales y tienen condiciones de vida y de trabajo de cierta estabilidad y dignidad. En los momentos de cosecha fundamentalmente y, en menor medida, en los de poda hay un requerimiento mayor de trabajadores y se da un intenso proceso de movilidad, en este caso de trabajadores varones provenientes de provincias del norte del país. A partir de este

ejemplo del mercado de trabajo de la fruticultura -pero como ocurre en el agro en general-, se observa el uso de modalidades de contratación de mano de obra bajo condiciones de elasticidad en términos de duración de los contratos, formas de reclutamiento, modalidad del cálculo de la productividad.

En su exposición, Verónica Trpin relataba cómo se fue conformando el mercado de trabajo en la fruticultura, con trabajadores chilenos que venían en los momentos de mayor requerimiento de trabajadores. En algunos casos se quedaban pero muchos volvían, pero a partir de la década del 1980 -por la crisis en la fruticultura local y la expansión de la actividad frutícola en Chile, entre otras razones- ese mercado de trabajo se modificó y fue suplantado por trabajadores de las provincias del norte. Así, ese mercado de trabajo se va conformando con trabajadores mucho más vulnerables. Si bien la mayoría de ellos están contratados "en blanco", sus condiciones de vida y de trabajo son totalmente diferentes a las de los trabajadores estables. Aquí tenemos un mercado de trabajo segmentado dentro de la fruticultura: por un lado, cierta estabilidad, con buenas condiciones de trabajo y, por otro lado, un mercado de trabajo estacional que requiere trabajadores que acepten formas de contratación precarias y mucho más vulnerables en sus condiciones de vida.

Tal como ocurre en la fruticultura, en la horticultura hay una segmentación en el mercado de trabajo. Generalmente la migración es la que va regulando algunos aspectos de los mercados de trabajo, sobre todo en el agro.

La investigadora Sara Lara (1998) observa en México una horticultura que está orientada a la exportación, que se dedica a los productos hortícolas de alto valor en el mercado bajo condiciones de producción altamente tecnificadas, llevada adelante por empresas trasnacionales. Lara analiza que estas empresas también organizan el proceso de trabajo en base a un escaso número de trabajadores con alta calificación, que detentan condiciones de estabilidad, buenos salarios y dentro de las regulaciones legales del país. Por otro lado, da cuenta de un mercado laboral informal, conformado por migrantes de poblaciones pertenecientes a grupos indígenas muy vulnerables.

En Argentina las condiciones son distintas. Si bien existe mercado para la exportación, en los últimos veinte años se registran transformaciones en el sector hortícola años motivadas por diversas cuestiones. Una de ellas, refiere a los cambios en el consumo alimentario de segmentos medios y altos por el cual en los últimos años se produce una mayor demanda de hortalizas y frutas. Por otro lado, se registran cambios

biológicos, sobre todo la incorporación de semillas híbridas y de tecnología que permiten la producción forzada o bajo cubierta. Estos elementos fueron generando una intensificación en la producción hortícola que se complementa con un cambio radical en los modos de organización de la fuerza de trabajo.

Tradicionalmente, los sujetos sociales que hegemonizaron la producción en los cinturones hortícolas fueron migrantes europeos, en particular portugueses e italianos, quienes fueron perdiendo sus capacidades productivas y financieras en las décadas de 1970 y 1980, además de quebrarse la continuidad generacional. En ese escenario las familias bolivianas empiezan a hacerse cargo de las producciones hortícolas. En un principio, los migrantes bolivianos y sus familias trabajaban como “tanteros”, luego bajo diferentes modalidades de aparcería y cuando lograron capitalizarse -y tener algunas herramientas-, se vincularon con los patrones bajo formas de arrendamiento. La aparición de las familias bolivianas modifica las formas en la organización del trabajo; fundamentalmente, empieza a tener una base familiar -ya sea familia nuclear o familia ampliada- y donde es prácticamente inexistente la figura del asalariado.

Al menos son tres las actividades productivas identificadas con población boliviana o de origen boliviano, que tienen como características centrales la flexibilidad laboral y la informalidad en las condiciones de trabajo: la horticultura, la producción ladrillera y la industria textil. Estas tres cadenas productivas tienen características en común; por un lado, son altamente demandantes de mano de obra; son producciones en las que se registra informalidad y en las cuales hay una cuestión absolutamente diferencial -para lograr niveles de rentabilidad aceptables- entre tener un mercado laboral con las regulaciones de trabajo establecidas por las leyes y otro que se estructure por fuera de la legalidad. Entonces, se observa que hay una conformación de mercado de trabajo íntimamente relacionado con una migración segmentada y, en este caso, una migración que está segmentada étnica y nacionalmente. Cuando nos referimos a las actividades de producción de ladrillos, producción de textiles y producción hortícola, al menos en nuestro país, están estrechamente vinculadas con población boliviana.

Hoy, antes de comenzar el taller, me preguntaban si en otros países se daba esta relación de la población boliviana con la producción hortícola. Considero que la construcción de territorios hortícolas en diferentes regiones del país con preeminencia de población boliviana es un proceso que se da en Argentina y que está relacionado

con circuitos de movilidad que tienen una historicidad y, que en cada etapa, han detentado características muy particulares. Para que estas modalidades productivas y laborales tengan capacidad de desarrollarse es necesario que se generen condiciones de posibilidad a partir de determinados procesos históricos.

Argentina se caracteriza por un tipo de producción hortícola que se orienta al consumo interno, llevada adelante en general por una modalidad de organización del trabajo de tipo familiar y que aparece como una producción periférica. La producción hortícola siempre ha sido un tipo de producción subordinada, que no ocupa los lugares preponderantes, ni de exportación ni generadora de mayores ingresos.

Ahora ¿cuáles son las características de la migración boliviana a la Argentina? En principio, no es un proceso reciente, si bien podemos afirmar que el fenómeno de bolivianización de la horticultura se puede ubicar alrededor de la década de 1990, cuando se registra un periodo de auge o de hegemonía de familias bolivianas al frente de la horticultura.

Antes de la aparición de los Estados nación existía un intercambio de poblaciones de todas las regiones -que ahora llamaríamos fronteras- al cual no se le llamaba migración. Eran movilidades por motivos de trabajo, al servicio de las necesidades de producción y de las necesidades de los sujetos de garantizar su sobrevivencia. Esta población boliviana llegaba sobre todo a los ingenios para la cosecha de la caña de azúcar y, generalmente, regresaba a sus lugares de origen. Esto cambia a partir de la mecanización que disminuye la demanda de mano de obra para trabajos de zafra.

En la medida que el proceso de urbanización se fue acrecentando y las ciudades empiezan a aparecer como lugares más atractivos para las poblaciones migrantes por su capacidad para demandar mano de obra, hay un segundo momento de migración de estas poblaciones hacia ciudades intermedias y ciudades grandes. Por lo tanto los sectores de atracción de la población boliviana fueron los centros urbanos como Buenos Aires, Mar del Plata, Córdoba.

Asimismo, un tercer momento de migración está vinculado con este proceso de hegemonía de las familias bolivianas en algunas actividades productivas. En ese saber moverse en los espacios y en los aprendizajes que adquieren en sus itinerarios migratorios, estos agentes empiezan a desarrollar mecanismos y dispositivos que resultan apropiados y eficaces para poder implementar una forma de realizar horticultura en las condiciones que son requeridas en esta fase del capitalismo.

¿Cuáles son las condiciones de posibilidad que han permitido que estas familias desarrollen mecanismos y dispositivos que resultan eficaces para tener movilidad en el espacio y construir territorios productivos? Fundamentalmente un tipo de organización laboral, que tiene una base familiar; la unidad de trabajo es la familia -la cual es necesario abordar desde un concepto de familia ampliada-. En este sentido, la migración boliviana se diferencia de otras migraciones. Como comentábamos anteriormente, la migración chilena al Alto Valle era una migración predominantemente masculina; la migración peruana en gran parte es una de las migraciones que está caracterizada por la impronta femenina -es, en general, una migración urbana, sobre todo orientada a las ciudades de Córdoba y Buenos Aires con una fuerte presencia de mujeres jóvenes en el servicio doméstico-, en tanto la migración paraguaya se caracteriza por una predominancia de varones jóvenes en la construcción y de mujeres en el servicio doméstico.

A continuación focalizaremos en la construcción de territorios productivos, entendiendo a los territorios en su sentido material pero también simbólico. En consecuencia, es necesario el análisis de las trayectorias -laborales y productivas- de los migrantes para comprender la genealogía de la conformación del territorio hortícola del Alto Valle del río Negro.

Las primeras familias migrantes bolivianas llegaron a la región luego de haber adquirido el oficio de horticultores en algún cinturón hortícola en la provincia de Buenos Aires. En un tipo de trayectoria modal¹¹, en un primer momento se vinculan con horticultores locales en relaciones de tantería o de aparcería para luego, en cuanto pueden acceder a la compra de alguna maquinaria y equipamiento, pasar a la categoría de arrendatarios, logrando tener autonomía no solo productiva sino también para la comercialización de sus productos.

En quince años, en la región valletana se fue conformando una masa crítica que permite identificar la producción hortícola con la bolivianidad. Los propietarios de tierras bajo producción hortícola no llegan al 10% de los productores, no obstante podemos decir que los productores más capitalizados tienen control sobre las tierras, sobre el mercado, siempre dentro de determinados márgenes fijados por su posición en el espacio social.

¹¹ Para Bourdieu (1996) la trayectoria modal es la trayectoria esperada para una categoría social determinada en un determinado momento histórico.

Veamos ahora cómo la dinámica local empieza a modificar la llamada “escalera boliviana” que desarrolló Benencia (2006) y que refiere a esa trayectoria modal que construyen los migrantes dedicados a la horticultura desde sus itinerarios migratorios y laborales: primero como tanteros trabajando por productividad; como medieros - asumiendo riesgos en el proceso productivo pero compartiendo costos de producción con el dueño de la tierra y de la producción-; como productores autónomos -con arrendamiento de tierras-; hasta llegar a propietarios, aunque en muy pocos casos. Esta era la escalera de movilidad social y productiva que diseñó Roberto Benencia hace unos cuantos años para enmarcar este proceso de construcción de hegemonía de las familias bolivianas en relación a la horticultura.

En los últimos años, por diversas razones, hay un cambio de esta escalera. En principio porque no todos los casos son exitosos. En este camino lineal, que pasa de la categoría de tantero a la de mediero y a la de productor, muchas veces encuentran escollos. Por lo tanto, sucede que se superponen figuras o se vuelve a escalones inferiores en las categorías laborales y productivas. Por ejemplo, algunos casos que han logrado llegar a arrendatarios, cuando les hace falta disponer de dinero efectivo para financiar parte del proceso productivo pueden llegar a volver a ser tanteros con otros productores bolivianos para financiarse y poder seguir su proceso.

Otra de las cuestiones, un obstáculo de tipo estructural, es el acceso a las tierras. Por un lado, porque hay un constante aumento del precio de la tierra como consecuencia de la especulación y otros usos de la tierra, en gran parte proyectos de urbanización.

A esta creciente dificultad para acceder a la propiedad, se asocia una estrategia de las familias en el sentido de no inmovilizar su capital en la compra de tierra y por lo tanto seguir como arrendatarios y, en cambio, incursionar en la comercialización. Se observa una tendencia entre los productores hortícolas que están más capitalizados a reducir o abandonar la producción para fortalecerse como comerciantes.

Esto me parece interesante porque muchas veces en nuestras intervenciones y desde miradas esencialistas, esperamos que siempre sean horticultores porque se supone que nacieron para esta tarea. “¿Cómo van a dejar de ser productores si vienen para producir al país?”. Lo que se observa es que estos sujetos son agentes sociales muy activos en el despliegue de estrategias de reproducción social. ¿Siguen los hijos siendo productores hortícolas o hay un interés de los padres para que sus hijos modifiquen sus trayectorias ocupacionales? En el trabajo de campo observamos que

hay una diversificación en los caminos educacionales y laborales de las segundas generaciones y que no siempre implican la continuidad en el oficio de horticultores.

Asimismo, en la actualidad se observa una gran plasticidad en las estrategias que despliegan estas familias de acuerdo a su disponibilidad de capital circulante, así como del momento del ciclo familiar que están atravesando. En este sentido, ante situaciones de crisis financiera, una de las modalidades que adoptan es disminuir la superficie productiva propia y organizar la producción bajo dos formas: como productores autónomos y, a la vez, como tanteros de otros productores. Otro de los cambios es que en la medida que se insertan en la comercialización, ya sea en ferias o con comercios propios, y la mano de obra del núcleo familiar no alcanza para cubrir las necesidades de los cultivos, traen compatriotas para producir en carácter de medieros. En algunos casos se trata de familiares o vecinos de sus pueblos de origen en Bolivia, aunque también se asocian con familias de otras regiones bolivianas.

A partir de aportes y reflexiones en torno al probable retorno a sus lugares de origen, en las entrevistas siempre está presente el deseo -muchas veces imaginado- del regreso a Bolivia. Incluso en familias que llevan 20 o 30 años en el país, observamos ese anhelo o posibilidad de volver y que encuentra mayores o menores visos de concretarse en la medida que se faciliten las condiciones de la política económica en el país de origen, la relación del valor de la moneda local con la de Bolivia, entre otras. Las decisiones de quedarse o partir tienen una complejidad y una espesura que no se limitan a especulaciones económicas o patrimoniales.

Por otra parte, cabe resaltar que las redes de relaciones sociales permiten explicar que el fenómeno de la migración permanezca activo más allá de ciertas condiciones macroeconómicas que harían inexplicable el por qué las familias migrantes no siempre regresan a sus lugares de origen cuando se producen situaciones desfavorables en las sociedades receptoras, o por qué siguen llegando migrantes.

Desde esta perspectiva, partimos de la hipótesis que las redes se erigen en dispositivos que permiten explicar el porqué de esos traslados y permanencias en los territorios. En este sentido, lo que se observa es cómo las trayectorias “modelo” que describíamos anteriormente, empiezan a modificarse. Por un lado, en la escalera boliviana hay peldaños que se saltan o que se combinan con otros, justamente como estrategias para mejorar o al menos permanecer en el espacio productivo y de vida. Por otro lado, se observa que las redes posibilitan traer miembros de la familia o

vecinos desde sus localidades de origen en Bolivia, quienes aprenden el oficio de horticultores sin hacer todo el camino migratorio en Argentina, van desarrollando su trabajo produciendo para sus parientes o compatriotas más capitalizados.

A partir de estas situaciones podemos visualizar el carácter transnacional de la red. ¿Por qué? Porque en estos casos hay componentes que se han capitalizado y que están prácticamente asentados en el valle pero que mantienen vínculos continuos, permanentes y dinámicos con otros componentes de la red, que posiblemente permanecen durante todo el año en una localidad de Bolivia y que son convocados en los momentos de mayor demanda. Podemos hablar de espacios transnacionales que se van conformando con diferentes nodos, con una alta velocidad en la cobertura de las necesidades de mano de obra que va planteando la producción.

Otro aspecto que cabe mencionar es la transformación en sujetos hegemónicos de esa producción a partir del aumento del control y dominio de mayor cantidad de eslabones en la cadena. Esto en algunos lugares genera algún tipo de conflicto.

Por ejemplo, en Roca hay una feria de venta minorista, que se organizó a partir de una asociación de productores. Su puesta en funcionamiento generó bastante irritación y conflicto con sectores que históricamente dominaron la comercialización de la verdura. ¿Por qué? En la medida en que estos migrantes eran solo productores y en algunos casos proveían a las verdulerías, a los mayoristas, no originaba ningún problema. Cuando empiezan a controlar los eslabones de la producción y de la venta, de la comercialización directa, empieza a considerarse al migrante como problema.

¿Cuándo aparece el migrante como problema? En la medida que aporta la mano de obra para hacer posible una producción, solo circula en el medio rural y se invisibiliza como sujeto portador de derechos, su presencia no molesta a los actores locales tradicionales. Cuando empiezan a ocupar lugares de cierta visibilización y de competencia con otros actores (en el sentido que se llevan una parte de la ganancia que anteriormente quedaba a los intermediarios) empiezan a generarse lo que se llaman “techos de cristal”, o sea, límites a las posibilidades de crecimiento y visibilización cuando se rompe con un orden establecido. ¿Cuál es el techo de cristal para un migrante productor trasfronterizo y de origen indígena?

Cuando empiezan a ponerse en movimiento los modos cómo están estructuradas las posiciones y las relaciones de los diferentes actores en un determinado mercado, empiezan a aparecer los malestares en la población local. Por eso incorporé el concepto de los techos de cristal que estas poblaciones -segmentadas étnica y nacionalmente-, no debieran romper para mantener un orden pre establecido. También creo que algunas miradas quedan sesgadas en lo que refiere a la movilidad social y económica exitosa que muchas veces exhiben estos migrantes. Es desde esta cuestión relacional y compleja, donde pienso las migraciones.

Me parece importante ver cómo operan los esquemas de clasificación de la otredad que se manifiestan como discriminación y xenofobia, por los cuales, estos “otros” van a ocupar un lugar subordinado y descalificado. Así, dentro de esta estructura la población local los puede considerar y “tolerar” como trabajadores, pero se los cuestiona en tanto ciudadanos o sujetos de derecho, cuando ocupan un lugar en las agendas de las políticas públicas. Considero que estas son cuestiones que nos interpelan como agentes de intervención y de investigación.

En relación con los vínculos que se establecen entre compatriotas en las unidades productivas, es interesante analizar las jerarquías en esas relaciones. Como ya les había comentado, hay autores que nos previenen sobre las “miradas celebratorias” de las redes, como si fueran espacios en los cuales no se dirimen cuestiones de poder (Herrera Lima, 2005; Lomnitz, 2001).

Al comienzo de esta exposición decíamos que en los momentos iniciales de la migración, las redes fuertes ocupan un lugar fundamental para hacer posible el traslado. Pero si los sujetos migrantes se quedan en las redes fuertes y se enclaustran, pueden establecerse relaciones muy desiguales que no les permiten vincularse con otros agentes ni construir puentes con “el afuera” para empezar sus propios caminos productivos. Este panorama es bastante habitual cuando se dan situaciones en que los parientes salen de los pueblos en Bolivia y van a trabajar por temporadas. En mi trabajo de campo he visto mujeres -sobre todo las mujeres que hablan quechua o aymará solamente-, que trabajan en los predios por temporada sin socializar con otros y regresan a Bolivia. Hay que tener en cuenta que los patrones de acumulación de capital van modificándose con una rapidez llamativa. En principio

porque al haber cada vez mayor masa crítica y más producción, hay que diversificar las formas de trabajo y las de producción para que la actividad siga siendo redituable.

Cuando empecé a hacer mi trabajo de investigación, en el 2000, iba a las instituciones públicas vinculadas con la producción agropecuaria y preguntaba sobre la presencia de esta población migrante como sujeto productivo. No encontraba nada. Interpreto que eran sujetos no pensables para las instituciones, era impensable que un boliviano fuera sujeto de políticas públicas.

Luego, muchas de estas redes informales de paisanos se fueron institucionalizando o formalizando porque hubo una necesidad pero no solo desde los productores, no solo desde los migrantes bolivianos de insertarse y de vincularse con organismos. Debemos también ver el reverso de ese proceso. Lo que quiero decir es que al desarrollarse políticas públicas muy activas en relación a la agricultura familiar, los sujetos que estaban en mejores condiciones para poder apropiarse activamente de esas políticas públicas, que estaban organizados en muchos casos, que respondían a los parámetros de la agricultura familiar, que estaban disponibles para ello eran estos agricultores migrantes. Entonces también ha habido una híper visibilización, una focalización hacia estas poblaciones en un lapso corto de tiempo porque justamente eran los que estaban en mejores condiciones para erigirse como sujetos de políticas públicas relacionadas con la agricultura familiar.

Por su parte, los productores familiares, chacareros tradicionales del Alto Valle, son sujetos que crecieron en la producción vinculados al mercado externo, al ideario de productor orientado a la exportación. La crisis productiva que sufrieron tuvo un impacto no solo económico sino en la propia subjetividad de estos agentes. Entonces me parece interesante ver cómo las cuestiones simbólicas son importantes también en relación a las perspectivas de las políticas públicas, por ejemplo en el caso de la Secretaria de Agricultura Familiar.

Los productores chacareros, en situaciones de crisis por el agotamiento de un modelo productivo y con riesgo de perder su patrimonio, sin embargo no se sienten identificados como agricultores familiares. Mi hipótesis es que eso lo vincula con el campesino, con quien está en una situación de subordinación.

En cambio, un horticultor boliviano ¿qué capital simbólico pone en juego en el campo de las representaciones sociales? En el trabajo de campo, escuchaba hace poco que

un productor de cebollas tenía una camioneta nueva pero como no podía pagar el arrendamiento, la vendió y ahora anda en bicicleta y no le importa. ¿Por qué? Porque es un sujeto que no tiene que defender un “prestigio social”. ¿Se entiende? Cuando yo hablo de lo reticular lo refiero a esto.

La lógica de la Modernidad en la que se constituyó el “chacarero valletano tradicional” está sostenida en jerarquías que tienen un orden de tipo arbóreo. En cambio, en lo reticular los fenómenos no guardan ese orden lógico, son otras lógicas y aquí, en estos sectores subordinados y desvalorizados en muchos casos a partir de conductas de resistencia, para poder soportar lo que ocurre en los espacios por los que transitan, es que van desarrollando esas estrategias de reproducción social.

Hemos estudiado bastante en nuestras investigaciones -y lo han hecho investigadoras como Cynthia Pizarro (2007)- cómo se van dando las trayectorias, pero también cómo las marcas en los cuerpos atraviesan los modos de constituirse subjetivamente, los sufrimientos en el cuerpo. Estos trabajos duros, desvalorizados, en condiciones de informalidad van marcando un posicionamiento de estos sujetos en el espacio. Y en su transitar en el espacio, muchas veces tiene que confrontar con otros sujetos, como por ejemplo los dueños de la tierra, sujetos que tienen otros poderes, otras posiciones sociales. Muchas veces la confrontación no es directa, sino que esos conflictos se resuelven a través de prácticas resistenciales indirectas. Por eso también en la construcción simbólica de estos sujetos los productores locales dicen, por un lado que son muy trabajadores, se habla de su moralidad, “no te roban nada, con ellos estás tranquilo”, “trabajan de sol a sol”, “son sacrificados” pero, por el otro lado, también se los califica desde un sentido de discriminación negativa al rotularlos como “cabezas duras”, “no entienden nada”, “no se sabe cuándo están enojados”, “no van a plantear las cosas de frente”.

Otro aspecto que me parece importante destacar para el trabajo empírico, es tratar de comprender que hay otras maneras de mirar el mundo, de vincularse con otros y, fundamentalmente, que las prácticas siempre se manifiestan en relación con interlocutores que detentan distintas cuotas de poder.

Asimismo, los sujetos tienen una inteligibilidad -no siempre consciente- para poder mantenerse en el espacio y mejorar sus condiciones de vida. En el caso que estamos analizando, estos migrantes van construyendo prácticas discursivas, laborales y productivas en sus itinerarios migratorios desde lugares subordinados y atravesados por

relaciones de desigualdad, lo cual implica desarrollar comportamientos de no confrontación en el territorio.

Les comentaba que cuando empecé con el trabajo de campo no había trabajo institucional con estos agentes productivos. Mis primeras aproximaciones en el terreno fueron con una ingeniera agrónoma, que trabajaba en el sector privado y quien había sido contratada para asesorar una chacra en la que se producían muchas hectáreas de cultivos hortícolas. La familia propietaria tenía tres o cuatro familias de medieros de origen boliviano. Este fue mi primer contacto o acercamiento a las mediaciones entre estas familias productoras y un segmento del asesoramiento técnico.

Entonces, ahondando en las cuestiones de los capitales simbólicos, una de las cosas que ella decía era en relación con los vehículos; “a veces bajan de autos que son iguales a los de los ingenieros, los ingenieros no pueden creer que tengan los mismo autos pero lo que no me puedo imaginar es que lleguen a acceder a la tierra”. Esto aconteció en el año 2000, yo creo que había tres o cuatro familias que estaban dando vueltas y todavía como medieros, recién estaba empezando a desarrollarse esta capacidad de organización de la producción. Y termina diciendo: “el impacto psicológico que puede ser para un chacarero que sea dueño de la tierra sería inimaginable”. Por otra parte, retomando el concepto de “resistencia no confrontativa” (Scott, 2000), recuerdo que esta ingeniera decía con preocupación: “El productor los pone como medieros y después les da un pedazo de tierra para que lo trabajen y el boliviano va y les dice ‘no porque me vuelvo a Bolivia, porque se enfermó mi suegra’ qué sé yo y a los dos meses lo ve instalado trabajando en una chacra a cuatro kilómetros ¿Por qué no le dice la verdad, por qué no le dice que no le gustaba el trato, la forma de actuar y tiene que mentir?”. Se trata de un sujeto social que está en una posición de subalternidad con relación al dueño de la tierra. Entonces esas conductas de evitación del conflicto, que hacen que no cumplan con los contratos, que no discutan cuando ven situaciones que los perjudica, etcétera, generan mucho enojo en los productores y probablemente en los profesionales.

Nos queda para desarrollar el concepto de “territorio” respecto de los denominados territorios hortícolas. El INTA en los últimos años viene trabajando desde una perspectiva territorial y me parece que es una perspectiva fructífera ya que es interesante correremos de la mirada de la

rama productiva para analizar el agro desde los entramados de la complejidad de los territorios, entendido no solamente como espacio sino como relaciones de poder.

El territorio no es solamente lo material, sino lo simbólico. En este sentido hemos venido hablando de ello -aun sin haber nombrado el concepto-, en la medida que describíamos cómo estos grupos con su capacidad de organización empiezan a apropiarse y a construir territorios. No solamente “viven” esos espacios en el transitarlos y habitarlos, sino que también les imprimen contenidos simbólicos contrastantes, conflictivos. Hay una construcción del territorio hortícola en la región valletana, donde estos grupos coexistían con otros productores hortícolas que luego dejaron de serlo y también donde nunca existieron.

Estas nuevas presencias provocan que empiecen a tener valor ciertos modos de producción, ciertos modos de organización del trabajo y ciertas construcciones de dispositivos culturales y religiosos. En el mes de agosto, por ejemplo, se celebra a la Virgen de Urkupiña con ritos religiosos, festejos culturales y deportivos; los cuales actúan como elementos que coadyuvan a la construcción de territorio. Entonces ese territorio de identidad acompaña la construcción del territorio productivo.

Como les decía, he trabajado bastante en Alto Valle y en los últimos años en Valle Medio del Río Negro con un equipo de investigación. Hace tres años fuimos a hacer trabajo de campo en agosto, mes en que se celebra la independencia de Bolivia junto con las festividades de la virgen. Lo que nos interesaba ver es cómo esta construcción territorial no solo se circunscribe a los predios productivos que ya tienen una identidad muy particular -por las modalidades específicas que permite caracterizarlos como “territorios hortícolas llevados adelante por familias migrantes bolivianas”-, sino también focalizar en sus celebraciones a partir de las cuales van construyendo territorios simbólicos, culturales, religiosos para sostener el peso de la migración.

Cabe destacar que no son solamente culturales y simbólicos, en un sentido desligado de lo productivo. Esos encuentros en las canchas de fútbol, en las celebraciones religiosas permiten mantener, desarrollar y sostener sus creencias, sus dispositivos religiosos y culturales, pero además son espacios de circulación de información. Algunos están jugando en las canchas de fútbol, las mujeres adornan la imagen de la virgen, realizando sus ritos ancestrales, se escuchan los cantos en quechua, pero también se evidencia la necesidad de pasar esa imagen de la virgen por la iglesia católica local aunque en muchos casos observamos que los sacerdotes manifiestan

cierta indiferencia o rechazo velado a esos rituales. Sin embargo, hay una necesidad de legitimar la presencia de sus imágenes, de sus ritos. El partido de fútbol es muy importante como espacio de convivencia y también para construir espacios de socialización donde no sean mirados como “otros desvalorizados”. Estos encuentros, además de recrear la “bolivianidad” son oportunidades de fomentar y fortalecer la circulación de información: qué tierra hay disponible para alquilar, cuál es buen patrón o cuál no, dónde comprar las semillas, los “remedios” o los plantines más baratos.

Por lo tanto, el concepto de territorio no lo vemos como un espacio solamente de continuidades, sino como espacio simbólico que puede estar a muchos kilómetros de distancia, en otros lugares más allá de la frontera, pero que conforman parte de estos territorios; que en su conjunto y en su complejidad ayudan a construir este territorio productivo. En este sentido, me parecía interesante reflexionar cómo conceptualizar y explicar esta construcción simbólica del territorio y cuáles son sus alcances prácticos en las investigaciones que estamos compartiendo en este encuentro, dada la trascendencia que tiene en relación con la producción.

En los últimos meses empecé a incursionar en el Valle de Conesa que se encuentra a 400 kilómetros del Alto Valle, un lugar bastante aislado de otras regiones y el cual desde hace tres a cuatro años evidencia un significativo aumento poblacional protagonizado por familias bolivianas o de origen boliviano y una reactivación de la economía local a partir de la producción de cebolla para la exportación.

La construcción de este “territorio productivo” tiene sus condiciones de posibilidad en los problemas surgidos en la zona del Valle Inferior del Río Colorado al sur de la provincia de Buenos Aires, donde debido a la salinización del suelo y a la emergencia de plagas, muchas familias deciden dejar sus predios productivos. En ese contexto, se inicia una movilidad de familias productoras de cebolla al valle de Conesa, espacio en el cual se empiezan a reproducir, con sus particularidades, dispositivos institucionales y culturales que hacen más soportables los itinerarios de la movilidad territorial.

Me parecía interesante traer esta experiencia para ver cómo se van construyendo territorios productivos y cómo estos agentes despliegan esta capacidad de desarrollarlos en lugares donde no existían previamente y se van transformando las modalidades de vínculos, de institucionalidad. La agencia del INTA que estaba predominantemente orientada a la producción animal y a la fruticultura, se ha visto

obligada a capacitarse en la producción de cebolla para orientar a los productores, en un movimiento claramente “de abajo hacia arriba”.

A modo de síntesis, por un lado, me parece necesario destacar fenómenos que se dan de una manera original. Para estas familias, “saber moverse” en el espacio es un elemento que cobra valor en sus estrategias de reproducción social. En esa capacidad de transitar los espacios, en ese “ir y venir”, se construyen capitales no solo económicos sino también sociales y simbólicos. Estas modalidades confrontan en parte con los modelos de sociedades sedentarias a los que estamos acostumbrados, desde las lógicas y desde las tradiciones que hacen al valle.

En ese sentido, resulta de interés analizar cómo se van modificando las trayectorias migratorias dado que, como en el caso de la horticultura, podemos decir que hay una hegemonía de estas poblaciones migrantes y sus descendientes así como un modo de practicar esta producción. Esta se encuentra basada en el fortalecimiento de las redes, en la combinación de redes fuertes y redes débiles como así también en la posibilidad de formalización de las redes como asociaciones.

Bibliografía

- Arango, J. (2003). La explicación teórica de las migraciones: Luz y sombra. *Migración y Desarrollo*, (1), 4-22.
- Benencia, R. (2006). Bolivianización de la horticultura en la Argentina. En A. Grimson y E. Jelin (Comp.), *Migraciones regionales hacia la Argentina. Diferencias, desigualdades y derechos* (pp. 135-168). Buenos Aires, Argentina: Prometeo Libros.
- Bourdieu, P. (1996). *Raisons pratiques. Sur la théorie de l'action*. Paris, Francia: Editions du Seuil.
- García, M., Le Gall, J. y Mierez, L. (2009). Reestructuración espacial y funcional en el AMBA. El archipiélago hortícola. *Boletín Hortícola*. Año 14, (41), 18-20.
- Granovetter, M. (1973). The strength of weak ties. *American Journal of Sociology*, 78 (6), 1360-1380. Traducido al español por M. Ángeles García Verdasco.
- Guarnizo, L. (2003). Aspectos económicos del vivir transnacional. *International Migration Review*, 37 (3), 666-699.
- Herrera Lima, F. (2005). *Vidas itinerantes en un espacio laboral transnacional*. México D.F: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Lara Flores, S. (1998). *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización del trabajo en la agricultura mexicana*. México D.F: Juan Pablo Editor.
- Lomnitz, L. (2001). *Redes sociales, cultura y poder. Ensayos de Antropología Latinoamericana*. México D.F: FLACSO.
- Pizarro, C. (2007). Negociaciones y sentidos morales e instrumentales de las etnografías. Los casos de dos organizaciones de productores frutihortícolas bolivianos en la Provincia de Buenos Aires. En CD-ROM V *Jornadas de Etnografía y Métodos Cualitativos*, IDES, Buenos Aires.
- Pries, L. (2002). La migración transnacional y la perforación de los contenedores de Estados-nación. *Revista Estudios Demográficos y Urbanos*, 17 (3), 571-597.
- Scott, J. (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia*. México D.F: Era.

Segunda parte

*Reflexiones a partir de
experiencias de trabajo*

Comprender el idioma de los horticultores en un mar de complejidades

*Myrian Elisabeth Barrionuevo*¹²

Introducción

En mi formación como ingeniera agrónoma la horticultura fue una materia más y, al igual que otras asignaturas de la carrera, pensada en un contexto agroexportador frutícola. Desde esta perspectiva se abordan los cultivos y sus requerimientos. Las necesidades de los hombres y las mujeres que los realizan son campo de otra asignatura: extensión rural. Planteado de esta manera, los sujetos se encuentran desvinculados de los sistemas de producción.

A finales de los '80, como parte de un trabajo de la cátedra de extensión rural y junto a otro estudiante, acompañamos durante varios meses a un técnico del sistema de extensión de Río Negro en la delegación provincial de producción en Cinco Saltos. En ese momento, relevaba chacras frutícolas en actividad de las localidades de Cinco Saltos, Contralmirante Cordero y Campo Grande. Los resultados del relevamiento fueron utilizados para erradicar los montes de frutales abandonados en el marco del programa para el control de *Carpocapsa* donde se aplicó la motosierra sanitaria según la resolución 413/94 del Servicio Nacional de Sanidad y Calidad Agroalimentaria (SENASA). Es decir, se cortaron los árboles a la altura del tronco para evitar el aumento de poblaciones de insectos que pudieran afectar a los montes frutales sanos en producción (Cichón y Melzer, 1999; Villarreal, 2014). Este trabajo no contempló la extracción de tocones debido a los altos costos que implicaba esa actividad y, en muchos casos, los dueños de los establecimientos tampoco pudieron afrontarlo motivo por el cual gran parte de estas chacras quedaron abandonadas por completo. La situación de la fruticultura local y regional no mejoró y fue la resultante de un proceso de debilitamiento y desaparición de agricultores familiares dedicados a la fruticultura en el Alto Valle y, particularmente, en este área con montes y variedades tradicionales de manzanas (Bendini, 2005).

¹² Investigadora del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA). Centro Regional Patagonia Norte. Área de Investigación para la Agricultura Familiar. barrionuevo.myrian@inta.gob.ar

Casi 30 años después, algunas de esas chacras siguen abandonadas mientras que una gran parte de ellas se encuentra cultivada con hortalizas para el consumo en fresco. El cambio en la fisonomía de ésta y otras áreas del Valle se debe, en parte, a la llegada de inmigrantes de Bolivia desde finales de la década de 1980 hasta el presente (Ciarallo, 2008).

En la actualidad, la mayoría de los productores hortícolas se encuentran agrupados en organizaciones de primer grado (asociaciones, cooperativas, entre otras) ubicadas a lo largo de los valles irrigados de los ríos Neuquén, Negro y Colorado, las que participan de la Mesa de Organizaciones Hortícolas de la Provincia de Río Negro. Una de estas organizaciones, es la Asociación Horticultores de Campo Grande con la que desarrollé algunas experiencias de investigación a través de proyectos financiados por el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) y gracias al vínculo establecido con la técnica extensionista de la Secretaría de Agricultura Familiar (SAF) con quien compartimos la tarea de campo desde el 2012.

En este escrito presento las inquietudes y reflexiones a partir de un conflicto suscitado entre esta asociación de productores hortícolas y los directivos del Mercado Concentrador del Neuquén (MCN) quienes exigieron desde 2015 la aplicación de Buenas Prácticas Agrícolas (BPA). A partir de esta exigencia y en virtud de nuestra relación se inicia un trabajo conjunto con los productores en esta línea. Esta situación, marca un punto de inflexión en mi vínculo con la asociación de productores que hasta ese momento consideraba nula, ya que sentía que mi trabajo poco aportaba a sus requerimientos y, por lo tanto, que no tenía mucho para hacer.

Asociación Horticultores de Campo Grande

La asociación está integrada por 27 horticultores del área rural de los municipios de Campo Grande, Contralmirante Cordero y Cinco Saltos en la provincia de Río Negro. Si bien la mayoría son migrantes procedentes de Bolivia, el grupo posee una gran diversidad en cuanto al origen, trayectorias migratorias y laborales. Gran parte de ellos pertenecen a las etnias quechua y aimara provenientes de los departamentos de Potosí, Cochabamba y Oruro, mientras que algunos proceden de Tarija, Beni y otros lugares del oriente boliviano. A esta diversidad de orígenes, que ellos la simplifican

refiriéndose a sí mismos como “collas” y “cambas”, se suma la pertenencia a diferentes iglesias evangélicas y católica de las familias productoras.

En concordancia con lo descrito por Ciarallo (2011), se observa que algunos llegaron a principios de la década de 1980 y otros durante 1990. Los que llevan más tiempo de residencia en la zona pudieron comprar parcelas -en otra época frutícolas-, en tanto que la mayoría de los socios son arrendatarios o tienen contratos por limpieza¹³, aparcería, mediería y mixtas que combinan a dos o más de las formas mencionadas.

La superficie predial promedio es 5 ha y el trabajo familiar se organiza en pequeñas parcelas con una gran variedad de cultivos. Cuando las superficies son mayores a 10 ha, presentan un grado alto de especialización en producción de zanahorias, cebollas y zapallos entre otras (Iglesias, van Konijnenburg y Ruiz, 2005) y corresponden a familias con mayor nivel de capitalización. De esta manera, tal como sucede en el resto del Alto Valle, es posible diferenciar al interior de la asociación una producción de hortalizas altamente diversificada e intensiva y otra especializada en algunos productos pero que también realiza un uso intensivo del suelo, del agua y la mano de obra (Villegas Nigra, Pasamano, Fretes y Romera, 2011).

En lo que se refiere a la maquinaria agrícola, la asociación posee algunos implementos (pulverizadora, rastra, arado) y tractor con los que brindan servicios de emparejamiento, preparación del suelo y control de malezas. Estos elementos se compraron a partir de un financiamiento del Proyecto de Desarrollo Rural de la Patagonia (PRODERPA), luego que técnicos del INTA y la SAF realizaran una evaluación junto a los asociados en el 2013. Tal como ocurre en la fruticultura familiar, las herramientas y maquinaria presentes en los predios hortícolas de la región son obsoletas o no se adaptan a labores de la horticultura, grado de obsolescencia que aumenta a medida que disminuye la superficie (Zunino, Mauricio, Menni, Rivero y Urza, 2007).

El asesoramiento técnico se diferencia en organizativo y técnico agronómico. En temas referidos al fortalecimiento de la organización la SAF tuvo una fuerte intervención mientras que la asistencia técnica agronómica no ha sido constante en el tiempo. Como grupo participaron del programa Cambio Rural en un proyecto a término. En la actualidad no poseen asistencia técnica sobre los aspectos productivos

¹³ La limpieza implica quitar los restos de árboles frutales o árboles enteros, todo tipo de restos vegetales o de estructuras de sistemas de conducción que impidan las labores.

de manera formal y sistemática por parte del Estado municipal, provincial ni nacional. Ante dudas referidas a los cultivos, consultan al personal de los comercios proveedores de insumos y agroquímicos establecidos en la zona o bien a otros agricultores más experimentados. También mantienen una serie de contactos con familiares y coterráneos de otras zonas productoras del país. Estas relaciones les permiten obtener semillas, plantines, plaguicidas y otros insumos a un costo menor. Además, se intercambian ideas y conocimientos, muchos de los cuales no se adaptan a la realidad local. Por esta razón, en más de una oportunidad, estas prácticas resultan en una pérdida de tiempo y dinero para los horticultores.

Desde la asociación, al igual que el resto de las organizaciones de horticultores a través de la Mesa Hortícola Provincial, la demanda de asistencia técnica a las autoridades provinciales y nacionales ha sido recurrente en los últimos años; es un problema que aún no encuentra solución. Conscientes que problemas estructurales como la tenencia de la tierra y el acceso al agua no son incumbencia directa del INTA, los productores hortícolas reclamaron la asistencia técnica específica en lo que refiere al uso de plaguicidas. Concretamente solicitaron el listado de productos sanitarios permitidos por el SENASA para cada especie hortícola con el fin de evitar posibles decomisos por presencia de productos no autorizados en las verduras y hortalizas.

El conflicto

La falta de asistencia técnica institucionalizada fue el motivo por el cual en 2015 las autoridades del MCN restringen el acceso a la playa a los productores provenientes de Río Negro. Los responsables del programa hortícola de Neuquén argumentaron que la asociación no cumplía con los requisitos para acceder al mercado por no tener asistencia técnica que verificara que llevaban adelante un programa de BPA y que asegurara que “estaban haciendo las cosas bien”. Disconformes con esta situación, manifestaron su malestar a las autoridades del mercado y plantearon que esta medida les resultaba arbitraria e injusta. En ese contexto, el presidente de la asociación afirmó contar con la asistencia técnica de dos ingenieras, una de INTA y otra de la SAF.

¿Cómo era posible que me mencionaran y asignaran ese rol? ¿Por qué no hablamos de esto antes? ¿O lo hablamos y yo no entendí? Entonces pensé: “Si no entiendo cuando me hablan, ¿hasta qué punto ellos me entienden a mí? ¿Sería posible seguir

construyendo el vínculo de confianza luego de esto? ¿O acaso era una señal de su confianza hacia mí?

Luego de una reunión con la comisión directiva de la asociación de productores donde se aclararon las dudas y malestares, especialmente los míos, la comisión consideró importante tener un grupo dentro de la asociación dedicado a la investigación al que denominó "Comisión de investigación". Este grupo sería el interlocutor entre los productores y los técnicos extensionistas e investigadores. En este nuevo ámbito, productores y técnicos diseñamos conjuntamente un plan de intervención de corto plazo compuesto por una serie de encuentros de capacitación para dar los fundamentos de las BPA debido a que estaba por comenzar la temporada de siembra y trasplante de primavera. Por otra parte, desde nuestra mirada técnica visualizamos esta situación como una oportunidad para conocer el manejo de los plaguicidas a nivel predial por lo cual relevamos todos los establecimientos y, posteriormente, entregamos un informe a la asociación. De esta manera, iniciamos un proceso que contó con mayor nivel de participación y, a pesar del corto tiempo que duró la intervención, fue posible ver el impacto de algunas recomendaciones más rápidamente que en otras oportunidades.

El programa de Uso Racional de Agroquímicos en Horticultura es de carácter regional. Dado el riesgo para la salud de los aplicadores como para el resto de los habitantes de la zona y el medio ambiente, hace hincapié en el manejo seguro de plaguicidas en primer lugar, para luego avanzar sobre otros aspectos de la producción hortícola. El manejo seguro contempla una serie de prácticas que comienzan en el instante en que se compra el producto (preferentemente en un lugar habilitado), pasando por el transporte hasta el almacenamiento del mismo en el campo. Por otra parte, implica tomar todas las medidas posibles para evitar la intoxicación de las personas que aplican y la contaminación de su entorno, teniendo en cuenta el estado de los equipos de aplicación y de protección personal al momento de preparar y aplicar los plaguicidas al cultivo (máscaras, gafas, guantes, botas y traje impermeables). También se consideran los cuidados que se deben tener durante y después de cada aplicación en cuanto al lavado de equipos, traje de protección y manejo de envases vacíos. Estos últimos, deben ser sometidos al triple lavado y acopiados hasta su recolección en lugares preparados para tal fin.

Las tribulaciones de la agrónoma...

De acuerdo a Ciarallo y Tripin (2015) la horticultura, desarrollada mayoritariamente por familias y trabajadores provenientes de Bolivia, se mantiene gracias a una red que conjuga trayectorias migratorias y laborales en las que los integrantes sostienen la producción y la territorialización. En la asociación de horticultores, es posible evidenciar esto a través del intercambio de bienes materiales y de conocimientos que se establecen entre sus integrantes así como entre ellos, productores y empresas de otras regiones productivas por donde pasaron antes de llegar al Valle. Además de la existencia de relaciones con las familias en Bolivia a las que envían remesas, o de donde proviene la mano de obra temporal o permanente para el cultivo. Dado este complejo entramado de relaciones, el conocimiento fluye a través de la red con una velocidad difícil de acompañar por el personal técnico, entre los que me incluyo, acostumbrado a manejar paquetes tecnológicos más o menos uniformes.

Sumado a esto, la marcada heterogeneidad del sector hortícola, presente aún dentro de una pequeña asociación de productores, dificulta la intervención pensada para situaciones más homogéneas. Tuve que desaprender para volver a aprender ya que el origen de las familias atraviesa los modos de hacer, las formas contractuales de la tierra y de la mano de obra, la organización del trabajo familiar, la diversidad de cultivos y su relación con los medios de producción (Benencia y Quaranta, 2009).

En una visita técnica, la esposa de un productor me dijo que debería hablar quechua porque los testigos de Jehová habían aprendido y era más fácil conversar con ellos. Tomé su sugerencia como una invitación a mejorar nuestro diálogo, nuestra forma de comunicarnos, entonces descargué de internet unos diccionarios quechua-español, los que consulté con frecuencia. Ese hecho puntual me llevó a repensar mi vínculo con las familias bolivianas y, en particular, con los productores porque sentía que cuanto más iba al campo menos parecía entenderlos. A pesar de mi intento de hacerles saber que me dedicaba a la investigación, sentía que el hecho de ser agrónoma interfería todo el tiempo dado que sus expectativas eran que respondiera a problemáticas técnicas. Por otro lado ¿cómo no responder a sus consultas?

Lo cierto es que cuando volvía a la oficina no me sentía cómoda en ese doble rol investigador - extensionista. Ganaba en conocimiento del sector pero me costaba llevar adelante la investigación porque continuamente me interpelaba si estaba en el

camino correcto. Fue entonces que conté mi preocupación a algunos productores. Y aunque insistí y aclaré en varias oportunidades mi función y mi rol de investigadora y no de extensionista, en la práctica implicó un ejercicio de negociación permanente, por momentos difícil de sostener.

El hecho de ser agrónoma trajo aparejado el interés en preguntas productivas, demandaba conocer de cultivos, plagas y productos químicos básicamente. Además, requería entender sus lógicas productivas, lo que me pareció doblemente complicado cuando el objeto de investigación son los productores y las formas en que estos productores realizan la producción, para entender y ver si era posible una propuesta más segura para la salud de las personas y que considere el ambiente donde pasan gran parte de su día. Por otra parte, en este caso puntual mis comentarios y sugerencias seguramente interfirieron negativamente en la relación investigador/productor porque nunca oculté mi opinión contraria al uso indiscriminado de agroquímicos; en tanto que en otras ocasiones, muchas de las respuestas y charlas se facilitaron por el hecho de ser agrónoma.

Durante el tiempo que duró el estudio, y aún hoy, siento una doble exigencia y me pregunto si es posible desarrollar políticas públicas en semejante mar de complejidades, trabajando de manera aislada o eventualmente con otros colegas a quienes les interesara el tema sin un marco más amplio como el de un equipo interdisciplinario cuyo objeto de trabajo sea la horticultura.

El conflicto me permitió repensar el trabajo de aplicación de las BPA desde la óptica de los productores, para mejorar sus condiciones de seguridad e higiene laboral y como medio para aumentar la rentabilidad de la producción al facilitar el acceso al MCN. Podría listar otros “beneficios” de la aplicación de un programa de BPA, pero lo cierto es que en ese momento la tarea estaba enfocada en resolver el ingreso al MCN.

Debido a mi formación como ingeniera agrónoma con una visión sistémica del sector hortícola, me costó poner en palabras lo que vivenciaba en el campo por no contar con elementos teóricos y metodológicos de las ciencias sociales. Luego de un tiempo y tras analizar mi práctica en el campo, fui capaz de darme cuenta que la imagen construida en este caso de mi persona, deriva de la institución para la que trabajo, mi condición de mujer profesional, investigadora con una postura ideológica que se manifiesta en las opiniones pero sobre todo en las acciones (Guber, 2014). No me resultó fácil aceptar que en esta ocasión el rol asignado por los productores fue el de

“asesora técnica para las BPA”; comprendí que en esta relación investigador/ productor cuenta lo que yo veo y espero, lo que ellos ven y esperan de mí y que, simultáneamente, producto de este vínculo nos transforma a ambos el hecho de dialogar y trabajar juntos.

Bibliografía

- Bendini, M. I. (2005). Fruticultura en el norte de la Patagonia: procesos de cambio y tramas sociales. *Caravelle* (85), 131-148.
- Benencia, R. y Quaranta, G. (2009). Mercados de trabajo en la horticultura del cinturón verde de la Ciudad de Buenos Aires. En R. Benencia, G. Quaranta, J. Souza Casadinho (comp.) *Cinturón Hortícola de la Ciudad de Buenos Aires. Cambios sociales y productivos* (pp. 85-110). Buenos Aires, Argentina: CICCUS.
- Ciarallo, A. (2008). La participación de migrantes transnacionales en programas de asistencia técnica. Horticultores Bolivianos en el Alto Valle del Río Negro. En IX Congreso Argentino de Antropología Social. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Misiones, Posadas, Argentina.
- Ciarallo, A. (2011). El rol de la horticultura en la historia del Alto Valle. *Fruticultura y diversificación*, 17 (66), 8-13.
- Ciarallo, A. y Trpin, V. (2015). Familias migrantes hortícolas en el Valle Medio del río Negro. Cruces identitarios en las experiencias de vida y de trabajo. En A. I. Barelli y P. Dreidemie (Comps.), *Migraciones en la Patagonia: subjetividad, diversidad y territorialización* (pp. 71-86). Viedma, Argentina: Universidad Nacional de Río Negro.
- Cichón L. y Melzer R. (1999). Aspectos generales de la plaga. En INTA-GTZ (Ed.) *Fruticultura Moderna 9 años de cooperación técnica, 1990-1999*. Parte 2 (pp. 64-70). Editora L&M SRL.
- Guber, R. (2014). *La etnografía: método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Iglesias, N., van Konijnenburg, A. y Ruiz, C. (2005). Situación actual de la horticultura en la Norpatagonia. *Fruticultura y diversificación*, 11 (45), 31-37.
- Villarreal, P. L. (2014). El proceso de construcción de una red socio técnica regional. El programa de control de carpocapsa en la fruticultura de las provincias de Río Negro y Neuquén, Argentina (Tesis doctoral). Universidad Politécnica de Valencia, Departamento de Economía y Ciencias Sociales. Doctorado del Programa de Innovación, Desarrollo Territorial y Competitividad (Argentina).
- Villegas Nigra, M., Pasamano, H., Fretes, H. y Romera, N. (2011). Sistemas hortícolas en la Provincia de Río Negro (República Argentina). *Pilquen Sección Agronomía*, 11 (6), 1-16.
- Zunino, N. M., Mauricio, B., Menni, M. F., Rivero, V. I., y Urraza, M. S. (2007). Características socioproductivas de las unidades agrarias de Alto Valle, Valle Medio y Río Colorado. *Fruticultura y diversificación*, 13 (52), 32-37.

Reflexiones en torno a la diversidad cultural en el periurbano hortícola de La Plata: aportes a la caracterización de los sujetos sociales de la horticultura

*Andrea Soledad Castro*¹⁴

Introducción

La Región Metropolitana de Buenos Aires, por su importancia demográfica - 12.806.715 habitantes según Censo Nacional de Población Hogares y Vivienda de 2010- y su expansión espacial -4.000 km-, constituye el principal aglomerado del país y representa la mayor demanda en frutas y verduras. La zona sur del periurbano que la rodea -La Plata, Florencio Varela y Berazategui- constituye la estructura hortícola más antigua y consolidada de la región, la cual abastece al menos el 72% de esa demanda y la de ciudades del interior de la provincia de Buenos Aires y de otras provincias¹⁵ (Benencia, 1997; García y Lemmi, 2011).

El modelo hortícola platense alcanzó este importante desarrollo productivo a partir de la adopción de la tecnología del invernáculo, semillas híbridas, agroquímicos y el trabajo intensivo de los migrantes bolivianos (Benencia y Quaranta, 2009). Desde sus inicios, la horticultura platense estuvo a cargo de familias de inmigrantes de diversa procedencia. A mediados del siglo XX, los responsables eran italianos y españoles, más adelante llegaron portugueses y, luego, migrantes del noroeste del país. Desde mediados de 1990, estos fueron reemplazados por familias de origen boliviano, quienes lograron avanzar sobre los diferentes eslabones de la cadena de producción hortícola de todo el país, en un proceso conocido como “bolivianización” de la horticultura (Benencia, 2006).

¹⁴ Becaria del Centro de Historia Argentina y Americana (CHAyA) del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS) de la Universidad Nacional de La Plata - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). castroandrea1987@gmail.com

¹⁵ El último Censo Hortiflorícola (2005) de la provincia de Buenos Aires registró 1.047 unidades productivas en La Plata, 232 en Florencio Varela y 177 en Berazategui, pero actualmente se estima alrededor de 4000 productores y productoras (según los registros de las organizaciones sociales del sector).

Los migrantes partieron de zonas agrícolas de Bolivia y transitaron diferentes trayectorias aprendiendo el oficio de horticultores (Criado, 2015; Castro, 2016). Este trabajo indaga en los conocimientos agrícolas de un grupo de migrantes en el periurbano platense y reflexiona sobre las posibilidades de investigación e intervención reconociendo la diversidad cultural en del periurbano de La Plata, en el marco de una institución de desarrollo tecnológico. Se basa en los diarios de campo y las entrevistas realizadas entre 2013 y 2016 a quinteros/as migrantes de Bolivia (departamentos de Tarija y Chuquisaca) de entre 40 y 60 años, residentes en las localidades de Abasto, Etcheverry, Olmos y Los Hornos de La Plata, provincia de Buenos Aires.

En el primer apartado, recuperamos de manera muy esquemática algunos aportes de la antropología para pensar la diversidad cultural y la posibilidad de “descentrarnos” para aprehender la otredad. En el segundo, analizamos las prácticas y conocimientos no convencionales en las quintas del periurbano platense. Los sujetos hicieron memoria sobre los conocimientos y prácticas tradicionales aprendidas en sus lugares de origen, de los cuales utilizan algunos y otros tienen la potencialidad de utilizarse. Por último, reflexionamos acerca de la valorización de estos “otros” conocimientos productivos en el marco de un modelo de producción hortícola que evidencia importantes límites económicos, productivos, ambientales y culturales (García, 2016).

Sujetos de la horticultura: la migración y el “problema” de la diversidad cultural

El movimiento de trabajadores bolivianos a través de las fronteras nacionales se puede entender como un proceso de “migración transnacional” cuyos fundamentos más antiguos son la desigualdad histórica entre países, la industrialización de la agricultura y la fuerte demanda de trabajadores temporales e hiperflexibles que llevaron a la emigración de grandes cantidades de campesinos (Basso, 2015). Las migraciones transnacionales se caracterizan por la circulación de información, personas así como bienes materiales y simbólicos a través de redes de connacionales. La población va y viene constantemente formando un espacio transnacional, un “tercer espacio” que vincula la población de origen con la de destino y transforma, en el mismo proceso, ambos espacios (Sassen, 2007; Benencia, 2006).

En los años 80, los migrantes bolivianos que trabajaban en las provincias del noroeste argentino comenzaron a migrar a Capital Federal, donde fueron señalados como los causantes del desempleo y la delincuencia. Como muestra Grimson (2006) el trasfondo de esta construcción racializante remite al aspecto latinoamericano, a la negritud oculta, que no cabe en el imaginario de una Argentina -blanca europea- que se construyó desde la creación del Estado nacional. Pero, mientras el capital global necesita que la mano de obra se movilice atravesando fronteras, las políticas migratorias se endurecen¹⁶ y la xenofobia crece. En las sociedades globales la división de clase se complejiza por la diferencia étnica y de nacionalidad, incrementándose la rivalidad entre los trabajadores locales y los migrantes (Basso, 2015). En este contexto, es innegable la necesidad de reflexionar sobre las dificultades y potencialidades de trabajar con otras culturas, en nuestro caso para la investigación y el desarrollo de tecnologías agropecuarias.

¿Cómo entendemos las diferencias culturales?

En todas las sociedades, los individuos aprendemos pautas de comportamiento y valores que nos permiten relacionarnos con el resto de la sociedad en los mismos términos. Adquirimos los “referentes culturales” que son dominantes en cada sociedad. Nuestra cultura -la occidental- se expandió a lo largo de la historia como la cultura universal subsumiendo a las demás a su cosmovisión, presentando su historia como la única y su sistema de conocimiento -la Ciencia- como el superior (Chiriguini y Mancusi, 2008).

En el mundo agrario este proceso se manifestó desde mediados del siglo pasado de acuerdo a las proyecciones productivas ideadas en el norte con la denominada “Revolución Verde” -que llegó en los 80 a la horticultura periurbana-. Dicho modelo está basado en el factor capital, tecnologías exógenas y combustibles fósiles, es decir, un paquete tecnológico costoso que deja de lado los recursos locales y desconoce las tradiciones productivas de campesinos y agricultores familiares.

¹⁶ En nuestro país, la Ley de Migraciones Argentina (N° 25.871) apuntaba a la integración de los migrantes, pero su modificación por decreto a principios de 2017 restringió sus derechos, amenazando el ingreso y permanencia de los mismos. Su actualización, mediante el Decreto de Necesidad de Urgencia DNU N°70/2017 se basa en la idea del aumento del crimen organizado internacional, que vincula el delito con la presencia de población extranjera. El mismo restringe los derechos de ingreso y permanencia de la población extranjera en nuestro país y habilita un mayor control sobre las mismas.

La perspectiva antropológica permite relativizar este sistema de conocimiento, concebido como el único posible, dando cuenta de que la humanidad no sigue una única línea evolutiva, cada cultura tiene lógicas propias. Al mismo tiempo, las culturas no son sistemas monolíticos sino que contienen dentro de sí diferentes sistemas, a partir de lo cual podemos “descentrarnos” y comprender otras culturas en sus propios términos (Chiriguini y Mancusi, 2008).

En este sentido, buscamos relativizar las concepciones predominantes en el campo de la horticultura que consideran que la mayoría de los productores del periurbano desarrollan un modelo único y monolítico de horticultura moderna -el convencional-. Seguidamente, indagamos en las trayectorias productivas de los actores para observar otros conocimientos presentes en la horticultura periurbana. Esto requiere separarnos del rol que se espera de un técnico del Estado -aportar respuestas rápidas a las problemáticas del territorio- para dar lugar a una actitud reflexiva y atenta a las “escuchas del campo” (Arach, 2008). Así como también implica superar la asimetría de poder en la relación investigador-sujeto a investigar, estudiando “con” el sujeto y no “sobre” el mismo, reconociendo al sujeto de la horticultura como un “interlocutor válido” y no como un mero “informante clave” (Guber, 2001).

Diversidad cultural en la producción hortícola de La Plata

Los migrantes bolivianos conocieron la horticultura comercial a lo largo de sus trayectorias migratorias. Fueron trabajando en producciones agrícolas cada vez más especializadas y tecnificadas, culminando su recorrido en el periurbano hortícola platense que es la estructura hortícola más tecnificada del país. Para su desenvolvimiento aprendieron conocimientos y prácticas vinculadas a las tecnologías modernas como el uso de semillas híbridas, la aplicación de agroquímicos y el cultivo bajo invernáculo de polietileno. Dicho proceso de aprendizaje estuvo influenciado por la propaganda mediática, la oferta de las agroquímicas, las demandas del mercado concentrador y las enseñanzas de los técnicos que presentaron dicha opción como la más eficiente. Sus prácticas, saberes y tecnologías tradicionales fueron caracterizados como “atrasadas” respecto de las que proponía el centro económico-productivo y político (Gudynas y Acosta, 2011). En el paso de un sistema a otro, debieron cambiar

sus antiguas prácticas agrícolas en un proceso donde se conjugaron elementos económicos y simbólicos, como se describió en un trabajo anterior (Castro, 2016).

En la horticultura periurbana las prácticas productivas más extendidas son la compra y utilización de semillas híbridas, monocultivo de especies, uso de abonos químicos, pesticidas, fungicidas y herbicidas, entre otras, las cuales se conocen como “convencionales”. Si bien registramos estas prácticas en todas las quintas, en algunas de ellas evidenciamos la convivencia con los conocimientos aprendidos en sus lugares de origen.

Seguidamente, desandamos tres ejemplos de esta imbricación: en primer lugar, los conocimientos aprendidos en Bolivia que continúan arraigados en la memoria pero que parecen no tener lugar en la horticultura periurbana -y que podemos considerar como “no convencionales”-; en segundo lugar, algunos cultivos aprendidos en sus lugares de origen que son reproducidos en pequeña escala para venta o consumo propio; en tercer lugar, otros conocimientos campesinos que no realizan en la actualidad pero que podrían ponerse en práctica si las condiciones económicas y productivas fueran más favorables.

Conocimientos y prácticas agrícolas tradicionales y modernas

En primer lugar, podemos mencionar el caso de migrantes entrevistados quienes vivieron desde la niñez a la juventud -durante los años 80- en localidades campesinas del sur de Bolivia donde aprendieron los conocimientos necesarios para desarrollar la agricultura de subsistencia, la cría de animales y la producción de conservas y derivados, tanto para el intercambio como para la venta en mercados campesinos. Las prácticas y saberes productivos más característicos eran la selección y conservación de semillas locales, la asociación de cultivos, la rotación de áreas de cultivo para que la tierra “descansara” y la utilización de abonos orgánicos, entre otras.

N: En el mismo surco intercalan maíz, el poroto, porque el poroto va a guiar en el maíz, intercalan la quínoa, la quínoa se le tira así y nace como “se le canta” (...) Poroto es para consumo, el... la quínoa es para consumo. Amaranto también se siembra para consumo, el trigo es para consumo, arvejas para el consumo, habas algunos siembran habas.

S: Se pone entre medio.

N: claro, entre medio del, del maíz. Los únicos cultivos que están separados son el trigo, el trigo ese se siembra solo, em... en un lugar solo. Algunas arvejas, la papa. Las arvejas y la papa, esos son solitos. Después lo que hacen es rotar. Por ejemplo si en esta parcela éste año sembraron maíz, con todos los chirimbolos, el año que viene ahí siembran trigo. Y donde sembraron trigo, el otro año siembran papa, no sé, así van rotando todos los años (Productoras tarijeñas residentes en Gorina, La Plata, 2014).

La rotación de áreas de cultivo era posible en la forma de producción donde había mayor espacio físico. Se utilizaba esta práctica como forma de cuidar el suelo y la asociación era una forma de beneficiar el desarrollo de los cultivos evitando plagas. En cambio, en la horticultura periurbana se hace un uso muy intensivo del suelo, se intenta sacar el máximo provecho al espacio cultivable porque el precio del alquiler es muy alto y se busca aprovecharlo al máximo. Esto no deja espacio para animales u otros cultivos que no sean demandados por el mercado, como dice un productor de Abasto: “hasta los perros me estorban”. La rotación y asociación son prácticas poco frecuentes en las quintas, predomina el monocultivo y la aplicación de productos químicos. Es decir, la producción hortícola se especializó en pocos cultivos que se hacen de manera separada y con prácticas de manejo estandarizadas que se adaptan a una única forma de producción de hortalizas.

En segundo lugar, algunos de ellos, además de recordar los conocimientos campesinos, siguen desarrollando ciertas prácticas aprendidas en sus lugares de origen en sus quintas actuales del periurbano.

En la localidad de Los Hornos de La Plata fuimos a visitar una quinta con las extensionistas de INTA en el marco de una clase de la Escuela Periurbana de Agroecología. En la última parte, salimos a hacer una recorrida para mostrar los cultivos de dicha quinta. Tenían varios cultivos bajo invernáculo y también algunos “a campo”. Había una parte muy pequeña de la quinta al aire libre cultivada con habas. Me llamó la atención la planta, recordé que había visto esa florcita en los cerros de Bolivia. Después me explicaría una ingeniera que este cultivo se produce en algunas quintas y a pesar de no ser un producto de importancia para la venta, suelen hacerlo como lo hacían en sus

lugares de origen. Cuando las extensionistas la vieron, paramos la recorrida, sacaron una plantita y mostraron que en las raíces había unas bolitas de color rosado y explicaron que aportan nitrógeno al suelo. El productor se puso contento, contó que él sabía que ese cultivo era bueno para el suelo, aunque no podría explicar por qué y que había aprendido a hacerlo en Tarija, Bolivia (Nota de Campo. Los Hornos, La Plata, 2016).

Cada tanto aparece algún cultivo que aprendieron allá, saliéndose de los cultivos más rentables y demandados por el mercado. Tal vez los productores no puedan explicar “a ciencia cierta” las propiedades de ciertos cultivos o prácticas aprendidas pero las realizan para autoconsumo o para la venta en pequeñas cantidades a partir de sus conocimientos latentes de Bolivia. Desde la perspectiva agroecológica, las técnicas evidenciaron esos saberes no convencionales explicando su aporte para el agroecosistema, en una acción que a la vez revaloriza la otredad cultural.

En tercer lugar, ciertos conocimientos campesinos surgieron como potencialmente útiles cuando ante la posibilidad de que fueran rentables. Un productor nos contó que se había enterado -por otros productores- que en San Salvador de Jujuy habían empezado a hacer quinua -un cultivo extendido en Bolivia- para exportar:

Voy a probar [cultivar] unos surquitos [de quinua] allá. Dicen [otros productores de la Asociación] que está dando buen rinde [en Jujuy]. Yo sé hacer quinoa, allá en Bolivia hacían quinoa... había tres variedades: “blanca”, “morada” y “delicada o preciosa”. No sé cuáles habrá acá, pero si en San Salvador crece, que hace calor, acá puede crecer también (se lo ve emprendedor y muestra que recuerda muy bien cómo lo hacía en Bolivia). Y cuesta caro, están exportando... Y ahora en Bolivia también [es] tan exportando quinua. Es verdad dice[n], como ellos van para allá, es verdad, no es mentira. ¡[Es]tan exportando! Así que ahí está la plata (riendo) (Productor chuquisaqueño residente en Abasto, La Plata, 2015).

La lógica mercantil, como parte de la cultura dominante, cala hondo en este sector de la sociedad y un conocimiento puede ser estigmatizado o revalorizado según su utilidad. Es nuestra tarea que se comprendan integralmente y no como elementos separados que puedan ser asimilados por el modelo de producción dominante.

Presentamos estos casos a modo ilustrativo para dar cuenta que los conocimientos aprendidos en la agricultura campesina de Bolivia constituyen al sujeto de la horticultura. Si bien no se manifiestan a primera vista, aparecen cuando indagamos en su pasado, es decir, están ocultos bajo las prácticas convencionales de la horticultura que son las más extendidas.

Consideraciones finales

El modelo productivo extendido en la horticultura periurbana está vinculado a la búsqueda de ganancia y productividad. Esta racionalidad económica caló hondo tanto en los productores como en los consumidores. En el trabajo observamos que dicho modelo no se extendió sin grietas sino que dejó espacios abiertos. Es decir, que si bien la producción hortícola requiere conocimientos y prácticas convencionales, todos los quinteros entrevistados recuerdan los conocimientos y prácticas campesinas de su pasado en Bolivia. Estos no aparecen a primera vista sino cuando indagamos en su pasado y sus trayectorias. Entendemos que dichos conocimientos, que son parte de otra lógica de producción y otra cultura, fueron dejados de lado en el proceso de aprendizaje de las prácticas modernas. Sin embargo, están latentes y aparecen cuando se valoran sus conocimientos, se habilita la palabra y pueden hacer memoria. Se ponen de manifiesto cuando tienen la posibilidad de realizarlo en su quinta o la conciben como una expectativa a futuro.

Los migrantes están ubicados en una posición doblemente excluyente, de desigualdad económica y diferencia cultural (Pizarro, 2011; Ciarallo y Trpin, 2015). Estar atentos a los conocimientos y prácticas no convencionales, generando espacios de diálogo -que superen las relaciones desiguales de poder-, permite evidenciar estos conocimientos "otros". Los cuales nunca aparecen como inmutables, sino que son repensados en el contexto actual y, muchas veces, como funcionales a la cultura dominante.

Sin embargo, sostenemos que los conocimientos campesinos representaron una forma de producir la tierra cuidando a las personas y la naturaleza, por eso ante los límites del modelo actual, pueden representar salidas a los problemas económicos, productivos y ambientales en post de una agricultura más sustentable. Para eso es preciso evidenciarlos, recordarlos junto con los productores.

Finalmente, en esta etapa de políticas recesivas para la agricultura familiar es aún más necesario discutir estas problemáticas y sentar las bases para un cambio social y cultural que reconozca realmente a los sujetos.

Bibliografía

- Arach, O. (2008). Perdido en el campo. Dilemas de un antropólogo en una institución de desarrollo rural. En L. Bartolomé y G. Schiavoni (Comps.), *Desarrollo y estudios rurales en Misiones* (pp.77-94). Buenos Aires, Argentina: CICCUS.
- Basso, P. (2015). El desafío de la inmigración (traducción Juan Del Maso). *Ideas de izquierda* (17) 27-29.
- Benencia, R. (Coord.). (1997). *Área Hortícola Bonaerense. Cambios en la producción y su incidencia en los sectores sociales*. Buenos Aires, Argentina: La Colmena.
- Benencia, R. (2006). Bolivianización de la horticultura en la Argentina. Procesos de migración transnacional y construcción de territorios productivos. En A. Grimson y E. Jelin (Comps.), *Migraciones regionales hacia la Argentina. Diferencia, desigualdad y derechos* (pp. 135-168). Buenos Aires, Argentina: Prometeo.
- Benencia, R. y Quaranta, G. (2009). Familias bolivianas en la actividad hortícola: transformaciones en sus procesos de movilidad. En Benencia, R., Quaranta, G. y Souza Casadinho, J. (Coords.), *Cinturón Hortícola de la ciudad de Buenos Aires. Cambios Sociales y Productivos* (pp. 111-126). Buenos Aires, Argentina: CICCUS.
- Boletín Oficial de la República Argentina. Migraciones. Decreto 70/2017. Modificación Ley 25.871. Buenos Aires, 20/01/2017. Recuperado de http://www.migraciones.gov.ar/pdf_varios/residencias/Decreto_70-2017.pdf
- Castro, A. S. (2016). *Saberes migrantes. Trayectorias de productores bolivianos del periurbano platense* (Tesis de grado). Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación para optar al grado de Licenciada en Sociología. Recuperado de <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1295/te.1295.pdf>
- Chiriguini, M. C. y Mancusi, M. (2008). El etnocentrismo: una clase particular de sociocentrismo. En M. C. Chiriguini (Comp.), *Apertura a la Antropología: alteridad, cultura, naturaleza humana* (pp. 71-83). Buenos Aires, Argentina: Proyecto editorial.
- Ciarallo, A. y Trpin, V. (2015). Familias migrantes hortícolas en el Valle Medio del río Negro. Cruces identitarios en las experiencias de vida y de trabajo. En I. Barelli y P. Dreidemie (Comps.), *Migraciones en la Patagonia: subjetividad, diversidad y territorialización* (pp. 71-87). Viedma, Argentina: Universidad Nacional de Río Negro.
- Criado, S. (2015). El aprendizaje del oficio de horticultor, el acceso a los recursos agro-productivos y la comercialización de productos. Trayectorias laborales y migratorias de los bolivianos en Córdoba. En C. Pizarro (Ed.), *Bolivianos y bolivianas en la vida cotidiana cordobesa. Trabajo. Derechos e identidad en contextos migratorios* (pp. 77-100). Córdoba, Argentina: Editorial de la Universidad Católica de Córdoba.
- García, M. (2012). *Análisis de las transformaciones de la estructura agraria hortícola platense en los últimos 20 años. El rol de los horticultores bolivianos* (Tesis doctoral). Universidad Nacional de La Plata. Recuperado de <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/18122>.
- García, M. (2016). Acerca de la sustentabilidad y racionalidad del modelo productivo hortícola platense. En M. Félix, E. López y M. García (Eds.), *Desarmando el modelo. Desarrollo, conflicto y cambio social tras una década de neodesarrollismo* (pp. 161–172). Buenos Aires: El Colectivo.

- García, M. y Lemmi, S. (2011). Territorios pensados, territorios migrados. Una historia de la formación del territorio hortícola platense. *Párrafos Geográficos*, 10 (1), 245-274. Recuperado de http://igeopat.org/parrafosgeograficos/images/RevistasPG/2011_V10_1/15-13.pdf
- Grimson, A. (2006). Nuevas xenofobias, nuevas políticas étnicas en la Argentina. En A. Grimson y E. Jelin (Comps.), *Migraciones regionales hacia la Argentina. Diferencia, desigualdad y derecho* (pp. 69-97). Buenos Aires, Argentina: Prometeo.
- Guber, R. (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires, Argentina: Norma Editorial.
- Gudynas, E. y Acosta, A. (2011). El buen vivir o la disolución de la idea del progreso. En M. Rojas (Coord.) *La medición del progreso y del bienestar. Propuestas desde América Latina* (pp. 103-110). México: Foro Consultivo Científico y Tecnológico.
- Marasas, M. (Comp.) (2012). *El camino de la transición agroecológica*. Buenos Aires: Ediciones INTA.
- Pizarro, C. (2011). Inmigrantes bolivianos en el sector hortícola: entre la discriminación racializante, la precariedad laboral y la movilidad socio-productiva. En C. Pizarro (Ed.), *"Ser boliviano" en la región metropolitana de la ciudad de Córdoba: localización socio-espacial, mercado de trabajo y relaciones interculturales* (pp. 119-164). Córdoba, Argentina: Editorial de la Universidad Católica de Córdoba.
- Sassen, S. (2007). *Una sociología de la globalización*. Buenos Aires, Argentina: Katz editores.

La huerta comunitaria agroecológica: una experiencia con mujeres hortícolas del sudeste de Entre Ríos

Claudia Curró¹⁷ y Luciana Moltoni¹⁸

Introducción

Era mayo de 2014 cuando llegamos a la huerta de Santa Anita; la ansiedad por la reinserción en el ámbito de extensión y el trabajo en terreno superaba lo tolerable. De la mano de compañeros del ProHuerta nos acercamos a ese grupo de mujeres laboriosas. La fría mañana estaba en sintonía con nuestras resistencias a lo desconocido y las propias del acercamiento a un nuevo objeto de trabajo. Ese fue el primer ingreso al campo, lugar que luego transitamos durante varios años.

En aquel momento el interés estaba orientado en evaluar la viabilidad de diseñar un Proyecto de Apoyo al Desarrollo Local (PADL) con la comunidad. La estrategia era analizar si los diferentes grupos productivos, educativos y sociales estaban abiertos a participar de una experiencia compartida con el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) que tenía como objetivo acompañar el proceso de desarrollo comunitario de la localidad.¹⁹ Paralelamente, parte del equipo de trabajo se interesó en el devenir de una granja comunitaria gestionada por mujeres, lo cual es objeto de las presentes reflexiones.

A partir del relato de esta experiencia de desarrollo, nos proponemos en este ensayo problematizar nuestro trabajo en terreno utilizando algunas nociones propias del abordaje cualitativo y, puntualmente, del método etnográfico. Estas herramientas conceptuales han resultado de utilidad para pensar y pensarnos en nuestro trabajo de extensión e investigación. Asimismo, entendemos que el escrito refleja una experiencia que aporta al conocimiento colectivo de las experiencias regionales.

En primer lugar, presentamos una breve descripción de las particularidades de la localidad de Santa Anita, para luego describir la experiencia de desarrollo en torno al

¹⁷ Extensionista del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), Centro Regional Entre Ríos, Estación Experimental Agropecuaria Concepción del Uruguay, Agencia de Extensión Rural Concepción del Uruguay. curro.claudia@inta.gob.ar

¹⁸ Investigadora del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), Centro de Investigación de Agroindustria, Instituto de Ingeniería Rural. moltoni.luciana@inta.gob.ar

¹⁹ El proyecto de Desarrollo Local trabajó participativamente, siendo sus objetivos delineados conjuntamente con habitantes de la localidad. Los pobladores participaron de diversos talleres en los cuales fue posible identificar el futuro deseado por la comunidad y, en consecuencia, las acciones tendientes a construir ese futuro posible.

proyecto “Huerta del Sol”, anudando algunas reflexiones en torno a nuestro trabajo de campo y la relación con las mujeres trabajadoras de esta experiencia.

La localidad de Santa Anita

Santa Anita es una comunidad conformada por descendientes de inmigrantes de la etnia de los alemanes del Volga. Poseen una historia de penurias y sufrimientos que comienza con la emigración de comunidades de alemanes a Rusia (1760), donde la agricultura se convirtió en su único sustento y, posteriormente, nuevamente la pobreza y las condiciones políticas los obligaron a emigrar. Distintos contingentes fueron arribando a nuestro país, asentándose primero en la provincia de Buenos Aires (1878) y, luego, sobre la costa del río Paraná, repitiendo la lógica de organización de esas pequeñas comunidades agrícolas instaladas a orillas del río Volga. Algunos de los grupos instalados en el oeste de Entre Ríos, fundamentalmente a la vera del río Paraná, se trasladaron a la otra costa de la provincia debido al incremento de chacras en los asentamientos de la zona. Así, de la mano de un sacerdote católico alemán, Enrique Beche, junto a colonos alemanes del Volga, el 14 de julio de 1900 nace Santa Anita (Curró, Falivene, Arrejoria y Moltoni, 2016).

Las familias compraron chacras a cuenta de cosechas futuras y se conformó un centro urbano sobre 100 hectáreas, de las cuales 10 se reservó la iglesia para el desarrollo del centro cívico, compuesto de iglesia, cementerio y escuela, entre otros. A mediados de 1900, la población era de 3500 familias muy numerosas, compuestas por 10 a 12 hijos. Con la sanción de la ley de alquileres que facilitaba los desalojos²⁰ se produjo una sangría casi mortal para la comunidad pues cientos de familias día a día dejaban el pueblo para radicarse especialmente en el oeste del Área Metropolitana de Buenos Aires (Curró *et al.*, 2016).

Cabe señalar que el tren, medio de comunicación relevante de la época, no llegaba a la localidad y los caminos eran prácticamente intransitables, elementos que coadyuvaron a su aislamiento. Recién en 2011 se mejoran y asfaltan los caminos permitiendo que la comunidad se comunique con mayor facilidad. Esto podría explicar la naturaleza de este

²⁰ Esta Ley de alquileres integró el Plan Económico de A. Krieger Vasena quien fuera ministro de Economía entre 1966 y 1969 durante el gobierno de facto de Juan C. Onganía (1966-1970). Este plan apuntaba a la modernización del campo, con regresión social, sin redistribución regresiva y promoviendo la concentración de riqueza (Lázzaro, 2017).

pueblo ordenado, que cuenta con colegio, biblioteca, hospital e infraestructura comercial con alto grado de desarrollo para una pequeña comunidad rural.

Actualmente, el municipio cuenta con una población cercana a los 2.000 habitantes que conserva la tradición de sus raíces en el Volga con una fuerte cultura de trabajo y una marcada influencia de la iglesia católica.

Reflexiones acerca de la experiencia de desarrollo “Huerta del Sol”

Huerta del Sol es un proyecto productivo implementado por el municipio de Santa Anita. La experiencia está orientada a promover la inclusión social de mujeres y contribuir a la seguridad alimentaria, tendiendo en todo el proceso a mejorar la calidad de vida de la comunidad proveyendo de productos frescos e inocuos -hortalizas, frutas y huevos-.

El proyecto se orienta a mujeres solicitantes de subsidios o aportes al municipio, en general fondos para sostener la familia, para afrontar contingencias como problemas de salud o para resolver cuestiones domésticas, como por ejemplo reparaciones o gastos no previstos. A manera de devolución de ese aporte deben incorporarse al trabajo en la huerta y granja. Las mujeres que pueden acceder a la experiencia son aquellas que, como cabeza de familia, no poseen otros ingresos o posibilidades de acceder a otros trabajos.²¹

A tal efecto, mediante un acuerdo de partes vigente desde enero de 2014, el municipio cede en comodato un inmueble ubicado en el Agroparque Municipal a mujeres emprendedoras para que gestionen la producción de una huerta comunitaria. Como contraprestación, este grupo de trabajadoras se compromete a ceder al municipio la producción de plantines de flores y árboles que tienen como destino la ornamentación de espacios públicos. Por su parte, el municipio otorga los insumos básicos y la asistencia técnica, la cual se realiza a través del Proyecto de Apoyo al Desarrollo Local (PADL) del INTA y los programas ProHuerta y Cambio Rural. Precisamente, esta propuesta de trabajo interinstitucional es la que posibilita nuestra entrada al campo.

Aquella fría mañana en el campo entrerriano -en que nos acercamos a estas horticultoras- se fue atemperando por un brillante sol. En el fondo de la huerta se recortaban las figuras

²¹ Esta pequeña localidad no genera oferta laboral para mujeres que no son profesionales o que no cuentan con un oficio, tampoco existen fábricas. En contraposición, los hombres desempleados pueden realizar “changas”, como trabajos en albañilería, o bien ser operarios en granjas avícolas.

de tres jóvenes mujeres quienes desherbaban, regaban y replantaban en largos canteros de hortalizas. Mari, Viviana y Daniela nos dieron una cálida bienvenida. A medida que nos acercábamos podíamos ver sus enormes sonrisas instaladas en rostros avejentados y dañados por el sol. Mari tomó la iniciativa acercándose a nuestro grupo y luego caminamos hacia donde cada una realizaba su tarea.

Al recorrer visualmente el predio se destacaba un tinglado semi abandonado y un poco más cerca dos invernáculos, uno con plantas de tomate que pedían auxilio y el otro usado a manera de administración en donde se ubicaban plantines para reposición y algunos restos de batatas y cebollas, seguramente cosechadas a fines del verano pasado. Se observaba también un tanque de agua de gran presencia que la mirada trataba de evitar y, un poco más lejos, dos baños químicos y una compostera. Una radio colgada en el invernáculo-administración sonaba en soledad. Entonces, observando un poco más allá, se descubría que la huerta funcionaba como bisagra entre un lote de cultivos o praderas y la última calle del pueblo.

La huerta parecía gigante para el trabajo de tres mujeres, en una hectárea y media se distribuía seis o siete tablonces de verduras de hoja, lechuga morada y pensábamos “qué lindo queda el contraste con los distintos tonos de verdes de acelgas y lechugas y cebollas”. Se observaba un poco más allá el balneario municipal y el parador, más lejos el cartel de acceso al Pesque y Pague²². “Esto es el parque agroecológico de Santa Anita”, comenta alguien.

Meses después logramos comprender, o al menos comenzar a considerar, aquel “punto de vista nativo” para el cual aquello que se podría ver como una tarea casi imposible por el esfuerzo físico que implicaba, para ellas era placentero. Lejos de considerar el trabajo de la huerta como un trabajo pesado o rutinario, para las mujeres era una de las mejores labores que podían realizar y así, expresiones del tipo “es linda la huerta porque ves cómo lo que haces va creciendo” abundaron en nuestras notas de campo. De hecho, en conversaciones posteriores con algunas de las mujeres que habían dejado la huerta, recordaban aquel trabajo con mucha nostalgia. Ese ejercicio tomó un tiempo pero claramente es enriquecedor para cualquier experiencia y es

²² El Pesque y Pague de Santa Anita es un proyecto de piscicultura del municipio local destinado a enriquecer la oferta turística local. En estanques ubicados en el predio se crían diversas especies que luego se trasladan a un lago destinado a la pesca. Los visitantes pueden practicar este deporte en el predio, ya sea pescando con devolución o comprando la pieza capturada que se vende al peso.

indispensable tal como remarca Pizarro (2007, p. 15) “experimentar y vivenciar los mundos posibles de nuestros interlocutores”.

En este punto cabe hacer algunas reflexiones sobre aspectos que se presentan como problemáticos para el desarrollo de investigación social desde una institución que se orienta, además, a la intervención.

Acerca del trabajo de investigación de las ciencias sociales, Arach (2008) manifiesta que el abordaje en el marco de una institución orientada al desarrollo rural presenta posiciones diferentes y que no existe un rol específico para técnicos que provienen de las ciencias sociales. Cabe señalar que en nuestro caso no percibimos estos avatares, posiblemente porque el concepto de desarrollo propuesto por la institución ha consolidado en la región equipos transdisciplinarios que complementan las diferentes miradas. Al respecto, Coraggio (2010) manifiesta que en el INTA se están realizando aproximaciones a la complejidad sin reproducir enfoques usuales desde lo agronómico o económico.

Para el abordaje de esta experiencia, y en coincidencia con lo manifestado por Ciarallo (2014), el equipo asumió que los colectivos sociales están cruzados por situaciones conflictivas y donde se ponen en juego relaciones de poder y de desigualdad.

Por otra parte y a modo de contextualizar, se habían detectado en la comunidad transformaciones en las relaciones familiares, que involucran cambios socioculturales, demográficos y de relaciones de género en coincidencia con lo descrito por Salles y Tuirán (1998) y García (1998), algunas de las cuales se expresan a continuación:

- Pérdida del poder patriarcal por la creciente autonomía de los integrantes de la familia.
- Nuevos roles de la pareja conyugal, devenida en núcleo de la vida familiar, y modificación de roles clásicos asignados a cada uno de sus miembros (madre cuidadora, padre proveedor).
- Reducción paulatina del tamaño del grupo familiar. En la localidad de Santa Anita esta situación es muy marcada, donde las familias con 10 a 15 hijos pasaron a ser familias de 2 hijos en promedio.
- Disoluciones conyugales, separaciones y divorcios, que dan cuenta de la pérdida de control estatal o religioso sobre la vida de las parejas.
- Disminución de número de matrimonios en relación a otro tipo de uniones.
- Incremento de familias monoparentales.
- Aumento de familias con mujeres que realizan trabajos extra-hogar.

Asimismo, otro aspecto de significancia a considerar es la denominada “marca institucional” (Arach, 2008) que los técnicos en terreno sobrellevan y la cual refiere a la esperanza y expectativa de la comunidad respecto de la resolución de problemas y situaciones concretas.

En nuestro caso, llevábamos al ingresar al campo el objetivo de conocer la forma de gestión de mujeres de una huerta comunitaria en el marco del proceso de intervención a partir del proyecto de desarrollo local. Es decir, contrariamente al caso que plantea el autor, nosotros -como grupo de extensión e investigación- nos ubicamos en el lugar de la intervención previamente al ingreso al campo a través de diferentes entrevistas con informantes calificados, agentes del INTA y autoridades locales. Luego, en el proceso de elaboración participativa del proyecto, surgió el interés por indagar y profundizar en el trabajo comunitario de mujeres en la huerta agroecológica local.

Al poco tiempo, las mujeres de la huerta también percibieron nuestros objetivos y formaron sus expectativas en consecuencia. Creemos que la “marca institucional”, en este caso la llevamos nosotros antes de que los sujetos formaran sus expectativas y si bien, no la percibimos al inicio en algunos momentos fue detectada e intentamos que no se convirtiera en un obstáculo para el proceso de investigación.

Retomando la descripción de la experiencia, estas mujeres “amas de casa” de un pueblo rural vieron cómo gestionar la huerta abría nuevas puertas para su crecimiento personal. Es notorio lo ávidas que estaban por recibir capacitaciones, intercambiar experiencias con otras huerteras, conformar una feria, producir, vender y gestionar la huerta. El espacio no sólo les brindaba sustento económico sino también la oportunidad de convertirse en sujetos capaces de gestionar su propio destino.

El total de lo producido es propiedad de las trabajadoras que comercializan en la localidad.²³ En el predio de una hectárea se produce, a campo y bajo cubierta, verduras de hoja, hortalizas y huevos. Además cuenta con árboles frutales cuya producción se destina a otro emprendimiento, también de mujeres, que realizan dulces, conservas y encurtidos. La producción de plantines de aromáticas y de flores de estación sumó ingresos y diversificó la venta. Desde 2016 se ha incorporado la cría de gallinas de postura lo que suma un producto proteico para la venta.²⁴ A la comercialización

²³ Como resultado de la comercialización durante el primer año se logró comprar un triciclo motorizado que permite el reparto domiciliario de lo producido.

²⁴ En el período 2016, la producción de papa superó los 120 kg con frutos de muy buena calidad. En tanto que la producción de cebolla superó los 200 kg. En enero de 2016 se cosechó pepino, zapallito de tronco y zapallo anco.

domiciliaria, se agrega la venta en feria promovida por Cambio Rural y la opción de la autocosecha de los compradores, orientada especialmente al turismo rural.

La opción de la autocosecha surge a partir de que estas trabajadoras detectaron numerosos visitantes a la comunidad, se estima que superan los 3.000 por año, en ocasión de fiestas populares o en época estival. Este turismo de retorno se concentra en el parque agroecológico municipal donde está instalada la huerta, predio que cuenta con un balneario y un pesque y pague. En ese marco el PADL, participativamente se definió al Turismo Rural como estrategia de desarrollo local. Se diseñaron diferentes productos turísticos, en el que a pedido de las huerteras se incluyó la autocosecha de productos por parte de los turistas.

Por otra parte, la experiencia puede considerarse inédita y exitosa desde la perspectiva de género. Gestionada y trabajada por mujeres, cuenta con el apoyo del municipio para las tareas de laboreo con maquinaria y trabajo masculino, también con el asesoramiento técnico del INTA y el Ministerio de Agroindustria.

Al considerar las trayectorias de vida de las tres mujeres que trabajan en la huerta cuando iniciamos el trabajo de campo, observamos que si bien son dispares tenían en común el vínculo con Santa Anita. La historia de una de ellas se destaca porque actualmente gestiona exitosamente su propio vivero agroecológico. Si bien no ha nacido en el pueblo, lo que la une a la localidad es la familia de su esposo. Ella nació y se crio en el conurbano bonaerense, donde conoció a su pareja, cuyos padres habían tenido que emigrar del pueblo. Sus orígenes se vinculan con aquellos alemanes del Volga que habían llegado allá por principios del siglo XIX. Si bien la historia marca un éxodo del pueblo, ellos volvieron. Otra de las mujeres tampoco tiene sus orígenes en aquellos primeros inmigrantes, pero sí es nacida y criada en Santa Anita, donde su padre era empleado de una estancia ganadera. No se siente alemana del Volga pero, según nos señalaba, "sabe cómo entenderlos". La tercera como en el caso anterior, nació en Santa Anita y por cuestiones familiares emigró pero luego volvió para establecerse definitivamente.

Luego de unos años de acompañar esta experiencia, hemos observado una alta rotación entre sus integrantes, así como distintos recorridos. Tal es el caso de una de

Y para fines de febrero del mismo año se esperaba cosechar ¼ hectárea de batata. A la producción de huevos se incorporaría la cría de conejos, lo que permitiría diversificar la producción de granja incrementando no sólo los ingresos por lo producido sino también aportar abono orgánico para la conservación del suelo hortícola.

las mujeres quien ya no participa del proyecto luego de haber logrado desarrollar su propio emprendimiento, un vivero agroecológico que provee de plantines hortícolas tanto a la huerta como a distintos horticultores de la zona.

De la misma forma, como otras transformaciones ocurridas desde nuestro primer acercamiento podemos mencionar el cambio de rol del municipio, el cual inicialmente gestó y dio sentido al emprendimiento como una fuente laboral exclusiva para mujeres y, luego, poco a poco se ha ido retirando de la toma de decisiones diarias. Sin embargo, no lo hizo sin antes incorporar el pago de un salario a una de las mujeres de la huerta e involucrar a un operario varón.

Esta mujer a la que hacemos referencia ha permanecido en la huerta por más de tres años y es la responsable de organizar las tareas cotidianas. Además es quien impulsa al grupo a nuevas formas de comercialización, tal como el procesado de productos y demanda constante de actividades de capacitación.

Pensamos que su figura podría ser el eje sobre el cual se sostenga el emprendimiento dada la alta rotación que lo caracteriza²⁵. También nos preguntamos, y haría falta indagarlo puntualmente, si la decisión de “asalarlar” a una de las mujeres ha impactado en las actividades cotidianas y de qué manera.

El otro cambio señalado fue la incorporación de un hombre que se desempeña como operario -a partir de un subsidio del municipio- para realizar tareas que requieren mayor esfuerzo físico. Este aspecto, pensamos, también requeriría ser profundizado en indagaciones futuras para conocer si ha cambiado -y en ese caso, cómo- la dinámica del grupo y de la huerta.

Reflexiones finales

El propósito de este ensayo ha sido describir nuestra experiencia de trabajo de campo en relación con el trabajo de extensión e investigación realizado con un grupo de mujeres, trabajadoras del proyecto “Huerta del Sol” de la localidad de Santa Anita.

En esa línea, algunas herramientas teóricas y metodológicas de la investigación cualitativa nos han permitido visualizar y analizar algunos aspectos a “problematizar”

²⁵ Como fue mencionado, las mujeres realizan el trabajo como contraprestación a préstamos o subsidios que otorga el municipio, por lo que la mayoría de ellas una vez finalizado el período acordado no continúan con las labores.

en el trabajo de campo. Uno de ellos es la relación establecida a partir de la pertenencia institucional. Si bien el proyecto de la huerta fue movilizado desde el municipio, el INTA comenzó a jugar un papel fuerte en el proceso de intervención y en tanto “técnicos/as del INTA” fuimos encuadradas en esta categoría, incluso por nosotras mismas. Al respecto, recuperamos las observaciones que realiza Arach (2008) acerca de la “marca institucional”. El autor se refiere con este término a la expectativa o esperanza que genera en los otros -en este caso el grupo de mujeres- la pertenencia a una institución que se orienta a dar respuesta a problemáticas técnicas o situaciones concretas y la posibilidad que esto obstaculice de algún modo la finalidad de generar conocimiento. Este equipo no percibió que estas mujeres presentaban esas ilusiones, tal vez porque existía un proyecto que cumplía con esas expectativas. Sin embargo, en algunos momentos el equipo sí sintió esta carga -marca institucional- que pudo ser detectada y por tanto, no se convirtió en un obstáculo para el proceso de investigación.

Por otra parte, el trabajo realizado se propuso dar cuenta de una experiencia de mujeres, donde el empoderamiento de las trabajadoras permitió correrse del rol de cuidadoras al de emprendedoras.

En este sentido, desde una perspectiva de género, se sitúa en un amplio campo de indagación donde pueden encontrarse trabajos que aluden a condiciones de equidad, conservación y manejo de recursos naturales así como desarrollo sustentable (Martínez Corona, 2003; Aguilar Revelo, 1996). Por otra parte, también nos parece un punto interesante a señalar que el acompañamiento del Estado en el asesoramiento técnico y de gestión fue realizado por mujeres, lo que nos lleva a reflexionar sobre la posible identificación tanto de las profesionales con las huerteras como el de estas trabajadoras con quienes realizamos el acompañamiento.

Pensamos que reflexionar sobre género significa, de algún modo, promover la redistribución del poder en los ámbitos de acción lo que puede ser altamente movilizador, sobre todo, cuando ello nos lleva a cuestionarnos nuestras propias vidas: nuestro proyecto vital, nuestras relaciones laborales, familiares o de pareja.

Finalmente destacar que esta experiencia nos muestra que no sólo los sujetos construyen sus expectativas en la necesidad de obtener respuestas, sino también que debemos estar alertas acerca de nuestra propia necesidad de “resolver problemas” que puede dejar de lado en algunos casos el punto de vista nativo, marcando la necesidad

de un ejercicio de reflexividad incluso cuando el trabajo mismo que desarrollemos se circunscriba a un proceso de intervención. Tal como señala Guber (2001, p.59), “para detectar los sentidos de la reciprocidad de la relación es necesario que el investigador analice cuidadosamente los términos de la interacción con los informantes y el sentido que estos le dan al encuentro. Estos sentidos, al principio ignorados, se irán aclarando con el transcurso del trabajo de campo”. Este ensayo nos ha permitido, al pensarlo en retrospectiva, poder reflexionar y llevarlo a nuestra práctica actual.

Bibliografía

- Aguilar Revelo, L. (1996). Centroamérica: El reto del desarrollo sostenible con equidad. En M. Velásquez (Coord.), *Género y ambiente en Latinoamérica* (pp. 87-130). Cuernavaca México: CRIM, UNAM.
- Arach, O. (2008). Perdido en el campo. Dilemas de un antropólogo en una institución de desarrollo rural. En L. Bartolomé y G. Schiavoni (Comps.), *Desarrollo y estudios rurales en Misiones* (pp. 77-94). Buenos Aires, Argentina: CICCUS.
- Ciarallo, A. (2014). «Se vamo' a la de dios». *Migración y trabajo en la reproducción social de familias bolivianas hortícolas en el Alto Valle del Río Negro*. Córdoba, Argentina: Centro de Estudios Avanzados.
- Coraggio, José L. (2010). El rol de los técnicos y profesionales en la intervención social. En R. Cittadini, L. Caballero, M. Moricz y F. Mainella (comps.), *Economía Social y Agricultura Familiar: hacia la construcción de nuevos paradigmas de intervención* (pp. 93-100). Buenos Aires, Argentina: Ediciones INTA.
- Curró, C., Falivene, G., Arrejoria, G. y Moltoni L. (2016). Participación y planificación. Un punto de partida para diseñar futuros Sostenibles. *Asociación Argentina de Extensión Rural*. XVIII Jornadas Nacionales de Extensión Rural y X del Mercosur. Recuperado de https://drive.google.com/file/d/0B0E4Si_YfAFHsk1ycGF0WnBSZXM/view
- García, B. (1998). Dinámica familiar, pobreza y calidad de vida: una perspectiva mexicana y latinoamericana. En B. Schmukler (Coord.), *Familias y relaciones de género en transformación. Cambios trascendentales en América Latina y el Caribe* (pp. 53-82) México: The Population Council/Edamex.
- Guber, R. (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Norma Editorial.
- Lázzaro, S. (2017) Reforma agraria y práctica política en el contexto del desarrollo y la modernización, Argentina, 1955-1975. *América Latina en la Historia Económica*, 24, (3), 193-223. Recuperado de: <http://alhe.mora.edu.mx/index.php/ALHE/article/view/834/1359>
- Martínez Corona, B. (2003). Género, sustentabilidad y empoderamiento en proyectos ecoturísticos de mujeres indígenas. *Revista de Estudios de Género. La ventana*, (17), 188-217.
- Pizarro, C. (2007). Negociaciones y sentidos morales e instrumentales de las etnografías. Los casos de dos organizaciones de productores frutihortícolas bolivianos en la Provincia de Buenos Aires. En Actas V Jornadas de Etnografía y Métodos Cualitativos, IDES, Buenos Aires.
- Salles, V. y Tuirán, R. (1998). Cambios demográficos y socioculturales: familias contemporáneas en México. En B. Schmukler (Coord.), *Familias y relaciones de género en transformación. Cambios trascendentales en América Latina y el Caribe* (pp. 86-126). México: The Population Council /Edamex.

Productores agropecuarios del periurbano de Puerto Deseado, Santa Cruz: caracterización y breve análisis de la situación socio-productiva

*Gina L. Lipka*²⁶

Introducción

Después de casi 15 años, en octubre de 2014, se reabrió en la localidad de Puerto Deseado, provincia de Santa Cruz, la Agencia de Extensión Rural (AER) del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA). De esta forma, se daba respuesta a la demanda del sector agropecuario de la zona de contar con asesoramiento y acompañamiento para el desarrollo, mejora e incorporación de tecnologías a los sistemas de producción existentes. Si bien la asistencia técnica de la zona había estado a cargo de agencias cercanas -San Julián y Caleta Olivia-, operativamente se había convertido en una labor dificultosa dadas las extensas distancias y la imposibilidad de brindar asesoramiento permanente en el lugar.

La apertura de la AER se facilitó mediante un convenio de cooperación entre el municipio y el INTA, donde el primero cedía un espacio físico para el funcionamiento de las oficinas y el segundo disponía del equipo técnico para el trabajo de extensión en la zona urbana, periurbana y rural, que abarcó la ciudad de Puerto Deseado, el paraje rural Tellier, la comisión de fomento Jaramillo y Fitz Roy y el paraje rural Tres Cerros.

Tal y como continúa hasta la actualidad, el equipo técnico de la AER se conformó con dos profesionales orientados al desarrollo y fortalecimiento del sector rural ganadero ovino y la atención de las familias radicadas en la zona urbana y periurbana, las cuales se dedican a la producción de animales de granja y, en menor medida, a la horticultura, a procesos agroindustriales o de transformación y al agregado de valor.

La AER Puerto Deseado es relativamente joven en comparación con las unidades de extensión de Santa Cruz, lo que hizo necesario profundizar en la comprensión de este territorio. A principios de 2013, antes de la reapertura de la agencia, se habían

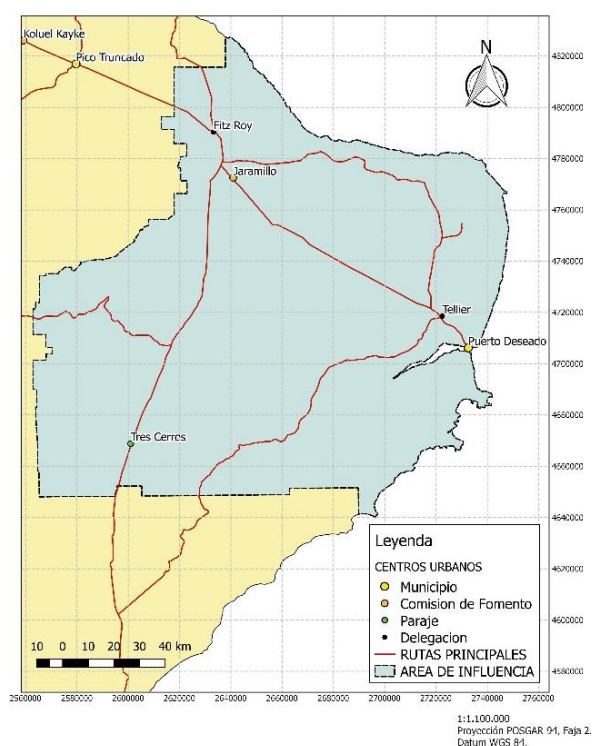
²⁶ Extensionista del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), Centro Regional Patagonia Sur, EEA Santa Cruz, AER Puerto Deseado. lipka.gina@inta.gob.ar

desarrollado en la zona norte y sur de la provincia, distintas instancias participativas (talleres diagnósticos) a partir de las cuales se elaboraron los Proyectos Regionales con Enfoque Territorial (PRET) que proporcionaron la directriz para las líneas de acción emprendidas por los equipos técnicos.²⁷

Este trabajo centra su interés en las actividades hortícolas desarrolladas en el área periurbana de Puerto Deseado y Tellier, paraje rural cercano a la ciudad. En primer lugar, se realiza una contextualización del área para luego describir a los productores familiares que aquí se encuentran. Esto da lugar al planteo de algunas problemáticas y desafíos en relación con la práctica de extensión en el INTA y la agricultura familiar en la zona de influencia de la AER Puerto Deseado (Figura 1).

Para ello se cuenta con la información generada desde la AER, observación y trabajo de campo, como también datos relevados por el Registro Nacional de la Agricultura Familiar (ReNAF) en la localidad en 2016 y 2017.

Figura 1. Área de influencia AER Puerto Deseado.



Fuente: EEA Santa Cruz, INTA

²⁷ Los PRET fueron en sentido figurado un gran “paraguas” donde se enmarcaron actividades de relevamientos de información de productores y la formulación de proyectos de desarrollo del Programa para Productores Familiares (PROFAM) realizados en 2015 y 2016.

Contextualización del área de estudio

Puerto Deseado es una localidad costera, ubicada en la zona noreste de la provincia de Santa Cruz, que alberga una población de aproximadamente 16.000 habitantes según el último Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda (CNPHyV 2010). Los mismos son descendientes de pueblos nativos (mapuches) y de migrantes de origen europeo (mayormente españoles e italianos) que se asentaron a principios del siglo XX. Por otra parte, en las últimas décadas se registra el asentamiento de familias bolivianas así como de trabajadores y familias provenientes, fundamentalmente, de provincias del litoral, norte y cuyo argentino.

Este fenómeno demográfico ha sido producto de la atracción generada por el desarrollo de diversas actividades económicas y productivas. Hacia finales del siglo XIX y principios del XX -a raíz de la política de exploración y ocupación forzosa del territorio sureño promovida por el gobierno de Nicolás Avellaneda y, posteriormente, por el de Julio A. Roca- se produjo el asentamiento de una colonia pastoril de unas 20 familias de origen español e italiano dedicados a la actividad ganadera ovina, creando las condiciones para la fundación de la colonia y su posterior desarrollo a partir de la producción ovina (Lopes, 2012). El auge del modelo agroexportador y, en ese contexto la extensión de las líneas ferroviarias hacia principios del 1900 (Bogetti y Lopes, 2009), sumado a la creación hacia finales de la década de 1920 del puerto mercante y pesquero de la localidad, atrajo la radicación de familias de origen yugoslavo principalmente, griegos, sirio-libaneses, polacos, rusos y portugueses, entre otros (Lopes, 2012). Hacia mediados de la década de 1980, los beneficios impositivos portuarios -reembolso de impuestos por despacho a través de puertos patagónicos- impulsaron la actividad de pesca con procesamiento en fresco en la localidad, atrayendo una importante cantidad de población procedente de la zona litoral del país así como familias de origen boliviano. Los primeros se han empleado fundamentalmente en la estiva o la navegación en altamar, en tanto que las mujeres de origen boliviano tienen mayor presencia en las plantas de procesado en fresco.

La década de 1970 marcó en la zona norte de la provincia un nuevo periodo caracterizado por el desarrollo de actividades de tipo extractivas, las cuales cobraron primacía frente a la actividad ganadera, que había entrado en declive. Posteriormente, en 2010, se establece en la zona rural cercana a Puerto Deseado el campamento minero de extracción de oro y plata perteneciente al proyecto Cerro Moro de la

empresa Yamana Gold. Esta actividad extractiva junto a otras presentes en la zona norte de la provincia como San Julián, Perito Moreno, Jaramillo, ha generado la atracción de población procedente de la región de cuyo.

Asimismo, se desarrollaron en la zona diversas actividades complementarias como la producción agrícola y el desarrollo de forrajes para el ganado, que se emplazaron inicialmente en el paraje rural Tellier, situado a 20 km de la localidad de Puerto Deseado.

El paraje Tellier se establece en la década de 1920 como consecuencia del desarrollo del tren de carga del Ferrocarril Patagónico que uniría a Puerto Deseado con la zona del lago Nahuel Huapi (provincias de Río Negro y Neuquén). Este poblado, como otros, surgió del devenir del modelo agroexportador argentino, contando en sus inicios con 21 chacras, 2 establecimientos rurales con ganado ovino y 1 núcleo de población pionero organizado en ocho manzanas. Según algunos registros provistos por los primeros pobladores el paraje se inició a raíz de contar con disponibilidad de agua subterránea y tierra apta para diversos cultivos hortícolas (Proyecto Tellier, 1996). Asimismo, dados los requerimientos de agua para la construcción del ferrocarril -y la escasez de este recurso en la zona urbana de Puerto Deseado-, la dirección de obra optó por establecer el punto de abastecimiento en Tellier.

El cierre en 1978 de la estafeta y de “la estación ferroviaria del 20” -como se la conoce en la comuna- marcó el inicio del declive del paraje. Algunas chacras continuaron sosteniendo su producción hasta la década de 1990, sin embargo, la conjunción de diversos factores (envejecimiento de la población rural, políticas de desregulación estatal del comercio nacional, llegada de camiones refrigerados procedentes del norte del país con productos y precios competitivos) impactaron directamente en el desarrollo y sostenimiento de las chacras. Según relatos de productores, en el transcurso de esos años muchas de estas chacras -productoras de hortalizas, huevos, conservas y dulces- pasaron de ser granjas abastecedoras a chacras de autoconsumo generadoras de excedentes y, en algunos casos, dejaron de producir.

Continuando con el devenir histórico, y como se ha mencionado, hacia principios de la década de 1990 la población de Puerto Deseado registra una significativa variación poblacional. El número de habitantes se incrementa un 43% frente a un crecimiento de 16% y 7% en las décadas de 1960 y de 1970 respectivamente (CNPHyV 2010).

Este crecimiento poblacional trajo aparejado el desplazamiento de los límites del área urbana hacia la zona noreste donde se localizaban emprendimientos familiares con producción destinada a autoabastecimiento de animales de granja. Dada la necesidad de retirar del ejido urbano este tipo de producción y ante la demanda de los productores afectados, el gobierno municipal asignó lotes para la radicación de estos emprendimientos a 5 km de la ciudad, en lo que se denomina “zona de chacras periurbana” de Puerto Deseado y que ocupa una superficie de 500 ha aproximadamente.

A partir de datos relevados por el RENAF y entrevistas realizadas a los productores de la zona de chacras podemos dar cuenta de sus características, así como de los procesos históricos que configuraron el territorio. En este sentido, encontramos que la mayoría de las titularidades de los lotes de fines de la década de 1980 se encuentran en manos de personas con experiencia en actividades agropecuarias o que han crecido en estancias rurales, quienes se dedican fundamentalmente a la cría y recría de animales de granja como cerdos, aves ponedoras o criollas y conejos, destinados fundamentalmente al autoconsumo familiar y, en un bajo porcentaje, a la comercialización. La horticultura se encuentra limitada por la escasez o falta de acceso al agua.

Los primeros registros de ocupación de lotes datan del año 1987 (municipalidad de Puerto Deseado, 2004) en tanto que los últimos asentamientos se dan en 2016 y 2017 según datos relevados por el RENAF. En la actualidad la zona se encuentra constituida por 80 establecimientos aproximadamente, de los cuales 52 cuentan con producción agropecuaria.²⁸ En el transcurso de los años, el tamaño de las chacras ha disminuido, pasando de 4 ha a 1 ha o 1/2 ha, advirtiéndose que no hay chacras con producción en la totalidad de su superficie.

Por otra parte, sólo 10% de las familias residen en estas unidades productivas, mientras que el 90% restante vive en la zona urbana dado que, al no contar con servicios básicos (gas y agua), optan por alquilar viviendas en la ciudad y trasladarse diariamente a las chacras.

En su mayoría se trata de familias ampliadas, con hijos en edad de cursar estudios secundarios o universitarios por lo que muchos de ellos residen fuera de la localidad. Excepcionalmente los titulares de las chacras son jubilados. Cada unidad

²⁸ De este total de unidades productivas, 33 fueron registrados y acreditados en el ReNAF entre 2015, 2016 y principios de 2017.

productiva cuenta con un grupo familiar que en promedio está constituido por cuatro o cinco integrantes, de los cuales por lo menos dos adultos se dedican a producir en la misma. Eventualmente encontramos mujeres al frente de la actividad, pero en la mayoría de los casos (81%) hay algún varón como responsable de la producción (de forma total o parcial).²⁹

Por otra parte, en la zona de Tellier, donde se registraba el mayor número de chacras con producción hortícola comercial hasta la década de 1990, solo quedan estructuras obsoletas o abandonadas de galpones de acopio, molinos, tanques australianos, corrales o invernaderos. Eventualmente, se advierten algunas situaciones en la que los propietarios que aún residen en sus chacras, sostienen una proporción de lo producido destinado al autoconsumo.

Algunas problematizaciones identificadas desde la agencia de extensión rural sobre la agricultura familiar

A partir de la información recabada, se ha identificado que los productores familiares agropecuarios de Tellier y de la zona de chacras de Puerto Deseado presentan características similares respecto de la composición de los ingresos familiares.

En ese sentido, se ha constatado que los ingresos prediales no son significativos en relación a la totalidad de los ingresos percibidos. Parte de los ingresos prediales se destinan a la compra de insumos o mejoras de infraestructura de los establecimientos pero eventualmente se requiere de los ingresos extra prediales para el sostenimiento de la producción.

A pesar de ello, se rescata la persistencia de estos sujetos en el desarrollo de emprendimientos, adquisición de animales, compra de alimentos balanceado, mejoramiento de las instalaciones, entre otros aspectos. Según datos del RENAF, al menos 50% de los Núcleos de Agricultura Familiar (NAF) declararon comercializar más del 55% de la producción generada en el último año.

Las limitaciones para el desarrollo de la producción de la zona de chacras obedecen a diversos factores. Entre ellos, se pueden mencionar la falta de inversión en infraestructura y tecnología si enfocamos en el productor, así como otros aspectos

²⁹ De 52 chacras registradas, 9 tienen como titular a mujeres, 9 son administradas por matrimonios, 20 por un varón y 14 por dos productores varones.

ligados a la inaccesibilidad de bienes y servicios públicos como el suministro de agua (para consumo humano, animal o para riego) y de gas, o la inexistencia de un servicio de matadero público habilitado para la faena de animales, condición insoslayable para la venta al público ya sea en comercios de la zona o en espacios alternativos como ferias o mercados solidarios.

Desde el equipo técnico de la agencia de extensión identificamos tres aspectos o problemáticas principales que se nos presentan como desafío a nuestra tarea. En primera instancia, las chacras dan cuenta de un incremento sostenido de los planteles avícolas y de las pjaras. Estas actividades que tenían como objetivo el autoabastecimiento familiar, en los últimos 15 años cobraron tales dimensiones que, en algunos casos, estas unidades pasaron a definirse como “criaderos porcinos”. Así, se pusieron de relieve situaciones en las que eran necesarias ciertas mejoras sobre el manejo productivo, sanitario, económico y ambiental de los establecimientos. En este sentido, debido al cambio en la escala inicial y el destino de la producción es que comienzan a visualizarse algunos inconvenientes relacionados por ejemplo con: los gastos de producción -ligados fundamentalmente con la alimentación-, el tipo de genética utilizada, el impacto de estas dos variables sobre el índice de conversión energética, el manejo sanitario de los animales en el caso de las producciones de animales de granja -dado que hasta el momento muchas prácticas de cría se realizaban en el marco del ámbito doméstico para el autoconsumo-, entre otras. En esta línea, se desprenden otras problemáticas como la faena informal de los animales, la dificultad de los procesos de habilitación por los entes responsables para la colocación en el mercado local de un producto saneado y la falta de disponibilidad de una infraestructura productiva adecuada a los estándares de producción proyectados para el desarrollo del emprendimiento.

En segundo lugar, notamos con preocupación la ausencia de una planificación estratégica a nivel local que incluya una proyección de la producción agropecuaria. El crecimiento de las ciudades desplazó a la actividad agropecuaria provocando su corrimiento hacia la intersección del espacio entre el campo y la ciudad, denominadas “zonas periurbanas”.

Según se ha podido evaluar desde las agencias de extensión del norte de Santa Cruz, los municipios han desplazado las zonas de chacras hacia tierras con escasa disponibilidad de agua, así como baja permeabilidad y capacidad de retención de los

suelos. No existe una visión integral o estratégica respecto de la protección de la producción local, lo que constituye un escenario desalentador para la agricultura familiar de la zona.

La chacra representa no solo una alternativa o medio de transformación de las condiciones materiales de reproducción, sino también un medio de resistencias, que expone el sueño de la vida que no fue en el campo; representa la posibilidad de crear la autonomía frente al gran empresario extranjero que detenta el control de los medios de producción y el manejo de los recursos naturales de la zona, en este sentido, es también propuesta a la emancipación. Al decir de Ciarallo y Trpin (2015):

...el dominio de fuentes de reproducción social como la tierra, o la correlación entre los valores auto atribuidos a un grupo social y las condiciones de posibilidad que ofrece un ambiente local para su reproducción, suscitan, por oposición, la construcción de identidades territoriales de resistencia. Este tipo de identidades es movilizado por grupos que, conscientes de la situación de desigualdad en la cual están inmersos, pasan a hacer referencia al territorio como fuente de significado (p. 5).

Esta problemática trasciende lo local y regional. En este sentido, cabe mencionar la importancia de la sanción de la Ley Nacional N° 27.118 "Reparación histórica de la agricultura familiar para la construcción de una nueva ruralidad en la Argentina", la cual aportó elementos para el reconocimiento e identidad de la Agricultura Familiar como sujeto de derechos, encuadrando programas y proyectos destinados a la atención de este modo de producir. Se han generado avances considerables en término de articulaciones interinstitucionales y sectoriales en cuanto a la generación de programas de incentivo, desarrollo de normativas, fortalecimiento de espacios alternativos de comercialización, entre otros. Sin embargo, persiste la falta de una planificación integral, que se traduzca en intervenciones tendientes a lograr la integración de los sistemas de producción familiares al circuito comercial regional de bienes y servicios.

La situación agropecuaria argentina de las últimas décadas se construye sobre facciones que contraponen realidades económicas, comerciales, sociales y políticas divergentes. Por un lado, el sector de los agronegocios es propietario de la mayor fracción de tierras ubicadas en zonas productivas y fértiles del territorio, con la

participación más amplia sobre los beneficios económicos procedentes del mercado exportador de bienes primarios. Por otro lado, el sector denominado “pequeña agricultura” o agricultura familiar integra a campesinos, movimientos de pueblos originarios, medieros, colonos, productores de autoconsumo, chacareros, artesanos y manualeros, entre otros, que no tienen participación en la venta exterior de materias primas, pero son productores de alimentos para el mercado interno, o el autoabastecimiento familiar o comunitario. Este segundo actor, construirá históricamente su papel dentro de la estructura social agraria del país como corolario de la sobrevivencia al avance de los procesos agroindustriales que buscan la rentabilidad del campo, a partir de la maximización de los resultados obtenidos mediante la explotación de los recursos naturales, capitalizados de forma privada (Alemany, 2014). Mediados por el desarrollo tecnológico y la incorporación de las divisas extranjeras como parámetro de crecimiento (Alemany, 2014), el sector de los pequeños productores de la agricultura familiar se orientó a la sobrevivencia. La reconfiguración productiva del territorio en relación a la simplificación y homogenización de los agroecosistemas (Elverdín *et al.*, 2005) y la desregulación de los mercados, llevaron a una reducción del número de unidades productivas, pérdida de autonomía, desprotección, exclusión y desigualdad respecto de la participación en el mercado.

En tercer lugar y, relacionado a lo anterior, pensamos que debemos fortalecer e intensificar el trabajo sobre la organización de la agricultura familiar como estrategia para la construcción de espacios de diálogos y negociación con el Estado, a fin de ampliar oportunidades que tiendan a su desarrollo y permanencia en la zona.

En este sentido, se observan distintas modalidades de organización del sector de la agricultura familiar: asociaciones, grupos de hecho, grupos productivos, sociedades, cooperativas agrícolas, sindicatos, consorcios, entre otras. En 2015, un informe de la entonces Secretaría de Agricultura Familiar daba cuenta de la presencia de 53 Organizaciones de la Agricultura Familiar en Santa Cruz y que la mayor parte (67%) se encontraba en la zona norte de la provincia. Estas organizaciones han tenido una creciente participación en ámbitos de discusión para la formulación y/o implementación de políticas públicas.

Las visiones neoclásicas, que determinaron las formas de la estructura social agraria, y con ello las prácticas en la extensión rural de la década de 1990, que arremetían contra la regulación estatal mediando la actividad del mercado, y presumían de

tecnicismos asociados con la mensura de la sociedad (Stewart, 1998), "borrando" el carácter relacional de las prácticas de producción y reproducción humana, han dado expresa cuenta de las contradicciones que alberga. Los mercados no se regulan ni funcionan con libertad, ni pueden ser comprendidos de forma aislada de las relaciones de asociación y reciprocidad (como mecanismos socio reguladores) que los originan (Benencia y Quaranta, 2009).

En este sentido, el extensionista se enfrenta a la realidad mediado por múltiples determinaciones, objetivas y subjetivas como, por ejemplo "lugar de origen, acervo ideocultural, status económico, creencias religiosas, ideas políticas, aspectos psicosociales, etc." (Oliva, 2003, p. 63), que interactúan y dan lugar a miradas, conocimientos y posiciones políticas diversas respecto a las maneras de entender los problemas de intervención y/o de investigación. Por lo tanto, las dinámicas del mercado, del Estado y de la sociedad, resultan de prácticas intencionadas, fundadas en enfoques éticos y políticos determinados.

El conocimiento que funda la intervención de los extensionistas es un conocimiento situado, construido de manera compleja, histórica, relacional y espacial, que brinda al profesional herramientas operativas para descifrar la realidad y clarificar su trabajo en términos ontológicos. Tanto la intervención como la construcción de conocimientos no se encuentran ajenas a los procesos sociales; el extensionista no se aproxima al análisis de los hechos sin algún tipo de habilidad, conocimiento previo o destrezas, construidos en términos históricos, como parte de sus "recursos profesionales". Lo mismo corre para los sujetos de sus intervenciones o de sus investigaciones.

Consideraciones finales

En este trabajo hemos reseñado los orígenes y cambios ocurridos en las zonas de producción agropecuaria intermedias entre el campo y la ciudad a partir del desarrollo y predominio de distintas actividades económicas a lo largo de la historia de esta zona patagónica.

El paraje rural Tellier, se constituyó en punto de abastecimiento hortícola y forrajero para el pueblo de Puerto Deseado y las estancias cercanas, en un contexto histórico caracterizado por el auge del ferrocarril y la actividad ganadera ovina. Sin embargo, hacia la década de 1990, el despoblamiento del campo y la competencia con los productos fruti-hortícolas refrigerados, procedentes del norte del país, desalentaron la producción agrícola.

Por otra parte, la denominada “zona de chacras de Puerto Deseado”, de origen más reciente que Tellier, es producto del crecimiento urbano de mediados de la década de 1980, que desplazó progresivamente la producción agropecuaria, configurando la zona periurbana de la localidad. A pesar de la baja calidad agrícola del suelo y la baja disponibilidad de agua, el asentamiento sobre este espacio físico significó una oportunidad laboral y productiva para la agricultura familiar de la zona. Como señalan Ciarallo y Trpin (2015): “...ese territorio va adquiriendo una identidad específica que permite ser reconocida por “los otros” (p. 17).

Frente a esta situación urge como institución ligada al desarrollo tecnológico orientada a la promoción de lo productivo con visión territorial, repensar las prácticas de extensión en relación a modelos complejos de ordenamiento estratégico de los territorios. Si bien, como se mencionaba en los párrafos anteriores, la agricultura familiar ha construido subjetividades y por lo tanto es reconocida por “los otros”, no ha sido prioritaria en los procesos locales de organización territorial.

Aun cuando se logra visualizar cierto potencial del sector -dado por el incremento en los volúmenes de producción y las iniciativas por mejorar infraestructuras existentes e introducir innovaciones tecnológicas-, las políticas públicas no abordan su situación desde una mirada compleja e histórica. Por el contrario, la tendencia es la atención individualizada y segmentada de las necesidades de la producción familiar, quedando postergada respecto de otras actividades primarias desarrolladas en la región.

Pero para complejizar aún más los desafíos abiertos, al repensar las prácticas de extensión podemos situarnos en otro plano y reflexionar acerca de quiénes son los sujetos que integran la “agricultura familiar”. Esto nos lleva a problematizar esta categoría que se presenta en la política pública como universal, homogénea y, como señala Trpin (2016), en lugar de ello una mirada etnográfica ayuda a pensar la diversidad desde las experiencias de los sujetos, con sus historias, sus trayectorias y sus territorialidades.

Bibliografía

- Alemany, C. (2014). *Los cambios de la extensión del INTA y su relación con los paradigmas del desarrollo*. Río Negro, Argentina: Ediciones INTA.
- Benencia, R. y Quaranta, G. (2009). Familias bolivianas en la actividad hortícola: transformaciones en sus procesos de movilidad. En R. Benencia, G. Quaranta y J. Souza Casadinho (Coords.), *Cinturón*

- Hortícola de la ciudad de Buenos Aires. Cambios Sociales y Productivos* (pp. 111-126). Buenos Aires, Argentina: CICCUS.
- Bogetti, R. y Lopes, M. S. (2009). *Relevamiento turístico de la comarca atlántica del río Deseado*. Editorial Dunken S.R.L. (editores independientes) Bs. As.
- Ciarallo, A. y Trpin, V. (2015). Familias migrantes hortícolas en el Valle Medio del río Negro. Cruces identitarios en las experiencias de vida y de trabajo. En I. Barelli y P. Dreidemie (Comps.), *Migraciones en la Patagonia: subjetividad, diversidad y territorialización* (pp. 71-87). Argentina, Viedma: Universidad Nacional de Río Negro.
- Elverdin J., Catalano, J. Cardozo, F.; Ramilo, D.; Tito, G.; Cittadini, R. Videla, F. (2005), La Pequeña Agricultura Familiar en Argentina: Problemas, oportunidades y líneas de acción. Centro de Investigación y Desarrollo Tecnológico de la Pequeña Agricultura Familiar del INTA. Recuperado de: <http://agro.unc.edu.ar/~extrural/Elverdin.pdf>
- Lopes, M. S. (2012). *El campo deseado y su gente*. Argentina. Ediciones culturales El Orden. Puerto Deseado.
- Municipalidad de Puerto Deseado (2004). Mensura, Unificación y División sobre bienes de la Fracción "A" de los Lotes 25 y 26 de la Colonia Puerto Deseado, Zona de Chacras Puerto Deseado. Secretaria de Planeamiento Urbano.
- Proyecto Tellier (1996). *Tus Pioneros, tus anécdotas: Tellier, tus proyectos y anhelos*. Documento de circulación local. Tellier.
- Oliva, A. (2003). *Los recursos en la intervención profesional del Trabajo Social*. Grupo de Investigación y Acción Social (GlyAS). Tandil.
- Stewart, F. (1998), La insuficiencia crónica del ajuste. En E. Bustelo y A. Minujin (Ed.) *Todos entran. Propuesta para sociedades incluyentes*. Buenos Aires: UNICEF-Santillana.
- Trpin, V. (2016), Problematización teórica y metodológica de la construcción de los sujetos objetos de estudio o de intervención en espacios rurales: los/as bolivianos/as en la horticultura. En *Taller Sujetos sociales en la horticultura Abordajes teórico metodológicos*. Neuquén, 16 y 17 de agosto de 2016.

Configuración socio productiva de un territorio hortícola. El caso de Guaymallén, provincia de Mendoza

Daniela Mathey³⁰ y Mariana Pereyra³¹

Introducción

El presente trabajo forma parte de un estudio más amplio orientado a indagar en las transformaciones productivas y cambios sociales del departamento Guaymallén ubicado en el denominado cinturón verde de la ciudad de Mendoza.³²

La imagen existente al iniciar el estudio daba cuenta de un área de producción hortícola en fresco, destinada tanto al mercado local como de exportación, y una estructura dominada por la pequeña producción basada en mano de obra familiar.

Sin embargo, al comenzar el trabajo de campo encontramos que la vitivinicultura y olivicultura llevada a cabo por los denominados productores “criollos”, descendientes de migrantes europeos, fueron las actividades con mayor importancia en la zona por casi cien años, hasta que las sucesivas crisis de estos sectores llevaron al progresivo abandono y cambio en la orientación productiva. Las primeras indagaciones daban cuenta que en muchos casos son los mismos actores quienes -como estrategia productiva- reconvirtieron a la horticultura diversificando su producción y, al mismo tiempo, que el proceso de migración de población boliviana caracteriza la construcción de este territorio hortícola. De esta manera, su configuración es similar a la referenciada en otros cinturones hortícolas de distintas ciudades del país como Buenos Aires, La Plata, Río Negro y Córdoba.

Nos preguntamos entonces ¿cómo se fue configurando históricamente el área productiva de Guaymallén? y, especialmente, ¿cómo se fue construyendo este territorio hortícola a partir de los vínculos entre población (migración), trabajo y producción?

³⁰ Investigadora del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), Centro Regional Mendoza San Juan, Estación Experimental Agropecuaria Mendoza. mathey.daniela@inta.gob.ar

³¹ Docente de la Universidad Nacional de Cuyo (UNCuyo), Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. marianamza1986@gmail.com

³² El estudio titulado “Caracterización de los productores hortícolas en la interfaz rural-urbana”, se enmarcaba en los proyectos del INTA “Contribución al desarrollo sostenible del cinturón verde de Mendoza” (MZASJ-1251102) y Sujetos sociales agrarios en procesos de Transformación territorial (PNSEPT-1129022), finalizados 30/06/2018.

Partimos de la noción de territorio como un espacio socialmente construido “a partir del uso y apropiación de los recursos naturales, donde se generan procesos productivos, sociales, culturales y políticos” (Albaladejo, 2004 citado en Alemany *et al.*, 2014, p. 35). No sólo contempla el espacio físico sino la materialización de las actividades humanas en el mismo, y en este sentido, como marcan diferentes visiones de la geografía crítica, el territorio es concebido como un espacio compuesto y constituido por relaciones sociales -y no como algo externo a la sociedad- y, por ende, atravesado por relaciones de poder y conflicto (Altschuler, 2013). En esta dirección, entendiendo al territorio como manifestación espacial de relaciones sociales -como señala C. Raffestin-, sus límites pueden ser “de fácil delimitación (evidentes), o no explícitos (no manifiestos), y posee como referencial el lugar; es decir, el espacio de la vivencia, de la convivencia, de la copresencia de cada persona” (Schneider y Peyré Tartaruga, 2006, p. 84-85).

Asimismo, como camino para su comprensión retomamos el planteo de M. Santos (1986) acerca del espacio quien sostiene que “el análisis histórico es el soporte indispensable para la comprensión de su génesis”, aclarando que no se trata de un fin en sí mismo sino de un medio, “un recurso para definir el presente en vías de realizarse (el presente ya completado pertenece al dominio del pasado), permitiendo penetrar el *proceso* y, mediante él, la aprensión de las tendencias que pueden permitir vislumbrar el futuro y sus líneas de fuerza” (párr. 75).

En este trabajo nos proponemos describir cómo se configuró el territorio hortícola de Guaymallén, en perspectiva histórica. Para ello nos basamos en una revisión documental y de fuentes secundarias -censos nacionales agropecuarios y de población-, ilustrando los procesos descritos a partir de narraciones de trayectorias productivas y laborales de productores y entrevistas a informantes calificados, referentes de asociaciones e instituciones conocedores de la zona.

Guaymallén como territorio hortícola

El departamento Guaymallén forma parte del Área Metropolitana de Mendoza. Es uno de los más pequeños de la provincia con 164 km²y, al mismo tiempo, el más poblado con 283.803 habitantes, cuya residencia es principalmente urbana (93%) según la definición del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC) reflejada en el último censo de población (CNPhyV 2010).

Sin embargo, este departamento es uno de los más representativos del denominado cinturón verde -19% de la superficie provincial de este tipo de cultivos (Van den Bosch y Bocco, 2016)-, en el que se destaca un conjunto de producciones diversificadas para consumo en fresco y destinadas al mercado local, regional y en algunos casos de exportación a otras provincias. De hecho, allí se encuentran los dos principales mercados de hortalizas, el Mercado Cooperativo de Guaymallén y el Mercado Cooperativo Acceso Este³³.

Respecto de su orientación productiva, además de hortalizas que corresponde a la mayor parte de la superficie (41%), presenta viñedos (24%), olivares (14%) y frutales (10%), según datos del CNA 2008 procesados por Van den Bosch y Bocco (2016). Asimismo, la producción se concentra espacialmente en los distritos de Los Corralitos y, principalmente, La Primavera - Kilómetro 8; los que en su conjunto dan cuenta de más del 80% de las explotaciones agropecuarias (EAPs) y casi el 70% de superficie implantada del departamento (CNA 2008).

Como parte del cinturón verde -el cual abarca zonas productivas de Guaymallén, Maipú y Lavalle- muestra transformaciones de la estructura productiva y social entre 1988 y 2008, entre las que se destacan: reducción de la superficie cultivada y mayor especialización en horticultura, disminución de las EAPs y aumento de la superficie media -lo que da cuenta de un proceso de concentración- así como la persistencia de unidades de tipo familiar (Van den Bosch y Bocco, 2016; Van den Bosch y Ruggeri, 2014). Sin embargo, estas dinámicas se manifiestan de distinta manera en los territorios. La expansión urbana se observa en las zonas próximas al área metropolitana y, simultáneamente, se produce la extensión e intensificación de la producción hortícola en áreas más alejadas, es decir, un “corrimiento” del Cinturón Verde.

En este sentido, se observa en Guaymallén una disminución de casi 50% de las EAPs y 15% de la superficie cultivada en el periodo intercensal 1988-2008, pero con distinto impacto en los territorios. En Los Corralitos, más próximo a la ciudad de Mendoza, se produce una importante disminución de EAPs (-53%) y superficie (-28%) mientras que, en Kilómetro 8 y La Primavera se mantienen relativamente, disminuye 1% de la superficie y 17% de las EAPs (CNA 1988; CNA 2002).

³³ Su perfil agroalimentario está dado además por la localización de industrias y servicios ligados a la producción agropecuaria -empacadoras, lavaderos de hortalizas, secaderos- y agroindustrias. La zona cuenta con buena accesibilidad dada su cercanía a la ciudad de Mendoza y la conexión a dos rutas nacionales (RN7 y RN40).

Cabe destacar que esta zona cuenta con suelos fértiles, red de riego y agua subterránea de surgente lo que garantiza una provisión hídrica adecuada para el desarrollo de actividades agropecuarias. La producción es extensiva principalmente y de bajo nivel de mecanización -siendo usual observar labores realizadas con tracción a sangre- y tiene lugar en unidades de pequeña escala, requiriendo el uso intensivo de mano de obra. De hecho, la estructura agraria de la principal área agrícola muestra un predominio de EAPs de pequeña escala, el 80% de las unidades tiene hasta 5 ha y el 90% hasta 10 ha (CNA 2008).

Procesos históricos y narrativas

A modo de breve reseña histórica, los antecedentes encontrados señalan que los primeros pobladores de Guaymallén eran nómades cazadores de guanacos y ñandúes y que, luego, el pueblo Huarpe desarrolla la agricultura particularmente en el Valle de Guentata (Bárcena, 1996). En esta zona, conocida actualmente como Pedro Molina, el Capitán español Pedro del Castillo funda la ciudad de Mendoza en 1561.

En la época colonial, la tracción económica estaba dada por el comercio con Chile y posteriormente con el litoral, lo que sitúa al departamento como paso obligado en el camino hacia la capital del virreinato primero y de la república después. Esto dio lugar al establecimiento de postas y asentamientos cuyas características ambientales, productivas y sociales han cambiado a lo largo del tiempo³⁴.

Respecto de la situación ambiental, el área objeto de nuestro estudio estuvo ocupada hasta comienzos del siglo XX por un amplio sistema palustre y lacustre, la ciénaga de Bermejo, la cual abarcaba también los departamentos Lavalle y Maipú. Esta ciénaga ha sufrido fluctuaciones (aumento y disminución de su extensión) hasta su desecación hacia la década de 1930 tanto por razones ambientales como antrópicas especialmente (Prieto, Abraham y Dussel, 2008; Prieto, Rojas, Castrillejo y Hernández, 2012).³⁵

Los modelos económicos vigentes a lo largo de la historia fueron traduciéndose en cambios en la estructura socio-productiva. La orientación hacia el cultivo de alfalfa en

³⁴ Así, los nombres de los distritos responden a este proceso. Los Corralitos se caracterizó por ser una zona cenagosa con pastizales naturales que resultaban ideales para la crianza de ganado. Por otro lado, La Primavera es así denominada por la fertilidad de las tierras y su abundante vegetación mientras que la zona de Kilómetro 8 por su ubicación en el ramal del Ferrocarril San Martín (Kueter y Kueter, 2008).

³⁵ No obstante, zonas más deprimidas como La Primavera o Kilómetro 8, requieren del drenaje constante del agua que brota espontáneamente durante el invierno y años de abundantes nevadas en cordillera mediante acequias o "sangrías" (Prieto *et al.*, 2008; Prieto *et al.*, 2012).

base al modelo de ganadería comercial iniciado en la época colonial fue variando hacia un crecimiento de superficie implantada con frutales, olivares y viñedos debido, entre varias causas, a las limitaciones de importaciones de Chile el cual era el principal destino de la ganadería en pie. Luego, hacia finales del siglo XIX la vitivinicultura comienza a crecer transformándose en el modelo socioproductivo hegemónico. Hasta la década del 1970-1980 se centraba en la producción de variedades de alto rendimiento pero de baja calidad enológica (“uvas criollas”) destinadas a la elaboración de vinos indiferenciados (“vinos de mesa o comunes”) para el mercado interno principalmente, fundándose en una gran cantidad de unidades pequeñas y medianas y en mano de obra intensiva, en donde el régimen de contratistas (o productores primarios independientes) era predominante (Aspiazu y Basualdo, 2001; Altschuler y Collado, 2013; Neiman, 2003; Richard Jorba, 2000). Con la crisis del modelo productivista a fines de 1970 y durante 1980 -denominado “modelo tradicional” o “vitivinicultura centenaria” dada su duración- comienza el viraje en la orientación productiva del territorio agrícola de Guaymallén hacia una especialización hortícola.

El proceso de construcción del espacio social y productivo: siglos XX y XXI

El modelo de producción agroindustrial basado en la vitivinicultura se inicia en Mendoza hacia fines de siglo XIX. La reconversión tuvo su origen en la acumulación de capital de la burguesía local mediante la actividad ganadera y contó con expresas políticas del Estado provincial (Altschuler 2016, Neiman, 2013). Asimismo, Prieto *et al.* (2012) señalan un conjunto de condiciones entre 1870 y 1890 que dan como resultado “la hegemonía del monocultivo de la vid”: el tendido de líneas férreas, la afluencia de inmigrantes, la introducción de modernas tecnologías industriales y agrícolas así como la sistematización del riego y su concreción en nuevos canales y acequias. En este sentido, los autores destacan que la expansión de la red de riego permitió la incorporación de nuevas tierras a la producción agropecuaria, particularmente la implantación de viñedos, sin el abandono de los terrenos con alfalfa y otros cultivos o actividades pecuarias.

En este sentido, Guaymallén no fue ajeno a estos procesos. A partir de fines del siglo XIX, con la llegada del ferrocarril a la provincia, el departamento comienza a poblarse de inmigrantes, en su mayoría italianos pero también franceses y españoles, favorecido por su cercanía a la ciudad de Mendoza (Acordinaro, 1996). Así, a

principios del siglo XX el departamento se destacó por la producción de uva³⁶. El Censo Nacional Agropecuario de 1908 lo describe como una de las principales zonas de producción viñatera (CNA 1908, p. 238, 416) -orientación que se acentúa en la década de 1910 y 1920 (7.600 ha)- seguida de la producción de alfalfa (1.264 ha), cultivos de maíz (449 ha) y papas (336 ha). Por otro lado, en estos años también se desarrolla la industria tampera (Kueter y Kueter, 2008), mientras que aquellas que agregaban valor a la producciones vitivinícolas, frutihortícolas y olivícolas se instalan a finales del siglo XIX y principios del siglo XX.

Algunos testimonios de los productores entrevistados dan cuenta de estos procesos:

Mi abuela es francesa, mi abuela por parte de mi papá [menciona los apellidos de origen francés de sus abuelos paternos] (...) Los primeros viñedos que se sembraron acá, acá en esta finca eran en 1921 (...) porque compraron acá y no estaba todo limpiecito... Contaba mi papá que con animales, no habían tractores así que ha sido un trabajo digamos duro de la gente antigua. El último viñedo se puso en el 1945 o sea del '21 al '45 sembraron. Los olivos que hay, se sembraron más o menos en la década del '40 al '50 también (Productor de La Primavera, 60 años, 14 marzo 2018).

Mi padre nació en Italia y se vino con... Mi abuelo los trajo y él era el más chico (...) Ya te digo mi padre acá hizo... aró, plantó viñas y bueno muchos años pero unos sacrificios. Vino acá, se lo dieron por adelanto primero [Refiriéndose a la forma en que accedió a la tierra]. Después yo le dije una vez "papá ¿por qué invertiste la poca plata que tenías?", porque el año antes habían cosechado, eran contratistas, estaban ahí cerquita por Jamaica y sacó unos mangos y bueno le salió esta oportunidad (Productor de La Primavera, 80 años, 14 marzo 2018).

Continuando con el relato histórico, el Censo Nacional Agropecuario de 1937 muestra a Mendoza en cuarto lugar como productora de legumbres y hortalizas (14.855 ha) - después de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba-, cultivos que también eran significativos en el municipio (CNA 1937, p. 42). Sin embargo, el principal lugar a nivel nacional estaba dado por la superficie de vid y olivos, ocupando Guaymallén un lugar destacado.

³⁶ La importancia material y simbólica de la vitivinicultura se manifiesta, por ejemplo, en el escudo del departamento, adoptado oficialmente en 1895. Según da cuenta el sitio web del municipio, está formado por dos flechas entrelazadas a una rama de vid, simbolizando el origen indígena y la riqueza agrícola, además de cinco plumas que representan a los príncipes huarpes que recibieron al fundador de la ciudad de Mendoza.

Las distintas fases del desarrollo del complejo vitivinícola y su cíclico comportamiento-reflejadas en gran medida en los relatos de los entrevistados- tienen como punto de inflexión las décadas de 1980 y 1990 donde se produce “una significativa reconversión de la industria, al mismo tiempo que se registra una acentuada desregulación económica que, al igual que en el resto de la economía, potencia el papel de los sectores empresarios más significativos y concentrados de la dinámica sectorial” (Aspiazu y Basualdo, 2001, p. 10). Así, la reestructuración del sector, enmarcada en procesos de transformación y globalización de las industrias agroalimentarias y los mercados a nivel mundial (Altschuler, 2016; Bocco, 2007; Neiman, 2003), tuvo como principales características: un importante ingreso de empresas de capital internacional, produciendo un proceso de extranjerización y concentración en los sectores industrial y primario; la introducción de innovaciones tecnológicas centradas en estándares de “calidad” a nivel de fincas y bodegas y mayores controles sobre el proceso de trabajo; la reorientación de la producción hacia vinos de alta calidad destinados a mercados segmentados y diferenciados, principalmente, del exterior; y una creciente integración vertical con un aumento de tensiones entre sector industrial y primario especialmente dada por los precios pagados por las bodegas a los productores y elaboradores bajo sistema de maquila (Altschuler y Collado, 2013).

Cabe destacar que estos procesos impactan de forma desigual en los territorios. Si bien ambos modelos -productivista y calidad- coexisten en los oasis de Mendoza, en algunos territorios se verifica el predominio de uno sobre otro, lo que ha dado lugar no solamente a desigualdades socioeconómicas sino también al establecimiento de jerarquías, de fronteras sociales y simbólicas a partir de la (re) instalación de la dicotomía moderno-tradicional que se identifica con la calidad y la cantidad respectivamente (Altschuler, 2016). En este sentido, Guaymallén se encuentra entre los territorios periféricos o subordinados desde la reconfiguración del sector en relación a las denominadas “Primera zona vitivinícola” y “Valle de Uco”.

Asimismo, los actores sociales ubicados en los sectores más débiles de la cadena agroindustrial resultaron los más afectados. En el sector industrial, se produjo la desaparición de cooperativas y bodegas -cuyos edificios abandonados forman parte del paisaje del departamento- mientras que en el sector primario, los pequeños y medianos productores siguieron distintas trayectorias. Aquellos que reconvirtieron se encuentran en distintas situaciones del denominado proceso de descomposición social tendiente hacia la

capitalización o la dependencia laboral. En muchos casos, la mayor subordinación al sector del capital concentrado, endeudamiento y descapitalización, condujo a la desaparición de estos sujetos como productores a partir de la venta o arriendo de la tierra.³⁷

Al dar cuenta de sus trayectorias laborales, los productores señalaban entre sus estrategias, la reconversión a la horticultura o la diversificación productiva:

Debe hacer 35 años más o menos, así que calculá el '80, en el '82, más o menos, en la década del '80 ponele para no escaparle, yo erradico todo (...) Y bueno de ahí en más qué se hizo eso, que erradiqué y que empecé con esa siembra, empecé con chacra y vas así a los tumbos. Y es todo un tema la chacra realmente (...) Vos acá no podías ni cosechar la uva porque la gente no quería ni cosecharlas y en las bodegas vos ibas con Malbec y te miraban mal, tenías que llevar uva mezcla, kilos... Entonces, yo me daba cuenta que para vivir las dos familias no alcanzaba entonces era un drama con mi papá, era el tema que él no quería erradicar los viñedos. No ha sido fácil (Productor de La Primavera, 60 años, 14 marzo 2018).

[En referencia a la especialización hortícola de la zona] Bueno, empezó unos años que no valía el vino, como ahora la aceituna, si ahora el año pasado y el otro año pasado se han arrancado cientos de hectáreas de aceitunas (...) ¿Por qué la arranca? porque no vale pues, entonces una chacra hace... esto se plantó ponele a fines de diciembre y ya estás cosechando, y vos una planta de aceitunas necesitas cuatro años pa cosechar y que haces en cuatro años ¿de dónde sacás? Y la viña este año pasa lo mismo, hubieron dos o tres años que a la uva no la querían porque cuando no vale, no vale y tuvieron que... la arrancan y hacen chacras... cada vez hay más pues (Productor de La Primavera, 80 años, 14 marzo 2018).

De esta manera, las narraciones dan cuenta de las tendencias observadas en los censos agropecuarios. La evolución de la superficie implantada según los principales sistemas productivos muestra notables diferencias entre 1988 y 2008, entre la que se

³⁷ Asimismo, estas transformaciones impactaron en los trabajadores del sector vitivinícola, industrias y fincas, siendo estos últimos los más vulnerables. Al respecto, Altschuler (2016) sintetiza: "el nuevo escenario implica menor nivel general de empleo, disminución del empleo permanente, mayor demanda de trabajadores calificados y niveles crecientes de tercerización y externalización de la fuerza de trabajo rural. Como consecuencia, se verifica una mayor flexibilización, precarización, diferenciación y segmentación de la mano de obra" (p.253).

destaca una abrupta caída de la superficie de vid, explicada por un significativo descenso de uvas comunes al igual que ocurrió en toda la provincia y un mantenimiento de la superficie de olivo, al mismo tiempo del ya señalado aumento de superficie de cultivos hortícolas del cinturón verde (Van den Bosch y Bocco, 2016)³⁸.

La participación de familias bolivianas en la configuración del territorio hortícola

Paralelamente al proceso de crisis y cambio del modelo tradicional vitivinícola, la participación de la inmigración boliviana es, al igual que en otros sitios de la Argentina, lo que permite dar cuenta en Guaymallén de la construcción de un territorio hortícola.³⁹

A partir de mediados del siglo XX, Guaymallén fue receptor de distintas oleadas migratorias provenientes de Bolivia. Según señala Casanello (2014), a medida que las posibilidades económicas de las provincias del norte de Argentina comenzaban a declinar, el lugar elegido por los inmigrantes bolivianos fue la provincia de Mendoza donde se instalan sobre todo como mano de obra rural estacional. Asimismo, Moreno y Martínez Espínola (2016) destacan que la construcción de un nuevo ramal ferroviario que unió al norte argentino y Bolivia con la provincia de Mendoza fue un aspecto a tener en cuenta por los inmigrantes que encontraron una vía rápida para su traslado. Sabemos, en base al CNPHyV 2010, que del total de personas nacidas en Bolivia que viven en la provincia de Mendoza: 47% llegó antes de 1991; 18% de 1991 a 2001 y 35% desde 2001 a 2010.

En la actualidad, los migrantes bolivianos residentes en Mendoza se han constituido en la primera minoría de extranjeros; 41,5% de las personas nacidas en el extranjero son de este país (CNPHyV 2010). Esto sucede también en Guaymallén, incluso con un peso mayor al provincial, 48% (Tabla 1)⁴⁰.

³⁸ Entre 1988 y 2008, el sistema vitícola pasó de 1800 ha a cerca de 850 ha, el sistema olivícola de 200 ha a 300 ha, y las hortalizas de cinturón verde pasaron de 800 a más de 1000 ha (Van den Bosch y Bocco, 2016, p. 48). Asimismo, entre 2008 y 2017, los datos del Instituto Nacional de Vitivinicultura (INV) -especialmente solicitados para este trabajo- muestran para la zona de estudio una disminución de la superficie de vid: de 259,1 ha a 125,2 ha en Los Corralitos y de 38,5 ha a 32,3 ha en el área Kilometro 8 y La Primavera.

³⁹ Tal es el caso del Alto Valle de río Negro, donde Ana Ciarallo (2014) señala que el dinamismo de la horticultura a partir de la década de 1990 se produce a partir de "dos elementos que derivan de las condiciones que impone la etapa actual del capitalismo global: el proceso de descapitalización del segmento de productores frutícolas familiares y el creciente proceso de asentamiento de familias bolivianas en los valles del río Negro" (p. 97).

⁴⁰ La población nacida en otro país (14.303 personas) representa el 5% de la población de Guaymallén; sin embargo, la proporción aumenta en el área hortícola del departamento de estudio: 6% en Los Corralitos, 12% en La Primavera y 12% en Kilómetro 8 (CNPHyV 2010).

Tabla 1. Población total nacida en el extranjero por lugar de nacimiento. Guaymallén

Lugar de nacimiento	Población nacida en el extranjero	
	Total	%
Bolivia	6.851	48
Chile	3.230	23
Perú	1.558	11
Brasil	107	1
Paraguay	83	1
Uruguay	108	1
Resto de América	726	5
Resto del mundo	1640	10
Total	14.303	100

Fuente: Elaboración propia en base a datos del CNPhyV 2010

Estas tendencias estuvieron presente en las narraciones de productores/as así como de informantes de la zona, quienes además, dan cuenta del denominado proceso de “bolivianización de la horticultura” y señalan la movilidad social que los sitúa en muchos casos como propietarios de la tierra.

Y hace más de treinta años cada uno [Refiriéndose a la llegada de sus padres y suegros desde Bolivia] (...) como antes el cambio de moneda era más beneficioso, ellos vinieron acá y hacían changas y luego se volvían allá a sus tierras pero después se acostumbraron acá, les gustó acá la zona, el clima, todo y se quedaron acá. Mis padres, igual que mi suegro también vinieron acá por esos mismos motivos, de diferentes formas tal vez y también se adaptaron. Al estar mucho tiempo acá se acostumbraron y los chicos ya cuando crecen, los hijos tienen escuela acá. Ya no volvieron más a Bolivia (Productora, Los Corralitos, 34 años, 6 de agosto 2018).

Antes venía el puntano y el sanjuanino a la cosecha de uva y aceituna, después llegó el boliviano, en el año 70 más o menos. Y después algunos españoles les empezaron a dar chacra a medias y empezaron a quedarse, ya no se volvían. Y después se inició una inmigración de bolivianos hacia acá, pero fue a consecuencia también que ellos allá estaban muy mal, muy mal (...) En una época ellos mandaban dólares para allá. El cambio les convenía y después empezaron a invertir acá, a hacer casas, comprar tierras y ya cambió la situación (Inspector de cauce de la zona y productor, 67 años, 20 de marzo 2018).

Desde hace 15 años, que notamos más una presencia “ah mira este tiene finca”, “ah mira este es el dueño”. Ellos ya no son los “empleados de” o los golondrinas, sino que ellos ahora están casi en un nivel parejo porque ellos en su capacidad laboral, con su capacidad de ahorro que tienen que es enorme, lograron equipararse (Funcionaria municipal, hija de productores, 58, 20 de marzo 2018).

En base a un estudio acerca de la construcción del territorio hortícola del Valle Medio de Río Negro, Ciarallo y Trpin (2015) plantean que un determinado territorio va adquiriendo una identidad específica que permite ser reconocida por “los otros” a partir de la combinación de elementos como la apropiación de un espacio físico, la construcción de un territorio productivo y laboral así como el uso que los migrantes le dan al mismo.

A modo de cierre y para ilustrar lo señalado por las autoras, notamos la presencia de un “nosotros” y un “ellos” en las entrevistas realizadas, que en el caso de los productores “criollos” dan cuenta de la temática de la construcción de la alteridad en nuestro país, puntualmente de migrantes limítrofes. En sus discursos aparecen alusiones a la intensidad del trabajo aun en condiciones rigurosas y a un sentido moral de su conducta como aspectos positivos por los cuales son aceptados o elegidos como medieros o arrendatarios. Pero también se registraron expresiones discriminatorias y xenófobas en narraciones de productores criollos quienes se perciben en desventaja sobre aspectos comerciales y disponibilidad de mano de obra.⁴¹

Diferentes estudios sobre movilidades territoriales dan cuenta de la presencia de estereotipos acerca de los migrantes así como la generalización, en ciertos momentos, de apreciaciones y prejuicios que alertan sobre supuestas oleadas masivas. Estas últimas -rápidamente desarmadas al ser contrastadas con datos sociodemográficos que muestran la baja incidencia de la población migrante con relación a la población total o el aporte económico que realizan versus las erogaciones del Estado- suelen ser utilizadas políticamente en momentos de crisis frente a problemáticas de desocupación, criminalidad, entre otras convirtiendo a los migrantes en “chivos expiatorios” (Cerrutti, 2018; Grimson, 2006). Si bien la información empírica derriba rápidamente los mitos y prejuicios, no deja de ser notable cómo aparecen estas fronteras y jerarquías sociales

⁴¹ De hecho, estas son dos de las principales características atribuidas a las familias y trabajadores/as bolivianos: su importancia creciente en los circuitos de comercialización y la forma de organización del trabajo basada en la maximización de la fuerza de trabajo del productor, su grupo familiar y el trabajo colectivo de base campesina (Ciarallo, 2014).

como parte del sentido común, lo cual es documentado también en distintos estudios realizados en el país (por ejemplo, Benencia y Quaranta, 2009; Pizarro, 2011).

Reflexiones finales: territorialidades pasadas, presentes, futuras

En este trabajo hemos realizado un recorrido histórico sobre la configuración del área productiva de Guaymallén, en particular la zona que hoy mantiene un perfil agropecuario como son los distritos de Kilómetro 8, La Primavera y, en menor medida, Los Corralitos.

La revisión documental y entrevistas realizadas nos ha permitido dar cuenta cómo ha ido cambiando su estructura productiva y social, cuando en el imaginario de muchos de los técnicos e informantes -e incluso para nosotras mismas al iniciar el estudio- la naturaleza de este territorio aparecía como hortícola y dominada por la “pequeña producción” como categoría genérica. En este sentido, al observar la existencia de distintas trayectorias y experiencias de los productores, aparece la complejidad de este espacio donde se produce la construcción de distintas territorialidades por parte de los sujetos.

Si bien el departamento presenta desde sus orígenes una diversidad de cultivos, el territorio se ha ido delineando en función de distintas actividades productivas hegemónicas a lo largo de su historia. Particularmente acerca de la construcción del territorio hortícola, se observan similitudes respecto de otras áreas del país, en particular respecto del caso del Alto Valle de río Negro, una economía regional en una zona con características agroecológicas similares a Mendoza: valle irrigado de zonas áridas. La reestructuración productiva -vid en Mendoza, frutas de carozo y pepita en Río Negro- y, en consecuencia, las diferentes situaciones de las pequeñas y medianas unidades productivas -reconversión, diversificación productiva, abandono, venta- fueron condiciones comunes para el inicio de la horticultura, al igual que la migración de familias y trabajadores/as de origen boliviano.

En este sentido estas primeras reflexiones acerca del caso nos han llevado a situarlo como parte de procesos globales, tal como la reestructuración de los sistemas agroalimentarios. Retomando a Santos (1986):

“...no se puede hacer una interpretación válida de los sistemas locales desde la escala local. Los eventos a escala mundial, sean los de hoy o los de antaño, contribuyen más al entendimiento de los subespacios que

los fenómenos locales. Estos últimos no son más que el resultado, directo o indirecto, de fuerzas cuya gestación ocurre a distancia. Esto no impide, no obstante, que los subespacios estén dotados también de una relativa autonomía, que procede del peso de la inercia, es decir, de las fuerzas producidas o articuladas localmente, aunque sea como resultado de influencias externas, activas en períodos precedentes” (párr. 78).

En esta dirección, entre los principales interrogantes sobre el devenir de este territorio se encuentra el curso que tome el proceso de expansión urbana, lo cual genera incertidumbre acerca del futuro de la producción agroindustrial. La urbanización -y la transformación de las condiciones de la organización urbana y de la vida urbana misma- es señalada como una de las tendencias de la fase actual del capitalismo dominado por el capital financiero (Santos, 1986; Harvey, 2008).

Los relatos de informantes y productores dan cuenta de la intensificación de este proceso en los últimos años en el departamento donde el uso residencial (asentamientos, barrios generados por el Estado y, particularmente, barrios cerrados) así como actividades terciarias ocupan el suelo agrícola de calidad donde se desarrollaban actividades agropecuarias, las cuales son desplazadas a otras zonas o sencillamente desaparecen.

En la provincia de Mendoza se ha sancionado la Ley de Ordenamiento Territorial y Usos del Suelo en 2009, y actualmente los municipios están trabajando en su reglamentación, la cual debe entrar en vigencia en 2019. La forma o grado en que esta política pública influya en la configuración o reconfiguración del territorio hortícola será cuestión a verse, particularmente ante la imagen que presentan diagnósticos como el elaborado por el BID y gobiernos nacional, provincial y locales que componen el Área Metropolitana de Mendoza, donde en 2050 se presenta como escenario futuro tendencial el uso urbano de la totalidad del departamento de Guaymallén.

Bibliografía

- Acordinaro (1996). Historia. Guaymallén, Historia y Perspectivas. Aportes para el estudio de *un departamento del Gran Mendoza, en el centenario de la fundación de Villa Nueva. Colección Departamentos de la Provincia de Mendoza*. Mendoza, UNO, mayo 1996.
- Aleman, C.; Bravo, G.; Cabrini, S.; Dumrauf, S.; Elverdin, J.; Ghezan, G.; Ledesma, S.; Morandi, J.; Patrouilleau, M.; Patrouilleau, R.; Preda, G.; Saavedra, M. (2014), *Programa Nacional para el Desarrollo y la Sustentabilidad*

- de los Territorios: documento base y estructura organizativa*. Elverdin, J.; Ledesma, S.; Zain El Din, E.; Cittadini, E. (Ed.). Buenos Aires, Argentina: Ediciones INTA.
- Altschuler, B. (2016). Desigualdades y Fronteras Sociales en la Configuración de la Vitivinicultura Mendocina. Tesis para obtener el grado de Doctor en Ciencias Sociales. Doctorado en Ciencias Sociales, IDES/Universidad Nacional de General Sarmiento, Argentina.
- Altschuler, B. (2013). Territorio y desarrollo: aportes de la geografía y otras disciplinas para repensarlos. *Theomai* (27-28), 64-79.
- Altschuler, B. y Collado, P. (2013). Transformaciones en la vitivinicultura mendocina en las últimas décadas: el doble filo de la "estrategia cooperativa". *Voces en el Fénix* (27), 76-83.
- Azpiazu, D. y Basualdo, E. (2001) El complejo vitivinícola argentino en los noventa: potencialidades y restricciones. En publicación: El Complejo Vitivinícola Argentino en los Noventa: Potencialidades y Restricciones. Azpiazu, Daniel; Basualdo, Eduardo FLACSO, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sede Argentina.
- Bárcena, R. (1996). Prehistoria. *Guaymallén, Historia y Perspectivas. Aportes para el estudio de un departamento del Gran Mendoza, en el centenario de la fundación de Villa Nueva*. Colección Departamentos de la Provincia de Mendoza. Mendoza, UNO, mayo 1996, pp 7-28.
- Benencia, R. y Quaranta, G. (2009). Mercados de trabajo en la horticultura del cinturón verde de la Ciudad de Buenos Aires. En R. Benencia, G. Quaranta, J. Souza Casadinho (Comp.) *Cinturón Hortícola de la Ciudad de Buenos Aires. Cambios sociales y productivos* (pp. 85-110). Buenos Aires, Argentina: CICCUS.
- BID, Gobierno Nacional, Gobierno de Mendoza, UNICIPIO (2018). Área Metropolitana de Mendoza sostenible. Hacia un desarrollo sostenible del territorio Recuperado de <http://www.unicipio.mendoza.gov.ar/wp-content/uploads/sites/32/2018/05/Plan-de-Acci%C3%B3n-UNICIPIO-Mendoza-Sostenible.pdf>
- Bocco, A. (2007), Transformaciones sociales y espaciales en la vitivinicultura mendocina. En M. Radonich y N. Steimbregger (Comp.) *Reestructuraciones sociales en cadenas alimentarias* (pp. 111-143), Cuaderno GESA 6, Buenos Aires, Argentina: La Colmena.
- Cassanello, C. A. (2014). Historia reciente de los inmigrantes bolivianos en la Argentina, 1970-2000. Trayectorias migrantes, redes sociales y transnacionalidad (Tesis doctoral). Universidad Nacional de Quilmes, Argentina.
- Cerrutti, M. (2018), Migrantes y migraciones: nuevas tendencias y dinámicas. En J. I. Piovani y A. Salvia (Comp.) *La argentina en el siglo XXI. Cómo somos, vivimos y convivimos en una sociedad desigual. Encuesta Nacional sobre la Estructura Social* (pp. 443-465). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Ciarallo, A. (2014) *Se vamo a la de Dios: migración y trabajo en la reproducción social de familias bolivianas hortícolas en el Alto Valle del Río Negro*. Córdoba: Editorial del Centro de Estudios Avanzados, pp267.
- Ciarallo, A. y Trpin, V. (2015). Familias migrantes hortícolas en el Valle Medio del río Negro. Cruces identitarios en las experiencias de vida y de trabajo. En Barelli, I. y Dreidemie, P. (Comp.) *Migraciones en la Patagonia: subjetividad, diversidad y territorialización* (pp. 71-87). Viedma, Argentina: Universidad Nacional de Río Negro.
- Grimson, A. (2006). Nuevas xenofobias, nuevas políticas étnicas en la Argentina. En A. Grimson y E. Jelin (Comp.), *Migraciones regionales hacia la Argentina. Diferencias, desigualdades y derechos* (pp. 69-97). Buenos Aires, Argentina: Prometeo Libros.
- Harvey, D. (2008). El derecho a la ciudad. *New Left Review* (53), 23-39.
- Kueter E. y Kueter C. A. (2008). Guaymallén. Punto de encuentro y proyección. Mendoza. Edición del autor.
- Moreno, M. S. y Martínez Espínola, M. V. (2016). *Si Somos Americanos*, 16(2), 73-99.
- Neiman, G. (2003), La calidad como articulador de un nuevo espacio productivo y de organización del trabajo en la vitivinicultura mendocina. En M. Bendini, S. Cavalcanti, Murmis, M y Tsakoumagkos, P. (Comp.) *El campo en la sociología actual* (pp 291-314). Buenos Aires, Argentina: La Colmena.

- Pizarro, C. (2011). Inmigrantes bolivianos en el sector hortícola: entre la discriminación racializante, la precariedad laboral y la movilidad socio-productiva. En C. Pizarro (Ed.), *“Ser boliviano” en la región metropolitana de la ciudad de Córdoba: localización socio-espacial, mercado de trabajo y relaciones interculturales* (pp. 119-164). Córdoba, Argentina: Editorial de la Universidad Católica de Córdoba.
- Prieto, M. R.; Rojas, Facundo; Castrillejo, T. y Hernández; F. (2012). Procesos ambientales y construcción del territorio a partir de un estudio de caso: la ciénaga del Bermejo, oasis Norte de Mendoza, 1810-1930. *Revista de Historia Americana y Argentina*, 47 (2), 175-207.
- Prieto, M.R; Abraham, E. y Dussel, P. (2008). Transformaciones de un ecosistema palustre. La gran ciénaga del Bermejo - Mendoza, siglos XVIII Y XIX. *Multequina* (17), 147-164.
- Richard Jorba, R. (2000). Modelos vitivinícolas en Mendoza (Argentina): Desarrollo y transformaciones en un período secular, 1870-2000. *Historia económica & historia de empresas*, 3 (1), 111-148.
- Santos, M. (1986). Espacio y método. *Geo Crítica. Cuadernos críticos de geografía urbana*, (65), 5-53. Recuperado de <http://www.ub.edu/geocrit/geo65.htm>
- Schneider, S. y Peyré Tartaruga, I. G. (2006), Territorio y enfoque territorial: de las referencias cognitivas a los aportes aplicados al análisis de los procesos sociales rurales. En M. Manzanal; G. Neiman y M. Lattuada (Comp.), *Desarrollo rural. Organizaciones, instituciones y territorios* (pp. 71-102), Buenos Aires, Argentina: CICCUS.
- Van den Bosch, M.E. y Bocco A. (2016). Dinámica intercensal de los sistemas de producción agropecuarios de la provincia de Mendoza. Mendoza, Argentina: Ediciones INTA.
- Van den Bosch, M.E. y Ruggeri, A. (2014). Cinturón Verde de Mendoza. Análisis de la Dinámica Intercensal de las explotaciones agropecuarias. En XLV Reunión anual de la Asociación Argentina de Economía Agraria y IV Congreso Regional de Economía Agraria. Buenos Aires.

Fuentes de información

- CNPHyV 2010. Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. Argentina
- CNA 2008. Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. Argentina
- CNA 1908. Tomo II, Segunda Parte. [Censos Productivos] Recuperado de http://deie.mendoza.gov.ar/backend/uploads/files/2016-09-14%2015:17:11_1908%20Censo%20Agropecuario%20-%20Tomo%202%20-%20da%20parte.pdf
- CNA 1937. Tomo I, Primera Parte. [Censos Productivos]. Recuperado de http://www.deie.mendoza.gov.ar/backend/uploads/files/2016-09-15%2019:27:45_1937%20Tomo%201%20-%20Agricultura%20-%201ra%20parte.pdf
- CNA 1988. Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. Argentina.

Horticultura en el Valle de Uco, una aproximación a los sujetos sociales hortícolas

*María Noelia Salatino*⁴²

Introducción

En los últimos 30 años la estructura económica y social de Mendoza se ha transformado significativamente, estos cambios deben comprenderse como consecuencia de tres escalas interrelacionadas, provincial, nacional y global. La escala provincial estuvo signada por la crisis del denominado modelo vitivinícola “centenario”; la nacional, caracterizada por la apertura y desregulación económica de los años 90 (proceso iniciado en la dictadura militar y profundizado por la administración menemista) y la global, determinada por los cambios en las formas de producción, las mutaciones registradas en los sistemas agroalimentarios, la segmentación de los mercados y el predominio de los agentes transnacionales (Altschuler y Collado, 2013; Collado, 2006; Mateu y Stein, 2008; Perelli y Salatino, 2016; Richard Jorba, 2006).

Estas transformaciones no se desplegaron de la misma manera en toda la provincia sino que repercutieron sobre el territorio de forma diferenciada. A las históricas contradicciones entre las zonas de oasis (zonas irrigadas) y el resto del territorio compuesto por tierras secas no irrigadas, se le sumaron nuevas disputas por la apropiación del espacio, de la tierra y el agua.

En este contexto, el perfil productivo del Valle de Uco, compuesto por los departamentos de San Carlos, Tunuyán y Tupungato, cambia significativamente. Por su posición geográfica, constituye el oasis centro de los tres oasis de riego principales de la provincia que comprende aproximadamente 47.000 hectáreas (Censo Nacional Agropecuario 2008) cultivadas sobre la cuenca del Río Tunuyán Superior. Esta zona es presentada como paradigmática en el modelo de la calidad de la vitivinicultura, la modernización de los sectores tradicionales y la tecnificación que conlleva, con relación a otras regiones de la provincia. Sin embargo, no todo es vitivinicultura en este oasis; la producción de frutales y hortalizas son significativas y repercuten en la

⁴² Becaria Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) - Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), Centro Regional Mendoza San Juan, Estación Experimental Agropecuaria La Consulta. noeliasalatino@gmail.com / salatino.maria@inta.gob.ar

conformación de una estructura productiva mucho más equilibrada, en comparación con otras regiones o zonas de la provincia.

En este artículo presentamos una serie de reflexiones en torno a la horticultura del Valle de Uco, partimos de considerar que el entramado social de esta zona es diferente al de otros cinturones hortícolas, principalmente por su orientación a la producción de hortalizas pesadas. En primer lugar, damos cuenta de algunos de los rasgos de la horticultura argentina, luego describimos de forma general las características productivas y territoriales de la horticultura en la zona; y, finalmente, presentamos un acercamiento a los sujetos sociales de la horticultura de este valle. El texto representa un esfuerzo de síntesis de lecturas y aproximaciones realizadas en el marco de la tesis doctoral⁴³, por lo tanto, no pretende ser exhaustivo ni definitivo, sino que busca aportar a esa reflexión.

La horticultura de proximidad: cinturones verdes en Argentina

La crisis internacional de la primera mitad de la década de 1970 impulsó una serie de transformaciones a escala global; en la agricultura “estas transformaciones se relacionan con el desarrollo de una nueva estructura de los mercados de productos agroalimentarios segmentados y altamente diferenciados” (Bocco, 2007, p. 114). En los países latinoamericanos tomó vital importancia una reprimarización de sus economías, asentadas principalmente sobre la producción de *commodities* a gran escala y con predominio de los agentes transnacionales. La escala de producción requerida para los nuevos cultivos es cada vez mayor, lo que excluye a los productores medianos y pequeños (Giarracca y Teubal, 2008).

Estos cambios repercuten de manera diferenciada sobre las regiones agropecuarias argentinas y, a su vez, de distintas formas según el tipo de producción; como puede ser la producción de soja transgénica en la pampa húmeda, o la vitivinicultura de altura en Mendoza. La horticultura argentina, señala Ciarallo (2016)⁴⁴, aparece como producción periférica destinada a proveer al mercado interno, muy poco vinculada a la exportación, y es llevada adelante, en general, por una modalidad de organización del

⁴³ El proyecto de tesis se denomina “El trabajo hortícola en el Valle de Uco: un análisis de las condiciones laborales y estrategias familiares de vida de los/as trabajadores/as agrícolas, en el período 2003-2015” y es dirigido por la Dra. Mercedes Molina.

⁴⁴ La contribución de A. Ciarallo titulada “Aportes conceptuales en el abordaje de los mercados de trabajo segmentados étnicamente y de territorios productivos agrarios” forma parte de esta compilación.

trabajo de tipo familiar. La autora menciona, además, la importancia que ha tenido el aumento de la demanda de hortalizas y frutas por parte de los segmentos medios y altos del mercado así como también la incorporación de semillas híbridas y de tecnología, lo que intensifica la producción. Por otra parte, Criado (2015) afirma:

En los últimos años, en un contexto creciente de reafirmación de modelos productivos globalizados, la actividad hortícola argentina experimentó un proceso de diferenciación social que dio origen a una heterogénea estructura social agraria, caracterizada principalmente por nuevas formas de organización del trabajo (p. 77).

Estos cambios han dado lugar a los llamados cinturones verdes, que se encuentran en las cercanías de las ciudades en zonas de periurbano o de interfaz rural-urbana, como por ejemplo: el área hortícola bonaerense, los cinturones hortícolas de Río Cuarto (Córdoba), Mar del Plata, Bahía Blanca, Alto Valle del Río Negro y Neuquén, Trelew (Chubut) o el área metropolitana de Mendoza, entre otros. Debemos destacar además, la presencia cada vez mayor de producción bajo cubierta y, especialmente, de invernaderos. Por su parte, Svetlitz de Nemirovsky (2007) señala que la agricultura periurbana es la estructura productiva que resultó más vulnerable en el proceso de reestructuración territorial que comenzó en la década de 1980.

Como se describe en diferentes investigaciones (Ciarallo y Trpin, 2015; Criado, 2015; Pedone, 2000; entre otras) durante las primeras décadas del siglo XX fueron migrantes italianos, españoles y portugueses quienes tradicionalmente predominaron en la horticultura. Con la crisis de los años '70 y '80, fueron perdiendo sus capacidades productivas y financieras lo que llevó, en algunos casos, a un quiebre en la continuidad generacional, en otros casos, a la orientación a otro tipo de producción y, en menor proporción, a una persistencia de segunda o tercera generación de productores hortícolas. Desde el último cuarto del pasado siglo se sumaron progresivamente migrantes bolivianos que ingresaron a la actividad como trabajadores, aparceros, medieros o arrendatarios, quienes vienen a ocupar el lugar que fueron abandonando los productores migrantes europeos. Benencia (2012) denomina a este fenómeno como la "bolivianización" de la horticultura argentina.

En consecuencia, las familias bolivianas tienen un papel central en esas transformaciones de la horticultura. Ciarallo y Trpin (2015), retomando a Benencia, describen que estas familias constituyeron una pieza clave de la estrategia productiva

necesaria para sostener el proceso de acumulación capitalista que se dio en la horticultura en las últimas décadas. Además, desempeñan un papel significativo en los procesos de restructuración de la fuerza de trabajo en el sector que, fundamentalmente, se asienta en una base familiar, ya sea como familia nuclear o como familia ampliada.

Benencia (2012) destaca los procesos de movilidad social ascendente vinculados a los migrantes bolivianos en la horticultura, lo que denomina “escalera boliviana”:

Un mismo trabajador que se iniciaba en la actividad como peón podía convertirse en mediero, luego en arrendatario, más tarde en propietario y, finalmente, en comercializador de hortalizas. Por supuesto, existen una serie de requerimientos necesarios para subir de un peldaño al otro, así como también un tiempo estimado para el pasaje entre cada uno de ellos (p. 6).

En síntesis, en el contexto de transformaciones territoriales y productivas de la agricultura argentina, la horticultura se asienta en las zonas cercanas a las ciudades o grandes metrópolis para la satisfacción del mercado local principalmente. Retomando a Ciarallo y Trpin (2015), la construcción de esos territorios productivos hortícolas se ve marcada por la presencia de familias migrantes bolivianas en las que se conjugan trayectorias laborales y de movilidad espacial.

Hortalizas pesadas en el Valle de Uco

La provincia de Mendoza ocupa el segundo lugar en el país en la producción hortícola y constituye la tercera actividad agrícola de la provincia por superficie, después de la vid y los frutales, aunque es la primera al considerar la ocupación de mano de obra. El Valle de Uco representa, desde hace unos años, más de la mitad de esa superficie, alcanzando aproximadamente 7.500 ha en producción. Aunque, actualmente, ocupa una posición inferior en relación con la superficie destinada a esa vitivinicultura de calidad que señalábamos más arriba, la horticultura no representa para el oasis una producción periférica ni subordinada, sino que al contrario una parte importante de lo producido y exportado en este oasis corresponde a la actividad hortícola.

Al comenzar, señalamos que las transformaciones que ha tenido la agricultura en las últimas décadas impactan de forma diferenciada sobre el territorio y a pesar de que, generalmente, se suelen presentar análisis en conjunto de todo el Valle de Uco, son

en realidad los departamentos de Tupungato y San Carlos los que concentran casi la totalidad de la superficie destinada a la horticultura. En San Carlos la producción se concentra en torno al trazado de la Ruta Nacional 40, en los distritos de Chilecito y Pareditas -donde también es muy importante el cultivo de orégano con más de 900 ha que representa el 80% de la producción nacional de esta especie- y Paso de las Carretas más recientemente. Por otro lado, en Tupungato los cultivos se localizan principalmente en los distritos de El Zampal, La Arboleda, Cordón del Plata y La Carrera. En menor medida que en los anteriores, en el departamento de Tunuyán el cultivo de hortalizas se desarrolla en los distritos Campo de los Andes (arrendamiento de tierras del Ejército Nacional), Colonia Las Rosas, La Primavera y Vista Flores (CNA 2008; Abarzúa, Brouchoud, Carballo y Gusman, 2017).

Al contrario de lo que sucede en otros cinturones hortícolas, como puede ser el cinturón verde del oasis centro de Mendoza o el cinturón verde del Alto Valle en Río Negro, la mayoría de lo que se produce en esta zona no es para el mercado local, sino que está destinado a la agroindustria o la exportación de productos frescos⁴⁵. Primordialmente se cultivan hortalizas pesadas como el ajo, la papa, el zapallo, el tomate industrial, la zanahoria y el choclo. Este tipo de hortalizas, a diferencia de las llamadas hortalizas de hoja, son más aptas para resistir el traslado de las distancias que separan al Valle de Uco de los acopiadores, agroindustrias y mercados de exportación.

Una de las características principales de este tipo de horticultura es la dedicación exclusiva a algún tipo de cultivo, rotando la temporada de invierno con la temporada estival. Según datos de los últimos relevamientos hortícolas realizados por el Instituto de Desarrollo Rural la superficie cultivada con ajo alcanzó 6500 ha, algo más del 60% del total cultivado en la provincia, localizada principalmente en San Carlos -3600 ha aproximadamente- (IDR, 2017). El cultivo de zapallo registró 510 ha, también concentrado casi en su totalidad en San Carlos; el de tomate 889,28 ha -33% de la superficie provincial-; el de zanahoria 963,09 ha -68% de la superficie provincial- y el de choclo 647,62 ha -61% de la superficie provincial- (IDR, 2016). Por otra parte, la producción de papa alcanzó 3643 ha en el periodo 2016/2017, concentrando casi el 68% de la producción provincial (IDR, 2017).

⁴⁵ Por ejemplo, según datos de la Dirección de Estadísticas e Investigaciones Económicas de Mendoza (DEIE) en el año 2017 el ajo fresco representó el 60% de los ingresos por exportaciones de bienes primarios de Mendoza.

Van den Bosch y Bocco (2014) señalan que, durante el transcurso de los últimos 20 años el número de horticultores casi se redujo a la mitad en la provincia de Mendoza, mientras que la superficie cultivada registró una leve baja de aproximadamente el 10%, lo que da cuenta de un importante proceso de concentración de la producción de hortalizas del que no escapa el oasis del Valle de Uco. Específicamente, para las hortalizas pesadas este proceso de concentración viene acompañado de un sostenido incremento en la mecanización de las tareas así como de una generalización del uso de semillas híbridas y de paquetes tecnológicos asociados. Esto genera una intensificación mayor en la producción hortícola que se complementa con un cambio radical en los modos de organización de la fuerza de trabajo.

En relación con lo anterior destacamos los procesos de transformación que se han dado en los cultivos de papa: el paso de la producción de variedades para el consumo en fresco para el mercado local y nacional (donde predominaban variedades de alto rendimiento como Spunta) a la producción de variedades para la industria, principalmente destinadas a papas pre-frita, pero también papas *snack* y en escamas. Históricamente, el departamento de Tupungato ha condensado la mayor parte de este tipo de cultivos, sin embargo, en los últimos años, ha disminuido su importancia ante el crecimiento del cultivo tecnificado de papa para industria en el departamento San Carlos. Si analizamos los datos aportados por el IDR, podemos observar que en la temporada estival 2011/2012 se cultivaron 3.372 ha de papa en el Valle de Uco, de las cuales sólo 579 ha estaban ubicadas en San Carlos y 2800 ha en Tupungato. En la última medición (2016/2017) el cultivo de papa llegó a las 1310 ha en San Carlos, y disminuyó a 2.300 ha en Tupungato (IDR, 2017).

Referentes de la Estación Experimental Agropecuaria (EEA) y de la Agencia de Extensión Rural (AER) de La Consulta nos comentaron que el avance de este cultivo tecnificado se dio sobre tierras que eran consideradas poco aptas para el tipo de agricultura que se desarrollaba en el Valle de Uco pero que, sin embargo, presentaron grandes ventajas para el desarrollo de ese tipo de emprendimientos. Entre otras cuestiones, destacan las buenas condiciones sanitarias de los suelos, lo que sumado a la amplitud térmica y las temperaturas promedio de la zona, la convierten en óptima para el desarrollo del cultivo.

Además de estas características naturales de la zona, debemos tomar en cuenta la existencia de grandes extensiones de tierras "vírgenes" que pudieron adquirir a precios

muy bajos y, a su vez, la capacidad de inversión tecnológica de estos grandes grupos económicos lo que les permite la instalación de riegos tecnificados, principalmente pivot central y llevar adelante todo el paquete tecnológico que implica el uso de semillas híbridas. La combinación de estas ventajas permite obtener importantes rendimientos y asegurar ciertas condiciones en el producto final, como son la calidad y el tamaño.

Larsimont, Carballo Hiramatsu e Ivars (2018) describen que estamos frente a la consolidación de un complejo agro-industrial papero en manos de grandes grupos trasnacionales, que destinan su producción a satisfacer las demandas de papas prefritas por parte de las cadenas de comida rápida. Y en sus conclusiones afirman:

...el Valle de Uco pasó a ser una zona luminosa en el marco del tercer régimen agroalimentario internacional. A medida que avanzaban las políticas de ajuste estructural, desregulación económica y apertura internacional florecían las inversiones, fundamentalmente, en la llamada nueva vitivinicultura. No obstante, grandes inversores encontraron también en la horticultura un “suelo fértil” para desplegar sus estrategias empresariales. Este es el caso de la conformación de un complejo papero en este valle en el contexto del desembarco masivo de cadenas de *fast food*, de grandes hoteles y supermercados en América Latina. Líderes a escala mundial, los agentes dominantes de este complejo son grandes grupos especializados en la producción de papas prefritas que luego son comercializadas en dichas cadenas (Farm Frites, Mc Cain y más recientemente Simplot) (Larsimont *et al.*, 2018, p.195).

Como podemos observar, la producción hortícola del Valle de Uco es diferente a la horticultura de proximidad que se da en otras regiones del país, tal como señalábamos en el apartado anterior. Aunque, debemos destacar que referentes del INTA señalan que en algunas zonas del oasis se está desarrollando un tipo de producción asociada a las ferias y mercados locales -como la Feria Franca de Tunuyán o “Crece desde el Pie” en San Carlos- que a pesar de cultivar una mínima porción de la superficie hortícola del valle, representan importantes esfuerzos de procesos organizativos y cambios en las formas de producir.

Sujetos sociales hortícolas en el Valle de Uco

La construcción social del territorio hortícola en este oasis se encuentra marcada por la coexistencia, en permanente tensión, de diferentes escalas de producción de distintos tipos de explotaciones agrícolas con diversos grados de incorporación de tecnologías y mecanización. Sí recorremos la zona nos encontramos tanto con grandes emprendimientos y productores capitalizados como con medianos, pequeños y de base familiar.

Como señalan referentes del INTA La Consulta, en la zona se encuentran pequeños y medianos productores arrendatarios, y en menor medida propietarios, que trabajan poca superficie pero de forma intensiva, rotando dos producciones anuales (invernal y estival) que luego venden a los acopiadores, grandes productores o compañías conserveras. Algunos de estos productores suelen tener una organización de base familiar. En el documento titulado "Atlas. Población y Agricultura Familiar en la Región CUYO", se señala la presencia de agricultores familiares⁴⁶ entre las explotaciones dedicadas a la producción de hortalizas a campo abierto en el Valle de Uco; en Tupungato entre el 1,8% y 21% del total de la superficie hortícola es llevada a cabo por agricultores familiares mientras que en San Carlos y Tunuyán esa superficie ronda entre el 22% y 41% del total (Cad *et al.*, 2012, p.39). Este dato permite acercarnos a la composición del tipo de explotaciones y productores en el Valle de Uco.

Como contra parte podemos decir que casi el 80% de la producción de hortalizas en Tupungato se encuentra en manos de agricultura no familiar y, que para los departamentos San Carlos y Tunuyán, ese porcentaje ronda el 60%. No podemos precisar la diversidad de características de los productores que componen este grupo de agricultores no familiares, pero podemos mencionar que cuentan con otro grado de incorporación de capital y tecnología. Si tomamos nuevamente el Atlas, podemos observar que en el Valle de Uco es muy baja la tenencia de tractores en pequeñas explotaciones agropecuarias de la agricultura familiar, mientras que la propiedad de

⁴⁶ En este trabajo se utiliza como aproximación a la Agricultura Familiar la definición de Pequeños Productores elaborada por Obschatko, Foti y Román (2007) definidos como aquellos productores agropecuarios que dirigen una EAP en la que se cumplen las siguientes condiciones: a) el productor agropecuario trabaja directamente en la explotación; b) no se emplean trabajadores no familiares remunerados permanentes; c) no tiene como forma jurídica la 'sociedad anónima' o 'en comandita por acciones'; d) posee una superficie total de la explotación de: hasta 1.000 hectáreas en las provincias de Mendoza, San Juan y San Luis; hasta 2.500 hectáreas en la provincia de La Rioja; e) posee una superficie cultivada de: hasta 500 hectáreas en la provincia de San Luis; hasta 25 hectáreas en las provincias de San Juan y Mendoza; y hasta 200 hectáreas en el resto del país; o posee hasta 500 Unidades Ganaderas en todas las provincias del país (Cad *et al.*, 2012).

tractores se concentra en productores no familiares, aunque estos datos no son específicos de la horticultura, nos da un importante acercamiento (Cad *et al.*, 2012, p. 30).

En el estrato superior de estas explotaciones hortícolas del Valle de Uco se ubican los productores locales que han logrado capitalizarse así como importantes firmas, tanto nacionales como internacionales -como señalamos para el caso de la papa, pero también sucede con el ajo y el tomate-. Este grupo ha logrado concentrar la producción y, en la mayoría de los casos, compran o acopian lo que se produce en las pequeñas y medianas explotaciones, ya sea porque poseen los recursos para asumir los costos de traslado y logística, son propietarios o controlan los galpones de empaque o las industrias procesadoras. Recordemos las particularidades del tipo de hortalizas que se cultivan en la zona cuya producción, a diferencia de otros cinturones verdes, no tiene como destino el mercado o ferias locales.

Esta coexistencia de diferentes escalas de producción y tipos de explotaciones agrícolas determina la demanda de mano de obra, la organización social del trabajo y las diferentes formas de resolverla. Debemos tomar en cuenta que la producción hortícola demanda treinta veces más mano de obra en comparación con otros tipos de cultivos. En los cultivos hortícolas de Valle de Uco hallamos tanto trabajadores a porcentaje, como pueden ser los medieros y aparceros, con un importante componente de trabajadores/as familiares; trabajadores/as asalariados, contratados de forma directa o indirecta a través de diversas figuras intermediarias, como pueden ser los “cuadrilleros” o “enganchadores”. La organización del trabajo depende de las particularidades de la producción en cuestión y de la elección de los productores quienes, según el caso, muestran preferencias por una u otra forma de trabajo. Como explican Benencia y Quaranta (2009) “el capital aprovecha determinadas condiciones de la estructura social y económica que le facilitan la explotación de la fuerza de trabajo” (p. 91).

Por otro lado, caracterizaremos brevemente la estructura demográfica del Valle de Uco. En base a los datos aportados por el último censo de población (CNPHyV 2010), el número de habitantes alcanzó los 114.680 con una importante proporción en zonas rurales (42% del total). A modo comparativo, en la provincia de Mendoza la población rural llega sólo al 19%, mientras que el departamento de Tupungato concentra aproximadamente el 60% de su población en zonas rurales y rurales dispersas. Si consideramos la población por condición migratoria, tanto San Carlos como Tunuyán se encuentran cerca de la media provincial con aproximadamente el 15% de población

migrante, mientras que en Tupungato ésta alcanza casi el 20%, superando a todos los departamentos de la provincia de Mendoza. Es importante destacar que en los tres departamentos, al igual que en la provincia, la mayoría se trata de migrantes internos e interprovinciales, aunque también hay presencia de migrantes de países limítrofes, principalmente bolivianos/as.

Todas estas características repercuten en la conformación de un heterogéneo entramado social que, a diferencia de otras áreas hortícolas, no puede comprenderse ni analizarse en su totalidad como un economía o enclave étnico (Benencia, 2012; Criado, 2015; Pizarro, 2011). Aunque podemos destacar la presencia de migrantes (de provincias norteñas y países limítrofes), así como identificar algunos procesos de movilidad social del tipo de la escalera boliviana (Abarzúa *et al.*, 2017), debemos tomar en cuenta la presencia de grandes emprendimientos y productores concentrados en la construcción social del territorio hortícola en el Valle de Uco. Otra cuestión a destacar es que la etnicidad y la nacionalidad funcionan como instrumentos de segmentación de la fuerza de trabajo pero no son los únicos presentes en el Valle de Uco.

Reflexiones finales

En el contexto de transformaciones territoriales y productivas de la agricultura argentina, la horticultura se asienta en las zonas cercanas a las ciudades o grandes metrópolis y se cultiva para la satisfacción del mercado local. Estos territorios productivos hortícolas se ven marcados por la presencia de familias migrantes bolivianas en las que se conjugan trayectorias laborales y de movilidad espacial.

Como explicamos a lo largo del artículo, esta caracterización general no da cuenta del entramado productivo y social del Valle de Uco, que se encuentra signado por la coexistencia, en permanente tensión, de diferentes escalas de producción, tipos de explotaciones agrícolas con diversos grados de incorporación de tecnologías y mecanización. Estas diferencias se encuentran principalmente asociadas al tipo de producción de hortalizas pesadas. A su vez, estas características, determinan la demanda de mano de obra, la organización social del trabajo y las diferentes formas de resolverla. Esto repercute en la conformación de un heterogéneo entramado social.

La complejidad mencionada requiere, de parte de los/as investigadores/as y estudiosos/as, explicaciones acordes a las problemáticas emergentes y, a su vez, una

revisión de los conceptos con las que miramos esa realidad. En este sentido, es fundamental recuperar la noción de reflexión epistemológica de Irene Vasilachis (2006) que intenta dar cuenta de las dificultades con las que nos enfrentamos cuando las características de aquello que intentamos conocer son inéditas o, cuando aun no siéndolo, escapan de ser del todo o en parte registradas, observadas, comprendidas con las teorías o conceptos existentes y con las estrategias metodológicas disponibles.

En este marco, consideramos que a partir del análisis del trabajo agrícola en la producción hortícola del Valle de Uco se puede aportar conocimiento de esa heterogeneidad. Centrar la mirada en el trabajo, los trabajadores/as y la organización social del trabajo, nos puede dar pistas importantes para caracterizar y comprender ese entramado social.

Bibliografía

- Abarzúa, F.; Brouchoud, S.; Carballo, O.; Gusman, N. (2017), Producción hortícola en el Valle de Uco (Mendoza) y en el Valle Medio (Río Negro): un análisis comparativo desde las configuraciones territoriales y los sujetos sociales hortícolas. En *X Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales Argentinos y Latinoamericanos*, Buenos Aires, Argentina: FCE-UBA.
- Altschuler, B. y Collado, P. (2013). *Transformaciones en la vitivinicultura mendocina en las últimas décadas: el doble filo de la "estrategia cooperativa"*. *Voces en el Fénix*. Año 4, (27), pp. 76-83. Recuperado de <http://www.vocesenelfenix.com/content/transformaciones-en-la-vitivinicultura-mendocina-en-las-%C3%BAltimas-d%C3%A9cadas-el-doble-filo-de-la->
- Benencia, R. (2012) Migraciones y situaciones en el ámbito de trabajo. *Voces en el Fénix*. Año 3 (21), pp. 7-12.
- Benencia, R. y Quaranta, G. (2009). Mercados de trabajo en la horticultura del cinturón verde de la ciudad de Buenos Aires. En R. Benencia, G. Quaranta y J. Souza Casadinho (Coords.), *Cinturón Hortícola de la ciudad de Buenos Aires. Cambios Sociales y Productivos* (pp. 85-110). Buenos Aires, Argentina: CICCUS.
- Bocco, A. (2007), Transformaciones sociales y espaciales en la vitivinicultura mendocina. En M. Radonich y N. Steimbregger (Comp.), *Reestructuraciones sociales en cadenas alimentarias* (pp 111-143), Cuaderno GESA 6, Buenos Aires, Argentina: La Colmena.
- Cad, M.; Lipori, M.; Dibella, E.; Mathey, D.; Pizzolato, D.; Romano, A.; Ramilo, D. (2012), *Atlas población y agricultura familiar en la región Cuyo*. Colección Agricultura Familiar N° 09. CIPAF. AEES. Buenos Aires, Argentina: Ediciones INTA.
- Ciarallo, A. (2016), Aportes conceptuales en el abordaje de los mercados de trabajo segmentados étnicamente y de territorios productivos agrarios. En *Taller Sujetos sociales en la horticultura Abordajes teórico metodológicos*. Neuquén, 16 y 17 de agosto de 2016.
- Ciarallo, A. y Trpin, V. (2015). Familias migrantes hortícolas en el Valle Medio del río Negro. Cruces identitarios en las experiencias de vida y de trabajo. En I. Barelli y P. Dreidemie (Comps.), *Migraciones en la Patagonia: subjetividad, diversidad y territorialización* (pp. 71-87). Viedma, Argentina: Universidad Nacional de Río Negro.

- Collado, P. y Rofman A. (2005). El impacto de la crisis de los años 2001-2002 sobre el circuito agroindustrial vitivinícola y los agentes económicos que lo integran. En *IV Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Sociales y Agroindustriales*. Buenos Aires, Argentina: FCE-UBA.
- Criado, S. (2015). El aprendizaje del oficio de horticultor, el acceso a los recursos agro-productivos y la comercialización de productos. Trayectorias laborales y migratorias de los bolivianos en Córdoba. En C. Pizarro (Ed.), *Bolivianos y bolivianas en la vida cotidiana cordobesa. Trabajo. Derechos e identidad en contextos migratorios* (p. 77-100). Córdoba, Argentina: Editorial de la Universidad Católica de Córdoba.
- Giarracca, N. y Teubal, M. (2008). Del desarrollo agroindustrial a la expansión del "agronegocio": el caso argentino. En B. Mançano Fernández (Coord.), *Campesinado y Agronegocios en América Latina* (pp. 139 - 164). São Paulo, Brasil: Clacso-ASDI.
- Instituto de Desarrollo Rural (2016). *Estimación de la superficie cultivada con hortalizas en Mendoza Temporada 2015-2016*. Recuperado de www.idr.org.ar/wp-content/uploads/2016/04/ESTIMACIÓN-DE-LA-SUPERFICIE-INVIERNO-VERANO.pdf
- Instituto de Desarrollo Rural (2017). *Estimación de la superficie cultivada con hortalizas en Mendoza Temporada 2016-2017*. Recuperado de <https://www.idr.org.ar/wp-content/uploads/2017/11/Estimaci%C3%B3n-Superficie-Hort%C3%ADcola-Invernal-2017-1.pdf>
- Larsimont, R., Carballo Hiramatsu, O. E. y Ivars, J. (2018). Las papas de la globalización: el complejo agroindustrial papero en el Valle de Uco, Mendoza, Argentina. *RIVAR*, 5, (13), pp. 182-199. Recuperado de <https://www.researchgate.net/publication/325046133>
- Mateu, A. M. y Stein, S. (2008). *El vino y sus revoluciones. Una antología histórica sobre el desarrollo de la industria vitivinícola argentina*. Mendoza, Argentina: EDIUNC.
- Pedone, C. (2000). Globalización económica y modernización agrícola conservadora. Vigencia de la aparcería en un área de margen del Oasis Norte de Mendoza (Argentina). *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, (36), 47-62.
- Perelli, P. y Salatino, N. (2016). *Continuidades, rupturas y mutaciones del trabajo agrícola. El caso de los "cuadrilleros" de la viticultura en Valle de Uco pos-convertibilidad (2003-2015)*. Tesis de Licenciatura, Director Lic. Carmelo Cortese. Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Mendoza, Argentina.
- Pizarro, C. (2011). Inmigrantes bolivianos en el sector hortícola: entre la discriminación racializante, la precariedad laboral y la movilidad socio-productiva. En C. Pizarro (Ed.) *"Ser boliviano" en la región metropolitana de la ciudad de Córdoba: localización socio-espacial, mercado de trabajo y relaciones interculturales* (pp. 119-164). Córdoba, Argentina: Editorial de la Universidad Católica de Córdoba.
- Richard Jorba, R. (2006) Formación, crisis y reorientaciones de la vitivinicultura en Mendoza y San Juan, 1870-2000. Aportes para el estudio del sector en la Argentina. *Boletín Geográfico*, (28), 79-122.
- Svetlitz de Nemirovsky, A. (2007). Aproximaciones metodológicas al estudio de la agricultura periurbana. En A. Svetlitz de Nemirovsky (Coord.) *Globalización y agricultura periurbana en la Argentina. Escenarios, recorridos y problemas*. Serie Monografías, 1, Maestría en Estudios Sociales Agrarios. Buenos Aires, Argentina: FLACSO.
- Van den Bosch, M. E. y Bocco, A. (2014). Dinámica intercensal de los sistemas de producción agropecuarios de la provincia de Mendoza. Buenos Aires, Argentina: Ediciones INTA. Recuperado de <https://inta.gob.ar/documentos/dinamica-intercensal-de-los-sistemas-de-produccion-agropecuarios-de-la-provincia-de-mendoza>
- Vasilachis de Gialdino, I. (2006). *La Investigación cualitativa*. En I. Vasilachis (Coord.), *Estrategias de investigación cualitativa* (pp. 23-60). Barcelona, España: Gedisa.

Trayectorias y procesos de movilidad social de productores hortícolas del Alto Valle de Río Negro

Natalia Zunino⁴⁷ y Pablo Núñez⁴⁸

Introducción

En este artículo presentamos una caracterización de los integrantes de una asociación de productores hortícolas de origen boliviano del Alto Valle de Río Negro llamada “Asociación Hortícola de General Roca”. Para la realización de la misma tomamos las categorías descriptas en el proceso de movilidad social de la denominada “escalera boliviana” (Benencia y Quaranta, 2009; Benencia y Quaranta, 2013).

La migración desde países limítrofes por motivos laborales ha generado mercados de trabajo transnacionalizados, como se observa en el caso de la horticultura del Alto Valle. En este movimiento se imbrican las realidades de la sociedad de origen y de destino de los trabajadores migrantes, dando lugar a nuevos escenarios que contienen y combinan prácticas, normas, relaciones e instituciones sociales, tal como señalan Benencia y Quaranta (2009). Los autores describen este tipo de migración como un desplazamiento de población que pertenece a hogares pobres en búsqueda de mejorar sus condiciones económicas. Movimiento que en algunos casos, adopta la forma de migración familiar por etapas o migración de personas solas cuyo destino será un hogar ya establecido con cuyos miembros se posee una relación de parentesco menos directo.

En base a estudios realizados en el cinturón hortícola de la provincia de Buenos Aires, los autores sostienen que a través de lo que se reconoce como “economía de enclave étnico”, los migrantes bolivianos lograron institucionalizar un proceso de movilidad socioeconómica ascendente denominado “escalera boliviana”. En dicho proceso un trabajador puede transitar por distintas etapas: iniciándose en la actividad como peón puede convertirse en mediero, luego en arrendatario y en propietario; o puede acceder

⁴⁷ Extensionista del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), Centro Regional Patagonia Norte, Estación Experimental Agropecuaria Alto Valle, Agencia de Extensión Rural General Roca. zunino.natalia@inta.gob.ar

⁴⁸ Extensionista del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), Centro Regional Patagonia Norte, Estación Experimental Agropecuaria Alto Valle, Agencia de Extensión Rural Centenario. nunez.pablo@inta.gob.ar

a la comercialización en mercados concentradores o desligarse de la actividad de producción de hortalizas y dedicarse solamente a la comercialización. Asimismo, en este proceso de movilidad puede haber avances y retrocesos en los eslabones y además puede no desarrollarse de manera lineal.

Nos referimos por enclave étnico a un conjunto de inmigrantes que organiza empresas que sirven para su comunidad étnica y para la población en general. Dicha economía representa oportunidades que permiten a los migrantes mejorar su situación para hacer una carrera con movilidad y lograr su autoempleo (Portes y Bach, 1985; Wilson y Portes, 1980 citados en Benencia y Quaranta, 2009). En estos espacios la fuerza de trabajo es dirigida por otros inmigrantes y es, en general, la figura que adoptan las familias bolivianas en las áreas hortícolas de la Argentina ocupando diferentes posiciones de manera de ir logrando su ascenso económico.

El presente artículo se basa en un abordaje cualitativo y se sustenta en el trabajo de campo llevado a cabo entre los meses de julio y diciembre de 2015. Se realizaron entrevistas a productores hortícolas, complementándose con fuentes de información secundaria a partir de datos censales, documentos de trabajo y bibliografía sobre la temática.

El trabajo se organiza del siguiente modo: en primer lugar se presentan aspectos metodológicos, luego se realiza una breve caracterización de la producción hortícola de Alto Valle y una descripción de los productores integrantes de la “Asociación Hortícola de General Roca”. En segundo lugar, se comparan situaciones de movilidad social halladas en el estudio de caso con las categorías de la “escalera boliviana” (Benencia y Quaranta 2009), para cerrar con algunas reflexiones finales.

Aspectos metodológicos

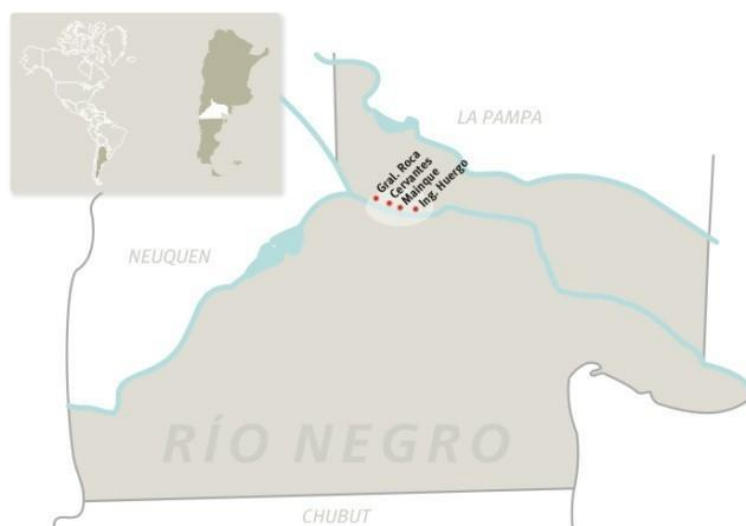
A partir de un abordaje cualitativo, se indaga en las características y trayectorias de movilidad social de productores/as pertenecientes a la Asociación Hortícola de General Roca. Esta asociación, compuesta por 30 familias en su mayor parte de origen boliviano, se ubica en General Roca, provincia de Río Negro. Los integrantes de la misma pertenecen tanto a esta localidad como a Cervantes, Mainqué e Ingeniero Huergo (Figura 1).

Se entrevistaron a 26 productores/as -que representan el 87% del total de los miembros de la asociación- en la mayor parte de los casos en las chacras y recorriendo parte de los predios⁴⁹.

De esta manera, a partir de la observación directa y de la información recabada en las entrevistas pudimos recuperar las configuraciones sociales y productivas de los sujetos desde sus propios relatos. En este sentido, la entrevista es una de las técnicas más apropiadas por la relación social que permite establecer y a través de la cual se obtienen enunciados, y además como una instancia de observación (Guber, 2004). Se utilizó una guía de preguntas y se registró a partir de notas de campo y de fotografías. Los ejes temáticos de la guía para las entrevistas consideraron: trayectorias laborales, características de la producción hortícola, organización de la producción e intereses o necesidades en relación a la actividad.

Finalmente cabe señalar que nuestra entrada al campo fue a partir de un vínculo previo con los productores con quienes trabajamos diferentes proyectos de desarrollo rural, realizamos asesoramiento agronómico capacitaciones, acompañamiento en gestión y comunicación. Por lo tanto el no ser “extraños” para ellos facilitó el encuentro y la concreción de las entrevistas.

Figura 1. Área de estudio



Fuente: Área de comunicaciones de la EEA Alto Valle, INTA

⁴⁹ Entre los entrevistados seis fueron mujeres. Si bien solo dos socias son titulares como tales, de las entrevistas participaron varias mujeres familiares de los socios varones.

La producción hortícola en Alto Valle de Río Negro

A nivel nacional la horticultura se caracteriza por su amplia distribución geográfica y diversidad de productos, organizada bajo sistemas empresariales y de producción familiar.

La horticultura, segunda actividad agrícola más relevante de la provincia de Río Negro luego de la fruticultura, se desarrolla bajo dos modalidades: especializada y diversificada. La primera se caracteriza porque la desarrollan empresas y productores en superficies mayores a 20 ha, con mecanización y tecnología de cultivos. Se cultiva tomate para industria, papa, ajo, cebolla y el sistema productivo se encuentra integrado a la industria y a la exportación en fresco. La segunda es desarrollada, en general, en superficies menores a 20 ha y por productores familiares. En este caso la planificación de cultivos incluye hortalizas de hoja, maíz, zapallo, cebolla, zanahoria, tomate, pimiento, entre otros, siendo el destino de la misma la comercialización en fresco mayoritariamente en un circuito comercial de proximidad a las ciudades donde se cultivan (FAO, 2015).

La zona de producción se ubica en valles sobre los ríos que atraviesan la meseta patagónica⁵⁰. Debido a precipitaciones insuficientes, son necesarios riegos complementarios. El sistema de riego funciona durante el período de agosto a abril, quedando suspendido en el invierno para tareas de mantenimiento.

La región presenta un clima árido, mesotermal, con temperaturas medias anuales del aire de 15,5°C y precipitaciones anuales inferiores a los 200 m.m. concentrándose en otoño-invierno (Rodríguez y Muñoz, 2013). Por otra parte, los vientos dominantes provienen del oeste-suroeste durante todo el año, con mayor intensidad en primavera/verano. Los riesgos de heladas otoñales y primaverales condicionan el desarrollo de los cultivos hortícolas, generando un período aproximado de 200 días libres de heladas, entre principios de octubre y mediados de abril. Esto condiciona el desarrollo de cultivos a una planificación, así como a la implementación de diferentes métodos de protección como la utilización de invernaderos y microtúneles. Otro factor climático importante que afecta la producción es el granizo, el cual se registra con mayor frecuencia en primavera/verano.

⁵⁰ El Alto Valle conforma una unidad económica-productiva que abarca parte de la provincia de Río Negro y de Neuquén. Es un valle donde la confluencia de los ríos Neuquén y Limay origina el río Negro. El Alto Valle comprende 65 km junto al río Neuquén, 50 km junto al Limay y 120 km luego de la confluencia (INTA-GTZ, 1999).

En el año 2017 se realizó un relevamiento en el área de estudio donde se identificaron 100 parcelas con producción hortícola, de las cuales 31% está ubicado en las localidades de General Roca, 31% en Ingeniero Huergo, 25% en Cervantes y 13% en Mainque. Por otra parte, el total de superficie relevada con cultivos a campo fue de 708,88 ha, la cual se distribuye del siguiente modo: Ingeniero Huergo (33%), Cervantes (27%), General Roca (25%) y Mainque (15%) mientras que la superficie total con cultivos bajo invernadero es de 73.538 m², siendo Ingeniero Huergo donde se concentra la mayor superficie seguida por General Roca, Cervantes y Mainque (Lopez, Zunino y Vásquez, 2017).

En los últimos años se generó un proceso de organización de los productores hortícolas, entre las que se encuentra la asociación objeto de nuestro estudio.

Los productores de la “Asociación Hortícola de General Roca”

La “Asociación Hortícola de General Roca” accedió formalmente a la personería jurídica en el 2009, tiene sede en la ciudad de General Roca, y entre los objetivos que figuran en su Estatuto se destacan: promover la actividad de la producción hortícola y mejorar la calidad de vida de las familias productoras. La mayor parte de sus integrantes son bolivianos o descendientes de bolivianos que ingresaron al país entre la década de 1980 y de 1990, provenientes de los departamentos Tarija, Chuquisaca (Sucre) y Potosí.

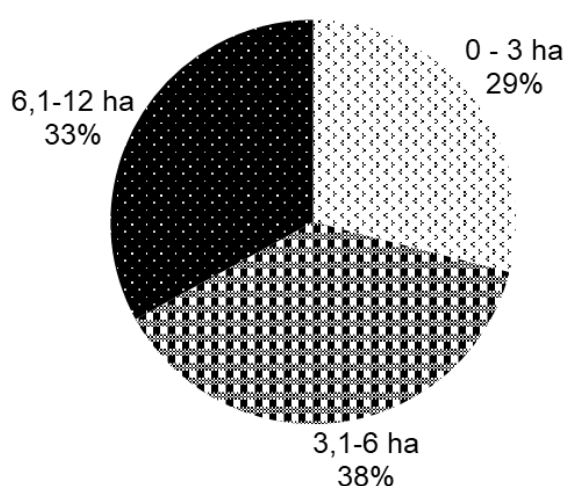
Se orientan a la producción diversificada de hortalizas en el período primavera-verano, utilizando el sistema de riego por gravedad. Las principales según superficie son: tomate, cebolla, zapallo anco, verdura de hoja, maíz, zanahoria y pimiento. La mano de obra que utilizan principalmente es familiar y comparten las tareas propias de la producción y la comercialización. Por otra parte, son pocos los predios donde se trabajan con sistemas de protección para los cultivos para prolongar el período de producción.

Respecto de la tierra, la superficie trabajada va de 0,5 ha a 12 ha y en cuanto a la organización del trabajo, se basa en la mano de obra familiar, pudiendo ocupar personal en determinados momentos del ciclo o en régimen de mediería. Si

consideramos tres rangos de tamaño: de 0 a 3 ha, de 3,1 a 6 ha y de 6,1 a 12 ha, observamos que la mayoría se ubica en el rango de 3,1 a 6 ha (Figura 2)⁵¹.

En el primer grupo un miembro de la familia o dos son los que se encargan de las tareas a campo, en el segundo grupo más integrantes de la familia se dedican a la producción primaria y poseen mecanización propia, mientras que en el tercero se trata de propietarios de la tierra con mecanización propia o con invernadero.

Figura 2. Porcentaje de productores según superficie total



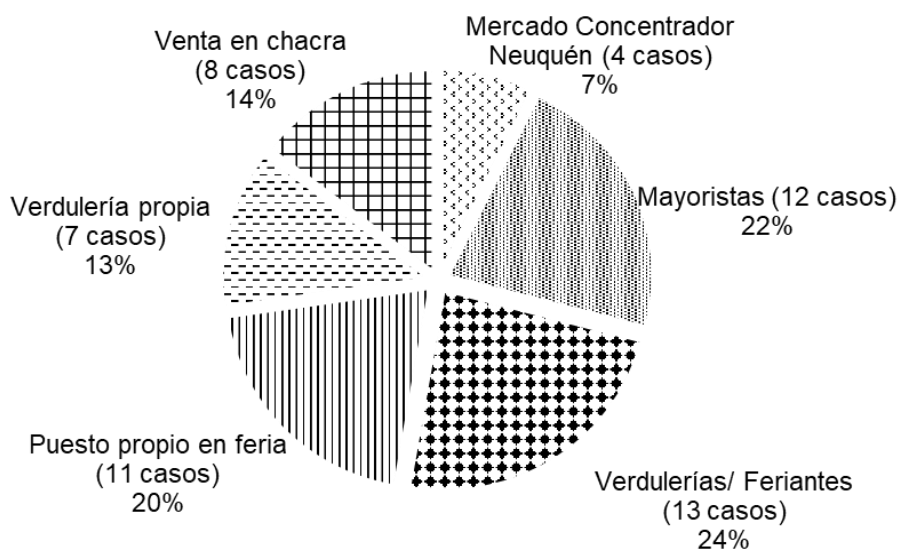
Fuente: Elaboración propia en base a entrevistas

La comercialización se realiza en el mercado local, básicamente en General Roca, a comercios mayoristas, verdulerías, en una feria y en las chacras. A nivel regional los productores con mayores volúmenes destinan su producción al Mercado Concentrador de Neuquén, ubicado a pocos kilómetros de la ciudad de Neuquén (Figura 3).

Por otra parte, cabe destacar la venta realizada en la feria de la misma organización, la cual se concretó en 2012 de manera autogestionada y con aportes de distintos organismos. Los socios alquilaron y acondicionaron un predio donde de lunes a viernes funciona la feria. De cada puesto es responsable un socio y es atendido en la mayoría de los casos por mujeres miembros del grupo familiar.

⁵¹ La determinación de estos rangos incluye la superficie total, que contempla construcciones y caminos. No se registraron casos de superficie apta sin ser cultivada.

Figura 3. Canales comerciales (%)



Fuente: Elaboración propia en base a entrevistas

El proceso de movilidad social

En este apartado abordamos el proceso de movilidad ascendente de la población boliviana dedicada a la horticultura a partir de la denominada “escalera hortícola boliviana”. Una primera aproximación de la misma, la describía a partir de etapas sucesivas donde el trabajador se inicia en la actividad como peón, ofreciendo su fuerza de trabajo, para convertirse luego en mediero -lo que le permite tomar ciertas decisiones, asumiendo mayores riesgos y responsabilidades sobre el proceso productivo- mientras que, los siguientes escalones se vinculan al acceso a la tierra, como arrendatario primero y, finalmente, propietario (Benencia, 1994 citado en Benencia y Quaranta, 2009).

Sin embargo, los autores explican que, a partir de la crisis de fines de los '90 y principios del 2000, esta escalera se ha ido transformando y lo que anteriormente se representaba como un proceso lineal, fue adquiriendo complejidad. En dicho proceso el trabajador hortícola desde el eslabón inicial, puede cambiar lugares en la cadena hortícola, accediendo a la tierra como arrendatario o propietario y también participando en procesos de comercialización de la producción. Así se conforma una “nueva

escalera boliviana en horticultura” con el agregado de los eslabones comerciales según estén vinculados o no a la producción primaria, con avances y retrocesos entre peldaños de forma no necesariamente secuencial (Benencia y Quaranta, 2009; Benencia y Quaranta, 2013).

A continuación, retomamos las categorías de la “nueva escalera boliviana” para compararlas con las trayectorias y situaciones de los productores de la asociación.

Peón jornalero o tantero

La categoría de peón jornalero o tantero es el primer peldaño de la "escalera boliviana" por el que ingresan los migrantes a la horticultura. Muchos de estos trabajadores provienen de valles andinos, donde practicaban una agricultura de características campesinas, produciendo papas, habas y maíz. Es en Argentina donde se dedican a la horticultura comercial, aprendiendo el oficio de horticultor (Benencia y Quaranta, 2009).

En la asociación encontramos el caso de una productora quien relataba que:

Aprendió en Bolivia a trabajar la verdura, con arveja, habas, papa, trigo, maíz y en Argentina aprendió a trabajar con tomate, morrones y lechuga. Se ocupó en unos invernaderos en Roca donde le enseñaron a trasplantar, atar y sacar brotes. Estuvo en la condición de peón y el pago era por cajón o por fila y tiempo después empezó a alquilar. Además a la mañana atiende el puesto en la feria y en la tarde realiza las tareas de campo (Registro de campo, 9/9/15, General Roca).

De esta manera, el caso ejemplifica lo anteriormente señalado acerca de la secuencia no lineal del proceso, luego de desempeñarse como trabajadora pasó a ser arrendataria y a dedicarse a la comercialización.

Mediero o medianero

En esta relación la remuneración es un porcentaje del resultado económico obtenido, donde el mediero ofrece su trabajo y el de sus familiares, asumiendo mayor responsabilidad y riesgos. El trabajador mediero muchas veces alcanza un proceso de movilidad socio-ocupacional ascendente (Benencia y Quaranta, 2009).

A partir de las entrevistas se puede observar que este paso se logra cuando el trabajador cuenta con experiencia y dispone de suficiente mano de obra como para hacerse cargo de la producción de una parte del cultivo. Este mecanismo le permite al productor o patrón contar con trabajadores no familiares dados los altos requerimientos de mano de obra. Así, podemos citar varios casos, tal como el del hijo de un productor quien junto a su pareja trabajan bajo esta modalidad en la misma chacra de su padre (Registro de Campo, 15/12/15, General Roca), o el de un productor, hoy propietario, quien relata que “empezó en condición de mediería con italianos que le daban la tierra y vendían la producción, iban a medias con las semillas y agroquímicos” (Registro de Campo, 7/8/15, Mainque).

Por otra parte, distinta es la trayectoria de una horticultora, quien relataba que: “se encuentra trabajando a porcentaje, antes al 50% y ahora al 35%, luego de que alquilaran una chacra en Cervantes y no pudieran cosechar porque le cortaron el riego y perdieron la producción de acelga, remolacha, cebolla, zapallito” (Registro de Campo, 18/09/15, General Roca).

Este último caso es un ejemplo de avance y retroceso. Para iniciar cada ciclo de producción, en el período de primavera, es necesario contar con la capacidad de invertir en insumos, como fertilizantes y semillas, maquinaria adecuada para realizar el movimiento de suelo, además del dinero para el alquiler de la tierra. Esta horticultora no logró las condiciones para poder invertir en el nuevo ciclo, por lo cual volvió al escalón anterior trabajando para otro productor, el cual afronta los gastos y realiza la comercialización.

Arrendatario

La categoría de arrendatario es el paso siguiente a peón o mediero, figura por la cual el trabajador accede a la tierra alquilándola. Este paso implica un capital para iniciar los cultivos y en algunos casos también contar con un equipo de maquinaria para laboreo de la tierra como tractor, arado y rastra (Benencia y Quaranta, 2009).

Según los relatos de los productores entrevistados los contratos suelen ser informales y por períodos de tiempo que no superan el año. Tal es el caso de un productor, quien señalaba que el alquiler tenía un periodo de un año “de palabra” y que si bien le

interesaba realizar un contrato de mayor extensión, el dueño no quería (Registro de Campo, 28/08/15, General Roca).

En una visita, una productora nos explicaba cómo ascendió de mediera a arrendataria, lo cual registramos en nuestras notas de campo:

La horticultora alquiló la chacra en la que produce sus cultivos hortícolas y donde reside junto a su familia este año, hace un mes y medio que está en la misma. Le hicieron contrato por un año. Antes estaba cerca, en otra chacra a porcentaje, como medianera. La persona para la cual trabajaba como medianera vendía a un supermercado de Cipolletti. Ahora ella y su familia se tienen que encargar de realizar la venta de sus productos (Registro de Campo, 02/09/15, Cervantes).

En cuanto a las condiciones que son valoradas por los productores al momento de optar por la chacra a alquilar, se observaron casos de familias jóvenes, con hijos pequeños en edad escolar, que optan por chacras con viviendas, próximas a la escuela y a centros de salud.

Dada esta condición, la falta de certeza sobre la continuidad en la misma chacra, es que no se suelen realizar inversiones como por ejemplo la instalación de riego por goteo, construcción de invernaderos u otros cultivos protegidos. Esto afecta de manera negativa la posibilidad de producir con continuidad durante todo el año y lograr productos de mayor calidad.

Propietario

Entre los productores de la asociación, 20% corresponde a esta categoría mientras que 72% se encuentra bajo la condición de arrendatario o en cesión de uso, y 8% es mediero.

Los productores propietarios siguieron una trayectoria laboral migratoria extensa, antes de acceder a esta categoría -entre fines de los '80 y durante los '90-, recorriendo varios eslabones en el proceso. Uno de estos casos está relatado en nuestras notas de campo:

Con 18 años, un tío lo trajo a Mendoza, donde empezó a trabajar en horticultura hasta 1979, época en que regresa a Bolivia. A los 22 años reingresa a Argentina, yéndose a trabajar a Bahía Blanca donde se ocupa como mediero durante 6 años, en Colonia La Merced, allí

empezó a medias, eran 6 medieros. En Bolivia hacía maíz, papa y otras verduras para el consumo, dice que allá había muy poco terreno, por eso no se podía quedar. En Mainqué compraron en el 1994 y se quedó en Bahía por 4 años más. La chacra tenía monte y viña abandonada. Compró 25 ha con un familiar, en la chacra hoy vive con su esposa, una hija, una nieta y un hijo (Registro de Campo, 07/08/15, Cervantes).

Puestero en playa libre de algún mercado mayorista

El productor que accede a un puesto necesita un vehículo de carga y también puede actuar como “rejuntador”. Esta fase de la cadena de valor hortícola da más beneficios económicos que la simple producción. Al considerar la rentabilidad económica, contar con un vehículo y puesto de venta es más importante que la propiedad de la tierra, ya que ésta inmoviliza capital y produce costos fijos de importancia (Benencia y Quaranta 2009).

Esta categoría no se encuentra en el grupo de productores entrevistados, posiblemente dados los costos y la distancia al principal mercado concentrador⁵². Sin embargo, se registraron dos casos con la modalidad de venta directa a mayoristas de este mercado.

Comercializador de productos hortícolas desligado de la producción primaria

Se trata de otro peldaño que puede ejercerse en mercados de distribución mayoristas o minoristas, e implica un salto de la producción primaria a la comercialización (Benencia y Quaranta, 2009).

En esta situación encontramos a dos productores, quienes frente a dificultades para sostener la actividad, optaron por comercializar directamente productos de terceros en puestos de feria o verdulería propia. Según nuestras notas de campo, uno de ellos:

Tiene una verdulería en General Roca desde hace 6 años. Nos comenta que antes que se ocupara en este comercio, su primo lo trabajó por 10 años. Con respecto a qué lo llevo a dejar de producir hortalizas, explica que no consigue tierra con contrato, “la gente no quiere hacer contrato”. Igualmente sigue viviendo en una chacra donde

⁵² El Mercado Concentrador de Neuquén dista a 50-80 km de las localidades donde siembran sus cultivos los productores de la asociación.

alquila la casa, y aún conserva el tractor y la rastra (Registro de Campo, 18/09/15, General Roca).

En función de los casos analizados, agregamos la categoría no mencionada por Benencia y Quaranta (2009; 2013), de los productores que comercializan productos propios y de terceros en trato directo con el consumidor a través de verdulerías, ferias y de la venta en chacra. En paralelo a la actividad productiva, algunos avanzan con la comercialización de productos propios o de terceros, tomando diversas modalidades.

En el caso de grupos familiares numerosos, se les facilita la participación en espacios de feria o verdulerías propias. No sucede lo mismo con núcleos familiares reducidos, donde se dificulta la presencia en el campo con actividades productivas y al mismo tiempo en el proceso de comercialización. En algunos casos la venta se realiza en la misma chacra debido -además de lo señalado- a la falta de vehículo para transporte.

Un productor narra sobre su socio:

Él es el encargado de vender, va a la feria, a depósitos mayoristas, clientes de verdulerías. También vienen a la chacra a comprar habitantes de dos barrios cercanos. Antes venían más a comprar a la chacra (Registro de Campo, 11/08/2015, Roca).

Dice que cuando hay mucha producción vienen del mercado [refiriéndose al Mercado Concentrador de Neuquén] pero “le pagan monedas”. La chacra está pegada a la ruta 22, pero no han tenido puesto de venta en la ruta. La gente entra hasta frente a la casa, hacen una enramada donde ofrecen la verdura (Registro de Campo, 11/08/2015, Roca).

A medida que aumentan los volúmenes de producción y contando con vehículos de transporte, la comercialización se realiza con otros comercios minoristas, depósitos mayoristas, o en el Mercado Concentrador de Neuquén.

La tendencia es la comercialización en verdulerías propias, como dan cuenta los casos de los productores entrevistados que dejaron la producción y comercializan productos de terceros. El incursionar en distintas formas de comercialización está, en parte, vinculado a la participación de otros integrantes familiares.

Al describir las estrategias de comercialización, un productor expresa: “llevo productos al Mercado Concentrador de Neuquén a los puesteros, a depósitos en Roca, a la feria.

Le va bien con el puesto en la feria, dice que es atendido por su hija” (Registro de Campo, 7/08/2015, Cervantes).

Con respecto a la necesidad de contar con suficiente mano de obra para el trabajo en horticultura y, a la vez, poder comercializar, en otra entrevista un productor narra que:

Dentro de 5 años piensa tener menos cantidad de producción, dice que ahora no se consigue gente porque en Bolivia están mejor (además el mediero que trabaja para él se fue a otra chacra). Dice que en Bolivia el Estado está con los productores, fue para allá hace 5 años atrás después de 25 años que no iba.

Finaliza la entrevista diciendo “hoy no hay productores”. Él trabaja solo con su esposa, ninguno de sus hijos lo acompaña en la producción, su esposa y dos de sus hijas se dedican a la comercialización de hortalizas en puestos de la feria (Registro de Campo, 09/08/2015, Roca).

En la misma dirección, un productor explica, refiriéndose a los años 80, que:

En Bolivia todos pensaban en venirse para Argentina. Dice que ahora es al revés que la gente se está retornando, que allá hay mucha ayuda. Ahora están llevando agua potable, luz, que antes se producía solo para consumir y que están vendiendo (Registro de Campo, 7/08/2015, Mainque).

Asimismo, otro productor menciona: “la gente se está volviendo a Bolivia, que hay más tranquilidad allá, que hay muchas ayudas del gobierno para producción, que hay mejores caminos” (Registro de Campo, 11/08/2015, Roca).

A modo de reflexiones finales

A partir del trabajo de campo realizado pudimos conocer cómo -en el área de estudio- se conformó el sistema hortícola, en un proceso en el que se vincularon propietarios de chacras y familias bolivianas que llegan luego de una extensa trayectoria migratoria. Estos sujetos trabajaron en tareas de cosecha y en la producción hortícola en distintas regiones del país, como el Noroeste y Cuyo. Luego, llegan al Alto Valle a partir de vínculos familiares que les permiten insertarse en la zona trabajando para otros migrantes, o les transmiten la información sobre la posibilidad de conseguir tierra para ser utilizada para la actividad hortícola.

En el período en el que los productores migrantes bolivianos se fueron integrando a la actividad productiva del valle, ocuparon tierras que no estaban siendo trabajadas en horticultura y aprendieron sobre el manejo de estos cultivos con destino comercial, ya que la experiencia de los cultivos que hacían en su país de origen era principalmente para consumo familiar.

En este artículo retomamos las categorías desarrolladas por Benencia y Quaranta (2009) para dar cuenta del proceso de movilidad social de estos sujetos, considerando las particularidades de nuestro caso a partir de las trayectorias y situaciones que fuimos conociendo a lo largo del trabajo.

El primer lugar, observamos que el proceso de movilidad social es ocupado por migrantes que se están insertando en la región como peones, viabilizado por relaciones con productores ya establecidos. Dicho trabajador, a medida que se va capitalizando gana experiencia y, progresivamente, va aprendiendo el oficio de horticultor. El paso siguiente es el de mediero, donde toma mayor responsabilidad a lo largo del ciclo productivo, lo que posibilita una mayor capitalización. En ambos casos, el trabajador ofrece su fuerza de trabajo a productores ya arraigados en la zona. La mayor parte de los productores son arrendatarios y sus trayectorias nos mostraron que el movimiento a este “escalón” puede ser lineal o con saltos.

De continuar capitalizándose, el productor podrá comprar tierra. Si bien ello implica la inmovilización de capital, también significa la posibilidad de mejorar las condiciones de la vivienda familiar y de invertir en infraestructura, como por ejemplo, una perforación para riego, la construcción de un galpón o un invernadero. Estas mejoras no suelen realizarse en un arrendamiento, menos aún en uno de corto plazo, como ocurre con la mayoría de los productores entrevistados. Dados los elevados valores de la tierra, producto del negocio inmobiliario, al productor se le dificulta acceder a la misma a través de la compra o incluso en algunos casos la continuidad del arrendamiento.

En algunas entrevistas se expresaron las dificultades en la disponibilidad de mano de obra para la realización de las distintas tareas de los cultivos hortícolas, dado que ya no resultaría atractivo migrar para desarrollar trabajos temporales y por la posibilidad de inserción en otros mercados de trabajo.

Respecto del eslabón comercial, tanto propietarios como arrendatarios pueden acceder a un puesto en la feria de la asociación a la cual pertenecen, alquilar una

verdulería gestionada de manera familiar y realizar el reparto en comercios minoristas y mayoristas. También observamos casos en que se abandonó la condición de productor y se pasó a ser solamente responsable de un comercio minorista.

La horticultura desarrollada en la zona, es intensiva y diversificada. Se trata de pequeñas superficies donde el suelo es utilizado con cultivos de diferentes especies y de manera sucesiva, siendo una actividad altamente demandante de mano de obra e insumos que se adquieren en comercios locales. El desarrollo de la misma se ha dado en un contexto en el cual el productor tiene dificultades para acceder a la mecanización y, muchas veces, tiene restricciones para contar con la mano de obra necesaria para el desarrollo de la actividad.

Dejamos planteadas algunas inquietudes acerca de los cambios y continuidades de los sujetos dedicados a la horticultura, que encontraron en el Alto Valle un espacio con condiciones agroecológicas y sociales para insertarse y que fueron transitando por distintas posiciones socio productivas. Nos interpelan especialmente dos dimensiones relacionadas al proceso de movilidad analizado, el acceso a la tierra y las estrategias de los sujetos dedicados a la producción y la comercialización de productos hortícolas.

El desarrollo de cultivos hortícolas se realiza en un contexto donde se da una disputa por el uso del suelo dado el continuo crecimiento urbano, lo que ha resultado en una pérdida importante de superficie para uso agrícola en los últimos años. Esto se ve reflejado en el creciente desarrollo inmobiliario y en la puesta en venta de chacras para tal fin. Nos preguntamos si en los próximos años los productores tendrán las mismas limitantes que las actuales para acceder a tierra disponible para desarrollar los distintos cultivos hortícolas.

En cuanto a las estrategias de los productores jóvenes y de los hijos de los productores, varios de los productores entrevistados se están replanteando la continuidad de la actividad en relación al recambio generacional, ante la posibilidad de optar por otras actividades laborales desvinculadas de la producción primaria hortícola.

Por otra parte, nos preguntamos si quienes continúen desarrollando los cultivos hortícolas tendrán acceso a tecnologías que mejoren las condiciones de producción, que permitan un mejor manejo de los cultivos y extender el período de los mismos durante todo el año, dada la tendencia a una reducción en la disponibilidad de peones y medieros.

Finalmente, ante la tendencia observada, nos preguntamos si continuará el incremento de la categoría de sujetos que dejan la condición de productores y que pasan a comercializar productos de terceros, acrecentando la cantidad de quienes ocupan los estratos comerciales.

Bibliografía

- Benencia, R. y Quaranta, G. (2009). Familias bolivianas en la actividad hortícola: transformaciones en sus procesos de movilidad. En R. Benencia, G. Quaranta y J. Casadinho, J. (Comps), *Cinturón hortícola de la Ciudad de Buenos Aires Cambios Sociales y Productivos* (pp. 111-126). Buenos Aires, Argentina: Ciccus.
- Benencia R. y Quaranta G. (2013). El aporte de los Bolivianos en la Construcción Social de la Horticultura de Argentina. En M. L. Viteri, G. Ghezan y D. Iglesias (Comps.), *Tomate y Lechuga: Producción, comercialización y consumo* (pp.108-129), Serie Estudio socioeconómico de los sistemas agroalimentarios y agroindustriales (14), INTA. Recuperado de https://inta.gob.ar/sites/default/files/script-tmp-inta_tomateylechuga_2013_viteri.pdf
- FAO (2015). *Horticultura y otros cultivos en Provincia de Río Negro*. Documento de trabajo N° 6, Proyecto FAO UTF ARG 017 Desarrollo Institucional para la Inversión. Recuperado de: http://www.fao.org/fileadmin/user_upload/rlc/utf017arg/rionegro/DT_06_Horticultura_y_otros_cultivos.pdf
- Guber, R. (2004). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Paidós.
- INTA-GTZ (1999). *Fruticultura Moderna: Tecnología, transferencia, capacitación, organización. 9 años de cooperación técnica 1990-1999*. Río Negro: INTA Alto Valle de Río Negro y Neuquén-GTZ.
- Lopez M., Zunino N., Vasquez P. (2017). Relevamiento hortícola 2017 INTA EEA Alto Valle. *Fruticultura & Diversificación*, (80), 36-41.
- Rodriguez, A. y Muñoz, A. (2013). *Síntesis agro meteorológica Período 1990-2004*. INTA EEA Alto Valle. Informe. Recuperado de: <https://inta.gob.ar/documentos/sintesis-agrometeorologica-para-el-periodo-1990-2004-eea-alto-valle>

Este libro, resultado del proyecto de investigación “Sujetos sociales agrarios en procesos de transformación territorial” (2013-2018) del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria, tiene como finalidad contribuir al fortalecimiento de un espacio de reflexión, debate multidisciplinar y construcción teórico-metodológica acerca de los actores de la producción hortícola.

Reúne aportes en torno a la construcción de los sujetos, mercados de trabajo y territorios hortícolas -tanto en el plano teórico como empírico- a partir de estudios y experiencias de trabajo expuestas en el Taller “Sujetos sociales en la horticultura. Abordajes teóricos y metodológicos” organizado en conjunto con investigadoras de la Universidad Nacional del Comahue.

La dimensión reflexiva en la producción de conocimiento constituye el hilo conductor del libro, principalmente respecto de las tensiones entre la observación y la participación en el mundo social que atraviesan el trabajo de campo.



Ministerio de Agricultura,
Ganadería y Pesca
Argentina